

CHARITAS n. 226

RESERVADO A LOS SIERVOS DE LA CARIDAD

AÑO LXXXVIII - NOVIEMBRE DE 2010

DOCUMENTOS



# Sumario

---

- Introducción
- Observar, escuchar, invocar (don Leonardo Mazzucchi)
- En el Espíritu del Padre (don Leonardo Mazzucchi)
- El Reglamento de 1910: un don aún actual.
  - marco histórico y comentario (don Pietro Pasquali S.d.C.)
- Conmemoración de don Olimpio Giampedraglia (en el XXX aniversario de su muerte)
  - presentación de la figura de don Olimpio Giampedraglia
  - el Corazón de Cristo y las Congregaciones guanellianas (Conferencia de don Olimpio en el Centro de los PP. Dehonianos de Roma)





# INTRODUCCIÓN

*Queridos cohermanos,*

*con este nuevo número del Charitas me propuse seguir retomando algunos de los escritos más significativos de la Congregación, que nos pueden ayudar a profundizar nuestro carisma y nuestro rico patrimonio espiritual.*

*– Como ya se realizó con el n. 224, la referencia obligada a la que nos remitimos es don Leonardo Mazzucchi (de quien presento un breve perfil biográfico, útil para quien no lo conoció directamente). Es suyo el precioso artículo **“En el espíritu del padre”**, que publicó en el Charitas n. 70, con ocasión del 25º aniversario de la muerte del fundador, y que ya fue impreso en volumen separado, a cargo de nuestro Centro de Estudios y traducido también a algunas lenguas, pero del cual actualmente no quedan sino poquísimas copias.*

*Aprovecho así la oportunidad para volver a presentarlo para la lectura y meditación de los cohermanos, en este año particularmente importante para todos nosotros.*

*– También el artículo **“Mirar, escuchar, invocar”**, también de don Mazzucchi, tomado del Charitas 82 de octubre de 1943, puede ser un valioso subsidio para nuestra preparación a la próxima canonización del Fundador.*

*Meditemos este escrito, haciendo nuestro el gran aprecio y amor de don Mazzucchi hacia don Guanella, al que siempre consideró un santo.*

*Incluso habiéndose empeñado muchísimo en su Beatificación, no pudo celebrarla aquí en la tierra porque Dios lo llamó siete meses antes al Cielo. Nos toca a nosotros, entonces, el día de la Canonización, llevar a*

*Roma también sus sentimientos de gozo y agradecer al Señor por todo lo que don Mazzucchi hizo por la Congregación y por la glorificación del Fundador.*

*– No podemos silenciar el hecho de que este año es el Centésimo aniversario de la publicación del **Reglamento de los Siervos de la Caridad de 1910**: ¡el Reglamento más bello que nos dejó el Fundador!*

*Próximamente haremos una publicación separada con bella presentación tipográfica para facilitar su lectura y su meditación. Recuerdo que el texto, durante muchos años, era entregado a los novicios junto a las Constituciones... Sería bueno entonces que esta tradición se conservara.*

*– En el n. 14 de los ensayos históricos encontré un bello comentario de don Pietro Pasquali, que propongo nuevamente en forma casi completa, porque nos ayuda a comprender el significado que el Fundador quiso dar a este escrito y disfrutarlo por su contenido espiritual.*

*– Por último, se hace necesario un recuerdo especial para don Olimpio Giampedraglia, de quien el 5 de diciembre de este año se cumple el 30° aniversario de su muerte. Durante diez años (1970-1980) condujo a la Congregación como Superior General y nos dejó un testimonio vivo de santidad. Él nos señaló particularmente en el corazón de Cristo la expresión concreta del Carisma guanelliano y la fuente de la cual abreviar para vivir el espíritu de caridad. En su recuerdo, vuelvo a publicar de buen grado una conferencia que don Olimpio presentó en un Congreso organizado por los PP. Dehonianos: “**El corazón de Cristo y las Congregaciones guanellianas**”.*

*Con mi saludo cordial.*

Roma, 24 de octubre de 2010

P. ALFONSO CRIPPA  
*Superior General*

# **OBSERVAR, ESCUCHAR, INVOCAR**

**don Leonardo Mazzucchi**

*Don Mazzucchi escribe en un momento particularmente difícil para la humanidad (segunda guerra mundial), para la iglesia y para nuestra misma Congregación.*

*En esas circunstancias don Mazzucchi invita a “observar, escuchar, invocar” al Fundador como modelo de vida y de santidad para superar las dificultades del momento y contribuir a aliviar a la humanidad necesitada.*

*No es difícil aplicar el texto a nuestro tiempo, en el que también nosotros estamos llamados a proponer, con eficacia cada vez mayor, nuestro espíritu y nuestro carisma a un mundo aún “demasiado invadido por el odio y el egoísmo” y necesitado de nuestra santidad, en el ejemplo del Fundador, para “hacer de la Caridad el corazón del mundo”.*

*No es una transcripción literal del texto, sino una adaptación del pensamiento y del estilo de don Mazzucchi. Por lo cual me permito elegir los párrafos más significativos y proponerlos en una forma más legible, también para facilitar la comprensión y la traducción a otras lenguas.*

*Don Mazzucchi es siempre el mejor intérprete del espíritu de don Guanella y debemos hacer siempre referencia a él para mantenernos fieles al Fundador.*

*Son aspectos fundamentales, aunque no únicos, de la santidad de don Guanella, que deberíamos conservar y reactualizar en nuestro tiempo.*

\* \* \*

Nada más necesario y más útil para los hijos que tienen un padre de corazón grande, un maestro de enseñanzas vivas, un santo que nos asiste y nos protege constantemente, que “observarlo, escucharlo, invocarlo”.

En estos tiempos de amarga tristeza y de angustiante trepidación, cuando incluso las palabras del Santo Padre, que invitan a la caridad y a la paz, no son escuchadas, queda el recurso y el consuelo de poder dirigir nuestra súplica al Señor poderoso y clemente, por mediación de nuestro santo Fundador, intérprete auténtico y autorizado del querer y de la bondad divina hacia nosotros, inspirador tierno y eficaz de nuestros propósitos y de nuestras necesidades ante Dios.

Dios es para nosotros Padre de una paternidad incomparable, que vierte las bellezas y las riquezas de su corazón sobre lo creado, morada real para el hombre, para que se valga de él para alabarlo y amarlo.

El que es misericordia infinita no nos abandona, tampoco en los momentos en los que el error y el egoísmo humano parecen prevalecer sobre el bien. El momento actual, con sus dificultades materiales y espirituales, es la hora solemne de Dios, y no debemos dejarla pasar en vano porque es llamada al penitente regreso de las mentes y los corazones a la sinceridad, a la dignidad del vivir humano y a la conversión al Padre común.

Por eso me parece necesario convocarnos, a mí y a cada cohermano, a imitar la bondad de corazón de don Luis, que para nosotros es el eco de la inmensa bondad divina.

De este modo, renovando en nosotros y alrededor de nosotros una vida más activa de espíritu y de obras, podemos tener la tranquilizadora certidumbre de esa asistencia a la Congregación y de esa salvación de cada uno de nosotros que don Luis quiso prometernos y asegurarnos.

### **En particular y prácticamente, ¿qué es lo que nos dice don Luis y qué queremos nosotros decirle?**

\* Don Luis, como los santos del Señor, antes y más que un maestro de doctrina, ha sido para nosotros maestro de vida.

Él fue **un hombre todo de Dios**, viviendo de Él y con Él.

Dios le había sonreído al espíritu desde la infancia, en la belleza del cielo y en las cimas de sus montes y había enamorado su corazón en la dulce intimidad de la oración mientras cuidaba solitario el grey paterno.

El Señor lo embelleció con la inocencia, manteniendo lejanas las invitaciones y las insidias del mal, manteniendo su corazón desapegado del mundo.

Preparó su alma de apóstol comunicándole la ternura de su Corazón en favor de los pobres que socorrería en el futuro: una vocación misionera



la suya, para beneficiar espiritual y corporalmente a los más necesitados y abandonados en la vida.

\* Querido por Dios y bendito por los hombres como un **hombre de caridad**, don Luis pertenece a ese grupo de amigos de Dios que son los santos de la caridad cristiana, intérpretes genuinos del Evangelio, imitadores del Divino Salvador y ejecutores, en la Iglesia, del mandato nuevo de la caridad.

Por impulso incontenible del corazón, procuró y se ocupó siempre de socorrer a cada indigente y cada sufriente: en los tugurios miserables, en las calles solitarias, en las ruinas de grandes catástrofes naturales.

Ya siendo clérigo se prodigó en favor de los enfermos y de los niños de su Fraciscio; cuidó con ternura de corazón, en el seminario, a un compañero gravemente enfermo de un mal contagioso... hasta los últimos meses de su vida, en los que quiso ir a salvar a los hermanos sepultados en el terremoto de la Mársica.

La flor y el fruto duradero de su compromiso de caridad son las instituciones de beneficencia que suscitó en la Iglesia y que nos dejó en herencia.

\* Don Guanella fue hombre **de sacrificio**.

Los ejemplos y la educación religiosa recibidos en familia lo iniciaron tempranamente en la vida de sacrificio, que luego fortalecería continuamente en el seminario con la disciplina del corazón y con la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, y más tarde al superar las infaltables dificultades para realizar su vocación y consolidar sus obras, nacidas siempre en la pobreza de los medios, hasta su última, sufriente agonía.

No se contentó con los sacrificios, aunque fueran grandes, que las circunstancias de la vida le pedían (“para hacer el bien es necesario subir el Calvario”, decía) sino que quiso agregar también penitencias corporales extraordinarias, que sólo los grandes santos han practicado.

\* Don Luis fue **hombre de intensa oración** (¡y cómo asombrarse de esto!), no sólo al cumplir lo establecido por la Regla o lo requerido por la cura de almas, sino viviéndola como transporte de su alma deseosa de conversar con Dios, respiro natural del espíritu.

Incluso las actitudes espontáneas de los sentidos y del cuerpo revelaban su fervor absorto y recogido.

Se sentía atraído y enamorado de aquella Santa Eucaristía que es la fuente inagotable de toda gracia y que hace de cada altar y del Tabernáculo “nuestro Paraíso en la tierra”.

Entonces nosotros, que queremos colocarnos en la escuela de nuestro maestro y querido padre, no podemos no seguir sus ejemplos, animados por su estímulo y por las promesas que nos reservó nuestro protector celeste.

Espero y auguro que el recuerdo constante de cada referencia biográfica y de cada ejemplo de virtud de don Luis suscite en nosotros la necesidad de nutrir con ellos la mente y el corazón para hacer de ellos norma de vida y alma de nuestro trabajo.

Particularmente ahora, al mirar al dulce y querido padre nuestro, debemos y queremos volver a escuchar sus enseñanzas, sus exhortaciones, y pedir su protección celestial para ser y transformarnos cada vez más, como él, en almas de Dios, de caridad, de penitencia, de oración.

¡A nosotros nos toca escuchar y prometer!

\* **Almas de Dios también nosotros**, esto es, enriquecidos por Dios y sus dones.

Es sobre todo la fe la que debe iluminar nuestro pensamiento, inspirar nuestros juicios y caracterizar nuestro obrar.

Es la fe lo que nos hace descubrir y encontrar a Dios en el templo, en el superior, en el hermano, en el que sufre... De modo tal que la realidad práctica de cada una de nuestras jornadas se convierte en un ejercicio coherente de piedad, de obediencia religiosa, de paciencia, de celo y de caridad.

Sostenidos por esta fe, también nosotros enriqueceremos nuestra alma con la gracia de Dios y elevaremos la vida de nuestro prójimo.

Apreciaremos entonces el valiosísimo don de la gracia, recurriendo frecuentemente a la ayuda de Dios y observando diligentemente las precauciones y reglas sugeridas por la moral cristiana para mantener alejado el pecado en nuestra vida personal y en nuestras Casas.

¡Sólo si poseemos al Señor y su gracia los podremos donar a los hermanos!

\* Dios es caridad. La **humanidad, que tiene nostalgia de Dios, necesita la caridad**, especialmente hoy, por la gran carencia de amor que estamos sufriendo.

Ninguna persona, aunque esté perdida y hostil, permanece del todo insensible a la caridad.

Don Luis nos recuerda que cada beneficio espiritual está favorecido por un clima de caridad. Él nos pide que nos acerquemos a las almas con gran bondad de corazón y con dulzura de modos.

Para hacer estimar y amar nuestra Institución, él nos ha declarado ex-

plicita y repetidamente la insuperable eficacia de nuestra humilde y gran caridad, que nos asegura benevolencia y adhesiones de parte de Dios y de los hombres.

\* Qué providencial, además, **el espíritu de paciencia y penitencia** que don Luis nos pide que aceptemos y amemos.

Sería suficiente pensar en las exigencias normales de nuestro deber y de nuestra convivencia comunitaria para comprender que el sacrificio es inevitable en nuestra vida, con la ventaja, sin embargo, de que con la gracia del Señor el sacrificio mismo puede tornarse meritorio.

¡Somos bienaventurados si atesoramos cada uno de nuestros padecimientos, físico o espiritual, necesario o voluntario, para las ascensiones del espíritu y la fecundidad de las obras!

También los superiores en su oficio pueden y deben valorar el mayor compromiso de su responsabilidad como oportunidad de crecimiento en el espíritu de penitencia. Ellos tendrán, seguramente, no pocas ocasiones de sufrimiento, dejando incluso aparte las penitencias individuales elegidas, al cumplir con diligencia sus deberes cotidianos, al saber soportar miserias morales propias y ajenas y en la necesaria observancia y ejemplaridad por la Regla.

\* **¡“Rezar y padecer”!**

Como para don Luis el asiduo y fervoroso rezar fue alivio para llevar sus cruces, será también para nosotros fundamento de la confianza en el Señor para obtener perdón y favores.

Su peregrinación terrena, desde el primer descenso de Francisco hasta el ascenso final en su lecho de muerte, con las paradas devotas en los santuarios de su piedad, fue un suspiro ininterrumpido de aspiraciones ardientes.

Así quiera ser nuestro largo o breve peregrinaje terrenal de piedad y de caridad, para implorar y obtener de lo Alto la bendición del Señor, el Pan del alma, del corazón y del cuerpo para nosotros y para las largas filas de nuestros pobres.

Al permanecer, como almas adoratrices, frente al Santo Tabernáculo, recibiremos consejo y consuelo, obtendremos gracias que nos preservarán de calamidades privadas y públicas y recibiremos el perdón de las culpas propias y ajenas.

En el Altar, donde se ofrece el augusto Sacrificio, encontraremos la fuerza para donarnos e inmolarnos en favor de los hermanos y la fuente de toda energía y gracia.

¡La Eucaristía y la Misa son el centro de toda nuestra vida!

Don Luis, en tiempos similares a los actuales, nos daba algunas importantes exhortaciones para favorecer el retorno a Dios de la sociedad.

*«Ningún cristiano debe temblar frente al peligro sino trabajar con todas sus fuerzas y con los modos que la Divina Providencia sugiere».*

*«En la soledad y en el silencio se maduran las grandes empresas en beneficio de la sociedad en peligro».*

*«Para entendérselas justamente con los hombres es necesario ante todo saber entendérselas con Dios, que es camino, verdad y vida».*

*«Solamente el hombre caritativo puede pensar en el porvenir con mente serena y con el corazón tranquilo».*

*«Para que el perfume de la caridad ascienda hasta el Paraíso, es necesario embeber nuestro don en la Sangre de Cristo».*

*«Es bello llorar con quien llora, es bellissimo gemir para lograr que alguien goce en el Cielo».*

*«El amor produce actos heroicos de sacrificio».*

*«Para poder hacer el bien es necesario subir el camino fatigoso del Calvario».*

*«¡Arraigad en vuestro corazón a Jesús Crucificado, y todas las espigas os parecerán rosas!».*

*«No podemos detenernos mientras haya pobres a los que socorrer y necesidades a las que proveer».*

*«Tu mayor consuelo aquí en la tierra es mirar a Dios y llamarlo: ¡Padre, Padre!».*

*El artículo termina con la oración a don Luis...*

Oh, don Luis, sostennos para que nos comprometamos con voluntad constante, de tal modo de ser dignos hijos tuyos y agradables a ti.

¡Recibe nuestra confiada invocación, tú que en el ocaso de tu vida tereña, en el desencadenamiento de la tempestad humana, nos aseguraste, si crecíamos como hijos dóciles a tu espíritu, una singularísima asistencia aquí en la tierra y el consuelo de encontrarnos juntos en el Paraíso!

Obtén para todos nosotros, tus “martorelle y asinelli”, progreso en las virtudes, constancia en el bien, fortaleza en la lucha.

Continúa con tu singular protección sobre todas nuestras Casas en los actuales momentos de necesidades económicas y de peligro bélico.

Mira a todos los cohermanos, a los ancianos, a los enfermos, a los muy jovencitos, a los más necesitados en el cuerpo y en el espíritu, a los alejados más allá de los mares y a los más expuestos a las amenazas de la guerra.

Haz que nuestras Casas de beneficencia y los campos de nuestro trabajo santo se conserven, se difundan y se multipliquen, ante la llamada de la Iglesia, sobre la tierra en tribulación y devastada.

Haz que se mantenga y se difunda tu espíritu en nosotros y entre nosotros, de tal modo que cada Comunidad, por obra de los superiores y de todos nosotros, sea y se presente como un oasis de caridad genuina, de querida familiaridad, de piedad ardiente, de vida ejemplar, de observancia edificante y consoladora, de trabajo incansable y de confianza serena y bendita en el Señor.

Haz que todos, tanto los cercanos al anochecer como los más jóvenes - numerosos y entusiastas - sean y crezcan immaculados, activos, hijos del deber y de la obediencia, ávidos de hacer el bien y de complacer a Dios.

Derrama sobre nosotros la mirada benigna del Padre misericordioso y de la tierna Madre de la Providencia, para perdonar nuestras insuficiencias y concedernos siempre la protección de su bondad. ¡Alabado sea Jesucristo!

## BREVE PERFIL BIOGRÁFICO DE DON LEONARDO MAZZUCCHI (1883-1964)

*(Este simple perfil biográfico puede ser útil para tomar conciencia del íntimo vínculo entre don Guanella y don Leonardo Mazzucchi que nos ayuda a comprender el valor que tienen los testimonios y los escritos de don Leonardo para todos nosotros).*

Don Guanella, al llegar como Párroco a Pianello en 1881, había iniciado relaciones cordiales de amistad con algunas familias y particularmente con la de los Mazzucchi, compuesta por el Padre Natale, por la madre Domenica y cuatro hijos: nacidos entre el 1876 y 1883: la primera, Alessandrina, muerta a los cuatro años, luego los tres hijos Alessandrino, Salvatore y Leonardo.

Don Guanella consideró su deber de pastor preocuparse por esta pequeña familia, probada por las desgracias, pero también sostenida por particulares dones de naturaleza y de gracia.

En 1883 bautizó a Leonardo, convirtiéndose así de alguna manera en su padre espiritual.

En 1888 convenció a los padres que enviaran a Como a los dos hermanos Alessandrino y Salvatore para completar los estudios elementales y poder asistir a los superiores, hospedándolos en su Casa de la Providencia que había abierto dos años antes.

Esperaba que al menos uno de ellos madurara la vocación sacerdotal, que ya se entreveía en el comportamiento de Alessandrino.

También Leonardo, quizá por influencia del hermano mayor, había comenzado a mostrar interés por el seminario; en 1892, con sólo nueve años, fue presentado al seminario diocesano de cómo, donde hizo de inmediato la primera Comunión y poco después la Confirmación, acompañándolo don Guanella como padrino, comprometido a ocuparse cada vez más del muchacho y joven clérigo que creía bueno e inteligente pero también débil de salud y quizá por eso con algunas dudas sobre su elección vocacional.

La duda que lo acompañaba era si ir con el padrino, a las obras que don Guanella estaba implantando cada vez más ampliamente, o bien optar por el más independiente servicio parroquial.

Naturalmente don Guanella en su corazón esperaba tenerlo a su lado, pero sin presionar a ese hijito que ya comprendía la necesidad de elegir, pero temía también alguna de las posibles consecuencias.

## La paternidad espiritual de don Guanella

Sólo cuando don Leonardo se convirtió en sacerdote, don Guanella, convencido de los signos exteriores y de situaciones interiores que él comprendió o le fueron confiadas por el ahijado, expresamente le repitió que el camino más indicado para él era el del religioso, para el servicio de los pobres. Gradualmente la paternidad espiritual de don Guanella fue entonces ocupando el lugar del padre y se hizo dominante y significativa.

Queda un rastro muy expresivo de las numerosas cartas escritas por don Guanella a don Leonardo, comenzando por el acontecimiento de la primera Comunión, y que don Leonardo conservó siempre con cuidado y afecto.

Don Leonardo, desde el 1906 hasta la muerte, fue para don Guanella el más estrecho colaborador y confidente y compartió sus vivencias externas, pero también comprendió su espíritu más profundo. Y don Mazzucchi conservó para siempre impreso el recuerdo y la relación de hijo y de discípulo predilecto, y, al sucederlo como superior para gobernar la Congregación, lo quiso siempre recordar a los cohermanos, presentarlo y rogarle como padre.

A la habilidad paciente y discreta de don Leonardo, don Guanella confió el cuidado de los novicios, la redacción del boletín “La Divina Providencia”, fue su secretario y consejero personal, le encargó seguir los procesos de beatificación que se estaban poniendo en marcha (de sor Clara Bosatta y de Catalina Guanella, y pensaba también en Alejandrino Mazzucchi).

En 1910 lo hizo ingresar al Consejo General junto a don Aurelio Bacciarini.

Don Mazzucchi aprovechaba para escrutar en el corazón del padre y comprender sus intenciones, recuerdos, proyectos, y anotaba todo en el corazón y en el papel: pedacitos de vida o “*frammenta vitae*” como quiso luego titularlas. Finalmente, lo convenció para que dictara su autobiografía y develara los maravillosos caminos de la Providencia. No eran años fáciles tampoco los últimos de la vida de don Guanella; no sólo por las dificultades externas que no terminaban nunca, sino también por motivos internos a la Congregación.

Esta, para ser aprobada por la Santa Sede, necesitaba cierto orden y una buena unidad. Y esta unidad era difícil de realizar, porque una minoría bien representada no quería saber nada con seguir a don Guanella, que

proponía la organización regular como Congregación religiosa con votos reconocidos por la Iglesia.

Con esta herencia nada fácil de llevar adelante, pero con amor filial, don Leonardo se dedicó con dulzura y firmeza a constituir las líneas de la formación religiosa y a recordar continuamente la imagen y el espíritu auténtico del padre.

Reconstruyó así la vida y la organización religiosa de la Obra, hasta llevarla a la aprobación definitiva por parte de la Santa Sede.

Recopiló las memorias espirituales y materiales de don Guanella: los escritos, las obritas para el pueblo, las cartas. Profundizó la historia del Fundador con los acontecimientos personales y de fundación, en particular, trazando la mejor biografía de don Guanella.

Interpretó auténticamente al Fundador, con su espíritu y su carisma. Puso en marcha el seminario y el noviciado regular de la Congregación en Fara y en Barza.

Organizó la actividad asistencial de la Obra al servicio de los niños abandonados, de los discapacitados y de los ancianos.

Inició las primeras obras en América Latina, comenzando por Argentina y luego también intentando en el Brasil, en la vigilia de la segunda guerra mundial.

Se comprometió a organizar los procesos diocesanos y apostólicos para la beatificación, llevándolos hasta su conclusión.

Esta es sólo una pobre lista del compromiso llevado adelante por don Leonardo, de modo que no será posible separar su persona y su obra de las del Fundador, casi considerándolo como un cofundador.

Al acercarse a la muerte, don Guanella había previsto que el ahijado ya crecido y maduro fuera llamado a gobernar la Congregación y lo había discutido también con otros, como don Silvio, también consejero y luego vicario general de don Mazzucchi.

Le confiaba entonces su misión y su espíritu.

Cuando en 1946 se celebró el Capítulo para la elección del Superior General, don Mazzucchi había ya superado todo límite concedido por la Regla: veintidós años. Y fue electo Vicario General (el nuevo superior fue don Luis Alippi) y por muchos años todavía continuó trabajando incansablemente por sus cohermanos.

1964 fue el año de júbilo y de entusiasmo para todos, por la proclamada beatificación de don Guanella, realizada por el papa Pablo VI: era



octubre, a cuarenta y nueve años exactos de la muerte. Debía ser el día más bello y deseado para don Mazzucchi: la muerte, que lo arrebató siete meses antes, el 28 de marzo, le anticipó los festejos con el encuentro con el antiguo párroco de Pianello que lo había recibido para el bautismo y se había convertido en padre para toda la vida, para que difundiera con igual empeño en el mundo el reino de la Caridad de Cristo.

\* \* \*

*Es posible reconstruir la influencia que tuvo don Guanella sobre don Leonardo, incluso a través del intenso intercambio epistolar entre los dos, que conservamos por mérito propio de mismo don Leonardo, quien consideraba a don Guanella como su “dulce padre” y a él se dirigía siempre con “amor de hijo”.*

*Para un estudio más profundo sobre esta relación epistolar, los remito al Volumen “Don Guanella inédito en los escritos de don Pellegrini” (pp. 430-446).*

# EN EL ESPÍRITU DEL PADRE

don Leonardo Mazzucchi

## **Prefacio a la publicación del texto por parte del Centro de Estudios Guanellianos**

*Se presenta a la meditación este escrito de don Mazzucchi en la culminación del año que signa el 135° aniversario del nacimiento del Fundador, y en apertura del 1978 en el cual se celebrará el 70° de la Congregación masculina.*

*Estas páginas han sido elegidas de entre muchísimas escritas por él, por cierta globalidad de testimonio sobre la persona del Fundador, de conocimiento de sus escritos, de síntesis de la doctrina sobre el espíritu de las congregaciones y de su finalidad.*

*Quién fue don Mazzucchi y cuánto le deben las dos congregaciones lo saben bien los sacerdotes cohermanos ancianos, coadjutores y las hermanas: él fue por veinte años el confidente más íntimo de don Guanella y luego, por casi cuarenta años, fue el depositario privilegiado de su memoria y de su voluntad, conocedor sin par y lector infatigable de sus escritos; por tres generaciones de Hijas de Santa María de la Providencia y de Siervos de la Caridad, don Mazzucchi fue maestro del espíritu de las dos Congregaciones.*

*Sería ya tiempo de recordar todo esto narrándolo intencionalmente y en detalle, porque los jóvenes (los de la cuarta generación sin duda alguna, pero también aquellos de la tercera que ya no son exactamente jóvenes) poco conocen sobre los primeros cuarenta años de nuestra historia; acontecimientos que fueron decisivos son quizá totalmente desconocidos para ellos, y nombres de cohermanos que fueron piedras fundamentales, a ellos nada le dicen.*

*Pero para proponer a la meditación este estudio nos ha impulsado una intención más profunda y una ambición más alta.*

*Estas páginas están tan cargadas de significados que su riqueza no se agota con la disposición a recibir una lección sobre el pasado. Ellas proponen, sí, una profunda advertencia sobre el deber de acoger esa herencia, pero al mismo tiempo imponen preguntas sobre cómo recibirla.*

*El mensaje de don Mazzucchi referido a la persona del Fundador, su doctrina, su espíritu, la Obra, no pueden tener evidentemente todo el mismo valor e la misma fuerza.*

*Todo lo que en este breve escrito concierne al Fundador como padre y su carisma personal debe ser considerado precioso como una reliquia, agradecidos al Señor que nos ha dado un testigo tan seguro de autenticidad.*

*Lo que atañe a la doctrina, en cambio, no puede no ser afectado por el desarrollo y las perspectivas abiertas por otras lecturas (en pequeña parte realizadas y en gran parte aún por hacer) Las leyes propias del tiempo afectan las directivas concernientes a la práctica ascética personal y de comunidad. La actualización, además, se impone para la parte operativa, la acción de caridad que hoy debe ser nuestra respuesta a necesidades diversas de las que urgían en los tiempos de don Guanella, y sobre todo en un contexto eclesial y social tan diferente.*

*Lo que es inmutable garantiza la identidad y el anclaje seguro en los orígenes; pero el crecimiento del Instituto está garantizado por lo que se desarrolla en base a las nuevas condiciones.*

*La dialéctica entre identidad y crecimiento (como sucede en la vida de un individuo) es ley inexorable para cualquier organismo vivo, aunque sea compuesto como un Instituto.*

*Y ya que para armonizar en su justa proporción esa difícil dialéctica se requieren espíritus capaces tanto de continuidad con el espíritu originario como de apertura a lo imprevisible de la Providencia, parece necesario para nosotros plasmarnos en escuelas fuertes como la del Fundador, desde donde pudo manar esta síntesis magistral que el Centro de Estudios propone a la gran Familia Guanelliana.*

*Don Leonardo Mazzucchi escribió esta memoria como aporte de conocimiento y de animación en ocasión de las solemnes celebraciones organizadas por las dos congregaciones por el vigésimo quinto aniversario del santo tránsito de su Fundador don Luis Guanella. Fue publicada en el n. 70 del Charitas, setiembre 1940, pp. 1-23. El título de portada no es original. Por comodidad de lectura se agregaron algunos subtítulos en cursiva y se aportaron unos pocos retoques de puntuación.*

## **Veinticinco años después Recuerdos y llamamientos de un día inolvidable.**

Hace ya veinticinco años, largo y breve espacio de tiempo, que con Luis Guanella, dulce e inolvidable Padre del espíritu, concluyó su peregrinación terrena: un trabajoso y valiente – iluminado y luminoso – camino de 72 años, 10 meses y 5 días, para emprender el ascenso ante una señal de lo Alto.

Fue para nosotros un día de angustia humana y de confianza divina, escrito en caracteres de oro en el libro de Dios como en el espíritu de los suyos y quizá también en la lista de los santos de la Iglesia. En ese día triste y gozoso de su tránsito terreno y de su entrada al cielo, se apagó aquí una gran luz, pero para reencenderse, más fulgurante y benéfica allí arriba.

Lo lloraron los hijos del espíritu, esto es, sus Siervos de la Caridad y sus Hijas de Santa María de la Providencia; sintieron enorme tristeza centenares de pobrecitos, que habían sido los predilectos de su corazón, se inclinaron a recordar conmovidos y a venerarlo los innumerables admiradores y amigos, beneficiados y benefactores.

En el duelo del corazón, sin embargo, se vivía una íntima y gozosa conmoción: la alegría de saberlo en el Paraíso, de tenerlo aún cercano con sus palabras, sus enseñanzas y su intercesión.

Escribía para todos nosotros y a todos nosotros quien recogió dignamente su herencia (Mons. Bacciarini, su primer sucesor): «¡Nuestro Padre amadísimo no está más! ¡Su gran corazón, que palpité de tanto afecto por nosotros, ha cesado de latir; sus ojos dulces, que nos miraban con ternura paterna, se apagaron en la oscuridad de la muerte, y yace rígida aquella mano santa, que nos bendecía cada día! ¡Oh padre, oh padre! ¿Nos escuchas? Son tus hijos quienes te llaman, los hijos que dejaste en el llanto de este exilio: ¡pobres huérfanos! ¡Míralos desde tu Paraíso y guía sus pasos hasta aquella hora en la cual se reunirán con el padre en la unión de la eternidad celeste!».

Sin embargo, agregaba confiado: «Ahora calla el lenguaje de la tierra: su alma bendita comenzó el diálogo del Cielo con los Santos, con los Ángeles, con la Virgen de la Providencia, con el Sagrado Corazón de Jesús, con la Trinidad de Dios, el divino Misterio que siempre honró con devoción profunda. Y hablará también de nosotros: nos lo prometió en el lecho de su dolor. Pensamiento consolador que enjuga nuestras lágrimas y anima nuestros pasos inciertos».

Para todos nosotros que vivimos a su lado y estuvimos en su corazón – un corazón que a veces no sabíamos comprender suficientemente – nos

resulta de consuelo recordar su compromiso de asistirnos aquí en la tierra, si nos mantenemos como verdaderos hijos suyos y conservamos la herencia preciosa de sus ejemplos de virtud, la sabiduría de sus orientaciones y de sus consejos.

Así concluía y prometía con nosotros y para nosotros el santo sucesor: “Continuaremos todos, serenos y fuertes, la obra que nos confió el Fundador, heredada de tan buen padre, sellada por nuestro inalterable apego al Instituto, en el que queremos vivir, en el que queremos morir, consagrándonos a eso, como sobre un altar, para que algún día cada uno de nosotros, ofrendando a los pies de Dios nuestro pobre ser mortal, pueda decir como nuestro santo Fundador: *«Opus consummavi quod dedisti mihi... Nunc autem ad Te venio (Cumplí la obra que me has confiado... ahora voy hacia ti)»*».

### **Amadas memorias de su espíritu**

Durante alrededor de tres décadas (desde el momento de mi bautismo hasta la hora de su última agonía) fue para mí un padre y un maestro incomparable, por lo que pude usufructuar un incalculable tesoro de afectos santos y de dones del espíritu. Permítaseme proponer aquí para mí mismo y para los cohermanos, siempre con la intención de custodiar y transmitir todo precioso fragmento de sus enseñanzas y orientaciones, algunas sobrias pero sin embargo útiles revelaciones de su mente, de su corazón, de su vida, que extraigo de la correspondencia que me dirigiera.

*«Alégrate enormemente en el Señor... Mañana también nosotros hacemos fiesta por el 5º año que tenemos en casa al Santísimo Sacramento»* (1º de febrero de 1893). - *«Recomiendo mucho espíritu de piedad y de abnegación: ruégaselo todo al Niño Jesús»* (17 de diciembre de 1898). - *«Dios es tan bueno con todos y con los que lo sirven, según la necesidad»* (25 de diciembre de 1901). - *«Permanece tranquilo en las manos de Dios y de los superiores y confía en la intercesión de tu santo hermano que desde el cielo mira con amor complacido»*. - *«Sé tú un segundo Alejandro y consolarás muchos corazones»* (27 de junio de 1902).

### **Noticias y premuras**

*«Adjunto una especial bendición del Santo Padre, que nos impartió en la audiencia privada del 30 de octubre pasado... El Santo Padre tuvo*

*palabras de aliento hacia todas las obras y para esta de Monte Mario especialmente» (31 de octubre de 1903).*

*«Attende tibi con el estudio y con la meditación y no omitas jamás la Santa Comunión, y da al pueblo todo el buen ejemplo que te sea posible» (22 de diciembre de 1903). - «Me alegra que entiendas que la vida es una milicia, que la carrera eclesiástica es una guerra, que la acción sacerdotal es una acción de batalla continua...». - «Coraje en las luchas de la virtud, encontrarás allí máximo consuelo» (4 de diciembre de 1904). - «En la elección de tus ocupaciones confía en la divina Providencia» (30 de noviembre de 1905). - «Quien es llamado a permanecer en lo alto, debe sufrir mucho para poder obrar mucho... ¿No observas a la Inmaculada que está llena de amor y de dolor al mismo tiempo? ... Tú, que como Siervo te convertiste en confidente y amigo de Jesucristo, debes entender profundamente los misterios del amor y del dolor del mismo Jesucristo...» (5 de diciembre de 1905). - «Es inútil decirte que la vida religiosa es muchísimo más segura y meritoria que la vida en el siglo» (20 de diciembre de 1905).*

*«Estoy visitando las Casas del Véneto y de Romaña, y luego iré a Roma. El trabajo se me multiplica entre las manos y tendría ciertamente necesidad de cooperadores fuertes y valiosos» (28 de abril de 1906).*

*«Recomiendo oración y estudio para ser sencillo e incisivo al explicar las lecciones escolares y las prédicas sagradas. Permanece en mucha humildad y ruega al Señor que puedas convertirte en cura según las orientaciones del Divino Corazón» (4 de enero de 1907). - «¿Has aprendido a hablar, a predicar, a instruir con mucha claridad y de modo popular? Recuerda intercalar siempre ejemplos y comparaciones» (19 de febrero de 1907). - «Tú, maestro de novicios, ¿qué haces? ¿Rezas por tus novicios? ¿Precedes con el ejemplo? ¿Sabes hacerte amar más que temer? ¿Eres un padre santo, capaz de engendrar en la virtud hijos espirituales? ¿Eres capaz de seguir el camino intermedio que es el celo de la discreción? Y sobre todo, en la disciplina ¿cómo sabes hacerte respetar y - más que respetar - amar? Habla poco y obtén mucho. La actitud y tu mirada sea como de cordero que es capaz de mantener lejos las amenazas de las mismas fieras del desierto. Coraje, que el Santo Padre te bendice a ti y a tus novicios de todo corazón» (1º de noviembre de 1910). - «Sabes que la Obra no es sostenida por el hombre sino por Dios. Mientras tanto, es necesario obrar “fortiter et suaviter”; y cuando se tiene una misión que, después de todo, es de Dios, hay que desempeñarla como mejor se pueda: tienes entre las manos trabajos importantes y queridos por tratar: ocúpate de ellos; ocúpate también de tus novicios y válete de aquellos que en “spiritu veritatis” te pue-*

*den ayudar» (28 de enero de 1911). - «Dame noticias... de los clérigos que tanto nos deben urgir; y hazles comprender el valor de la bendición del Santo Padre... Piensa que “in medio stat virtus”: ten compasión de tus defectos y de los ajenos, siempre que los combatas fuerte y dulcemente hasta su exterminio» (10 de noviembre de 1911). - «Cuando hayas llegado a la mitad de mi experiencia, entonces te parecerá realidad lo que ahora parece desilusión... Hoy fui al Vaticano, recibí apoyo para completar la construcción de nuestra iglesia, a la que consideran una de las mejores entre las modernas construidas en Roma... Salúdame a tus novicios, clérigos y laicos: el domingo a la tarde estaré probablemente en audiencia con el Santo Padre, y le hablaré también de ellos» (17 de diciembre de 1911). - «El Santo Padre me bendijo para que parta el 12 de diciembre con el Reverendo superior de los Scalabrinianos, el cual me da fuerte apoyo para una fundación femenina (en los Estados Unidos de América) y para lo que vendrá luego... Rogad al Señor por mi partida y próximo regreso; pero no divulgéis acerca del tema» (fines de noviembre de 1912). - «... Y me alegro que entiendas que la voz del hombre puede valer algo, pero mucho más vale la gracia de Dios, que poco a poco el Señor trabaja en el espíritu humano como el cincel del artista en el mármol que quiere transformar en una bella estatua... Las penas que sientes en el espíritu son como estilete que trabaja fructuosamente en el corazón cristiano... Sobre todo y siempre, confía en la Divina Providencia» (13 de febrero de 1915).*

## **La Divina Providencia**

«¡Sobre todo y siempre, confía en la Divina Providencia!». Esta es la simple y sublime palabra que don Guanella se decía a sí mismo y repetía a los suyos y a todos en cualquier circunstancia de su vida.

“Providenciales” – en su decir y en su pensar – eran los consuelos y las tribulaciones, las desilusiones y las intervenciones a menudo no ordinarias de la bondad de Dios; las satisfacciones, las tristezas y las alegrías: desde los años laboriosos del colegio y del seminario, a la subida de Savogno, la morada piemontesa, el regreso a la diócesis, las pausas de Traona y de Olmo, el descenso a Pianello, la llegada a Como...

Pero desde los inicios don Luis atribuye a un indefectible auxilio de la Providencia de Dios su propio sustento económico y - más tarde - el de su Obra. Ya en Savogno constataba sobre él mismo y su incansable actividad: «Era rico de la pobreza grande de sus parroquianos... únicamente confiado en la ayuda de la divina Providencia, por la cual se veía favore-

*cido; y no sabía de dificultades». Y en Traona: «La Providencia me proveía poco a poco los medios para pagar en su mayor parte los gastos que se tenían»; y más aún: «La divina Providencia socorría día tras día»; y más adelante: «Se vivía de Providencia, y nunca faltaba nada».*

La experiencia continua de esta asistencia sensible divina en las estrecheces económicas y en la amplitud del bien que no dejaba de hacer en Pianello, era para él un argumento para declarar a los cohermanos y a todos una inolvidable máxima de economía cristiana y pastoral: *«Si nosotros aprendiésemos a vivir de Providencia más que de salario, estaríamos mejor, el pueblo nos amaría más y haríamos un bien mucho mayor entre el pueblo».* La historia de su Obra, como la inició y desarrolló, es toda una historia de Providencia divina; no hay que asombrarse, entonces, si desde el principio podía escribir a su Obispo: *«Me parece poder confiar más que nada en la Providencia del Señor»;* sabía también hacerse dócil instrumento de esa Providencia añadiendo: *«Con la guía de lo Alto me parece que tengo mucha fuerza, sin ella, no me siento en condiciones de dar un solo paso».*

## **El cántico vivo de la Divina Providencia**

Debían continuar los milagros de la Providencia. Estrofas encantadoras de un himno agradecido que él cantaba a la Providencia: toda una historia suya y un consejo para los suyos: *«La Casa... fue fundada... sin fondos, sin medios de providencia humana: de hecho una lluviecita más o menos tupida de beneficencia, según las necesidades y las circunstancias, llovía sobre la Obra...».* - *«Se percibe que, si se hacía el esfuerzo por cinco o por diez, el dinero llegaba por cinco y por diez; pero cesaba cuando decaía la confianza en la divina Providencia».* - *«Yo experimenté que, si se hace por diez, llega por diez; si se hace por cien, llega por cien; en cambio, faltaba el dinero cuando estábamos desanimados y se tenía poca confianza».* - *«Es necesario confesar, para gloria de la divina Providencia, que lo necesario no faltó jamás».*

*«La divina Providencia, cuando se ha comenzado una obra, sufre cuando no se lleva a término y, cuando se ha abierto un camino, quiere que se recorra con celeridad porque es camino del Señor».* - *«Cuando la Providencia ha abierto el camino, no se debe perder tiempo, sino que es necesario apurarse y continuar en el camino».* - *«El Señor es para nosotros un Padre bueno; y es imposible y absurdo que deje sin la ayuda necesaria a los hijos que confían en Él.* - *«Es bueno valerse con recto fin de las personas y de sus capitales; pero es mucho mejor erigir fundaciones a partir de poco o nada, confiando sobre todo en Dios».*



## Nociones de teología y de ascesis

*«No hagan a la divina Providencia ni el más mínimo mal: saludadla como reina de casa, y no introduzcáis ninguna persona que no le sea de satisfacción, ni cerréis la puerta a nadie que sepáis querido por la divina Providencia, reina y Madre. No pongáis en el último lugar de la casa a quien debe estar en el primero, el más pobre, la persona más abyecta y abandonada, porque de los pequeños y de los abandonados es custodio el Señor. Y no temáis malestares o pobreza; porque la invitación, más aún, la orden de preferir a los más abandonados viene de Dios, que pide expresamente: Recibe a este pobrecito y aliméntalo en mi nombre, que yo te pagaré tu salario». - «Se dé preferencia a aquellos que están privados de apoyo humano y que pueden bien considerarse hijos predilectos de la divina Providencia: estos, de modo especial hacen descender sobre la Casa las bendiciones del Señor». - «La Casa de la divina Providencia debe procurar que el Refugio se llene de personas necesitadas, tan queridas por Dios, porque son más aptas para hacer llover bienes celestiales. Se repita: mucha fe deben tener los Siervos de la Caridad, responsables de la aceptación de nuestros huéspedes, porque tienen en sus manos las llaves para abrir o para cerrar las puertas de quien es enviado en nombre de la bondad y de la caridad del Señor». - «El bien no se puede hacer más que subiendo el camino fatigoso del Calvario, con el fuerte pensamiento de que el Señor nunca abandonó a los que confían en Él; que es siempre dulce el pan que viene de las manos del Señor Providente, dulce especialmente cuando cuesta sudores de esfuerzo». - «Se abre una Obra con principios y criterios de fe, y nunca de prudencia humana; el alma es el secreto de la Obra y la confianza en Dios: una finalidad de orden humano, aunque no mala, haría tener que se arruine la Obra entera comenzada». - «Nadie debe cometer ofensas graves a Dios: los que demuestran que trabajan forzados y con conducta reprochable se muestran indignos de la pequeña Casa». - «Se abren Casas, y dentro se reciben a los necesitados, confiando sobre todo en la ayuda de la divina Providencia. No se ponga cuidado en multiplicar el patrimonio; pero cuanto la providencia envía se emplea en el servicio de los pobres, confiando en las enseñanzas del Señor que dice: danos hoy nuestro pan de cada día... buscad el reino de Dios, y las cosas temporales os serán dadas por añadidura...».*

*«Como la divina Providencia es madre buena y poderosa, así cada uno trate de seguir los caminos que señala, porque no continuar el camino sería como retroceder... Es necesario suplicar a Dios que aumente*

*nuestra fe siempre y que nos defienda contra el peligro de la prudencia humana». - «Hay necesidad de mucho espíritu de oración; de mucho espíritu de piedad y de mortificación; de mucho espíritu de fe en la divina Providencia, rica, grande, excelsa, por una parte, y por otra parte, préstese atención a las virtudes de pobreza, de abnegación, de santidad religiosa, que hacen merecer los favores del Señor». - «El Instituto, surgido en medio a muchas contradicciones, en mucha pobreza, confiado más a la Providencia de Dios que a la prudencia humana, debe saber continuar su camino y mostrar al mundo con los hechos que Dios es Aquél que provee con cuidado solícito de Padre a sus hijos». - «El ecónomo debe ser hombre de fe, porque el ser y las provisiones del Instituto se basan sobre todo en la ayuda de la divina Providencia». - «Se debe esperar siempre en la Providencia que a todo provee: las casas, que comienzan con nada, son las que prosperan». - «Al desconfiar se impide la acción de la Providencia. Esto no evita que se sufra. La cruz pesa: para hacer el bien es necesario subir el Calvario». - «Si no tenemos confianza, nuestra casa se cae. Es necesario tener confianza en la Providencia y en el futuro de la Obra. A veces resulta difícil, porque se tiene poca confianza. La Providencia tiene su hora determinada para intervenir: no a todos les es dado recibir su asistencia: es necesario tener confianza». - «Para el Señor no es ningún esfuerzo proveer los medios necesarios para construir Casas e Iglesias para sus pobres y para sus almas: ¡fe!». - «Puéblese la Casa de pobrecitos del Señor; ellos atraerán las bendiciones celestiales». - «Para recibir a dos manos de la divina Providencia es necesario dar a cuatro manos a los pobres». - «Dese mucho y de buen grado, para que se concreten las promesas divinas: dad y os será dado». - «En nuestras Casas se usan las coronitas que comienzan: ¡Santísima Providencia de Dios, provéenos! ¡Corazón de Jesús, ten piedad de nosotros! Y el Señor, que ve, provee». - «Es necesario orar mucho. Dos cosas hacen decaer la Providencia del Señor: el pecado y la falta de confianza». - «Nuestra Institución toma su nombre de la Divina Providencia, porque se hace fe viva, vivísima en la divina providencia, sin cuya ayuda no hubiera surgido, no hubiera podido difundirse y no podría mantenerse y prosperar».*

## **Un imprescindible deber y una necesaria promesa**

He querido transcribir aquí algunas de las simples y sublimes expresiones con las que don Guanella embelleció sus escritos, fruto de sus experiencias, y que nos ha dejado como direcciones a imitar de su alta con-

fianza en la Providencia y de su flamante caridad. La atrayente belleza y abundancia de estas enseñanzas, todas prácticas y a ser practicadas, que hacen resplandecer la figura de don Luis (¡una mente, un corazón, un alma grande!) de una bella luz de maestro y de apóstol, me ha hecho vacilar un poco, y pienso no inútilmente, a la hora de transcribir aquí parte de lo que reuní en otra parte y que sería bueno recordar y volver a publicar en beneficio común.

Pero, queridos cohermanos, aprovechando la ocasión de este 25º aniversario de su bienaventurado tránsito (1915-24 octubre-1940) todos nosotros, con renovado fervor, elevemos oraciones para su glorificación terrena. En cada casa, invitaremos a los amigos y bienhechores a recordarlo e imitarlo como inspirador y maestro de caridad y de fe y especialmente a hacer de su espíritu norma y práctica de nuestra vida y de nuestras actividades...

### **Confiados en esta hora...**

En estos momentos de malestar y desorientación en los que la amenaza de la guerra pone en peligro nuestra civilización, como haciendo temer que la Providencia no nos asistirá más, es saludable y necesario recordar la figura serena y estimulante de don Luis Guanella - uno de los grandes que el Señor hizo surgir como guía y salvación en la tierra - para recordar cada día a nosotros y decir a todas las almas la palabra oportuna de una fe diligente en la Providencia de Dios.

Al adaptar y hacer inteligibles a la mente del pueblo los pensamientos profundos y las sabias conclusiones de la filosofía cristiana de la historia, solía narrar ampliamente las luchas y los triunfos de la Iglesia católica y de la civilización cristiana a través de los siglos.

Sabía además aconsejar al pueblo, poniéndolo en guardia contra las insidias de la falta de fe y del liberalismo, para también asegurar a los fieles, en el caso de desgracias públicas, la misericordia de Dios que, si a veces debe castigar, lo hace para salvar.

No quería entonces y no quiere que en ninguna contingencia terrena, aunque fuera grave y trágica, se desesperara o se desconfiara jamás. Sabía y predicaba que la suerte de los individuos y de los pueblos que se mantienen fieles a Dios y observantes de las virtudes cristianas están en las manos omnipotentes y benéficas del padre Celestial, que no deja de asistir con sus inspiraciones y sus ayudas y acoge las voces de súplica y los actos de reparación para que sobre la justicia ofendida triunfe siempre su misericordia. ¡Cuánto placer transcribir aquí la prosa bella del espíritu ferviente de don Luis!

## El gran motivo: Dios es Padre

Dios es Padre de una bondad incomparable e inagotable para cada uno de sus hijos, incluso el más pequeño y despreciable.

En los magníficos atractivos del Corazón de Jesús, Autor inefable, ejemplar y Maestro de caridad y de dulzura, don Luis inspiró y nutrió su espiritualidad, para que en su ejemplo también nosotros pudiéramos alimentar nuestra piedad y educar al prójimo en sentimientos de confianza en la misericordia de Dios y propósitos de caridad hacia los hermanos.

Él hizo de ésta, su espiritualidad:

- eficaz pedagogía del espíritu;
- incitación persuasiva a la adquisición y al progreso de las virtudes cristianas y religiosas;
- invitación al don alegre y generoso de toda energía intelectual, moral y física para el servicio infatigable de Dios y de las almas;
- impulso a vivir en la humildad que hace callar todo lamento o pretensión o descontento, y en la alegría atractiva de un alma contenta de Dios, que sabe aceptar serenamente también el sacrificio y el sufrimiento.

En la Providencia divina que alimenta las aves del cielo y viste espléndidamente los lirios del campo, experimentó, también de manera extraordinaria, la bondad de Dios Padre amoroso y providente que asegura en la tierra la abundancia de los mismos bienes materiales: aquellos bienes que sólo la codicia y el egoísmo humano acumula, litiga y destruye y que nuestra sola desconfianza nos hace faltar.

Es nuestro deber entonces invocar cada día: «*¡Corazón de Jesús, ten piedad de nosotros! ¡Santísima Providencia de Dios, provéenos!*», en nombre y con el espíritu de don Luis, padre nuestro, y agregar de nuestra parte el compromiso de ocuparnos - en espíritu de pobreza, de inocencia, de laborioso empleo de toda industria y economía humana - de la vida económica y espiritual de cada una de nuestras Casas, al promover todos nuestros avances individuales y comunitarios en la virtud y en la observancia religiosa, al mantener el alma atenta a los llamados de Dios y al entrar en nuevos caminos y emprender nuevas obras, al recordarnos y seguir las máximas y las orientaciones de Providencia del Padre.

## En la Congregación y por la Congregación

Repito aquí una importante advertencia suya: *«Es necesario tener confianza en la Providencia y en el porvenir de la Obra: a veces se sufren dificultades, porque se tiene poca confianza»*.

Yo desearía que conmigo, todos los cohermanos, en este 25º aniversario del su tránsito glorioso, se postrasen en espíritu frente a la tumba bendita para renovar la propia fe inquebrantable y serena en el futuro de nuestra Obra, antes suya que nuestra: una fe que sea, sin embargo, al mismo tiempo voluntad de llevar a la Institución el aporte generoso de nuestras energías, iluminado por el conocimiento y estudio de su espíritu y acompañado por una rica vida de oración y de sacrificio.

La nuestra es una Congregación surgida en el alma de un santo Fundador, preparada por Dios con inspiraciones, visiones y movimientos sobrenaturales, madurada largamente en su corazón (¡cómo conmovía cuando lo mencionaba!), iniciada al costo de innumerables penas y fatigas, aprobada por la Iglesia y bendita por la sociedad por una misión pródiga y oportuna de celo y de caridad cristiana, por lo cual tiene, ciertamente, un futuro. Si para la vida de una Obra, que es todavía humana porque es confiada a los hombres y no es indefectible como la Iglesia de Dios, se puede temer el peligro de la decadencia y de la muerte, la causa no debería atribuirse a las adversidades externas, ni a la crisis económica del mundo, ni a las persecuciones religiosas, donde las obras de Dios se prueban y se refuerzan, sino a culpas, negligencias y deficiencias de nuestro espíritu y de nuestro obrar.

Dudar o no tener confianza en la vitalidad y en el futuro de la Obra sería ser injustos con el querido y recordado Fundador que, junto con un amplia herencia de Obras, nos dejó un rico patrimonio de orientaciones y máximas para estudiar y actuar; sería indisponernos a la Providencia que, aun luego del tránsito del padre, nos ha hecho ver económica y moralmente verdaderos milagros más allá de cualquier mérito nuestro; sería debilitar el buen espíritu y la buena voluntad de quien nosotros tenemos el deber de consolar, animar, estimular, entusiasmar; sería sustraernos egoístamente al deber de nuestro propio oficio y de nuestra vocación religiosa.

### La Congregación nos pertenece

Es nuestra la Congregación a la que el Señor nos ha llamado, para que en ella hiciéramos el más provechoso empleo de nuestra pobre existencia y recibiéramos un cúmulo de ayudas y de gracias para hacernos

santos y salvarnos. Ella nos ha acogido y en ella tuvimos, con el pan suficiente para el cuerpo, todo bien del espíritu. Debemos por eso amarla más que cualquier otra, incluso si fuera más digna que la nuestra, porque es nuestra madre dilecta, debemos hacerla estimar y honrarla con nuestras virtudes, sostenerla con nuestras obras de bien, acrecentarla buscando y educando vocaciones elegidas, permanecerle fieles no obstante las inevitables e inseparables dificultades inherentes a toda vida humana y religiosa.... Mucho más sabiendo que nuestro Instituto nació y ha tenido sus inicios entre deficiencias y limitaciones (recordemos las cuatro efe). Más allá de todo, ¿no somos quizá nosotros los seguidores y los imitadores de Jesucristo humillado y sufriente y los hijos de una Iglesia indefectible y santa y sin embargo, como su Jefe divino, perseguida y hostigada y vituperada aquí en la tierra?

### **Las virtudes religiosas: motivaciones y práctica**

El núcleo de toda comunidad y de toda congregación es la obediencia religiosa, que pone a disposición de los superiores, para las necesidades y el desarrollo de la Institución, la voluntad y las energías de los cohermanos.

¡Justa, noble, santa, meritoria, alegre sumisión a Dios, presente según la fe de los superiores, esta obediencia religiosa, despreciada solamente por ese mundo en el cual el despotismo y la constricción y la fuerza comprimen el mismo pensamiento y hacen esclavas a las voluntades! Pero para que sea de verdadero provecho para el espíritu y de verdadera satisfacción para el corazón, debe ser abundancia de mente y de voluntad. Es necesario, entonces, que no se obedezca sólo por la fuerza; que no sea vaciada de su mérito con nuestro lamento o con la búsqueda sólo de la estima de nuestro prójimo. Dios se debe servir, aun a precio de algunas dificultades y de real malestar, con generosidad y con alegría. Debemos considerarnos afortunados si el Señor, para su gloria y la salvación de las almas, nos ofrece la ocasión de poderlo servir en los oficios y en las incumbencias de la obediencia, acogéndolos con alegre prontitud y cumpliéndolos con la mejor diligencia.

No debe perderse la oportunidad de enriquecerse mentalmente y de ganarse las complacencias divinas con la aceptación de las misiones dadas por el superior, aunque no sea conforme al propio gusto. Aun en el caso de obediencias difíciles, tras haber dado al Superior con respeto y simplicidad las propias informaciones objetivas, estas se han de considerar servicios nobles que el Señor se digna requerir, en agradecimiento de los beneficios recibidos o de favores de los que tenemos necesidad.

Las misiones que nos vienen propuestas por los superiores son verdaderamente meritorias porque el Señor compensa las tareas que Él da y no las actividades preelegidas de propio gusto. Ellas se deben considerar como servicios nobles que el Señor se digna pedirnos, servicios necesarios que, lejos de negarse, se deben gozar al prestarlos a una congregación ya hacia nosotros acreedora de sus costosos servicios y de favores singulares.

### **Servir en humildad y alegría**

Se ha dicho que “servir a Dios es reinar”. Nosotros somos llamados Siervos de la Caridad y pienso que cada Siervo de la Caridad debe considerarse feliz por cada buena cualidad o aptitud o capacidad suya que pueda ofrecer para el mayor bien del Instituto. El Siervo de la Caridad entonces debe “prevenir” el deseo o al menos satisfacer aunque sea con cierto sacrificio la solicitud de los superiores cuando lo inviten a adquirir todas aquellas capacidades o conocimientos varios (asistencia sanitaria, cultura agrícola racional, magisterio, educación específica de los discapacitados...) que don Luis mismo recomendaba y que pueden volverse utilísimas, si no necesarias, para la vida y la buena marcha de las Casas.

A decir que “¡no!” al buen Dios, desobedeciendo u obedeciendo malamente con verdadero daño e insatisfacción, nos pueden llevar dos tristes herencias de nuestra pobre naturaleza humana: el orgullo del espíritu que rehúye de la sumisión, y la concupiscencia de la carne que elude el malestar o el sufrimiento.

Remedio para domar el orgullo y evitar sus tristes consecuencias es la humildad; remedio para castigar la concupiscencia es ir al encuentro precisamente de los despegos y las incomodidades de la obediencia. «*Siempre me dio miedo, aseguraba don Luis, el espíritu de insubordinación*».

Y aquí también reflexionen los Hermanos, como sugería don Luis, que su condición es, para la mirada de los hombres y de Dios, verdaderamente privilegiada: no poseen riquezas, que en el mundo son ruina de las almas y camino al pecado sin dar en lo más mínimo la verdadera alegría y la verdadera paz, pero cuentan siempre con el beneficio seguro de un techo hospitalario y piadoso, un vestido pobre pero suficiente, un pan abundante y aquella asistencia y caridad fraterna que es un dulce deber ofrecerles.

Ellos pueden gozar de los beneficios de una vida de pobreza, de obediencia, de piedad, de lejanía de los peligros del mundo, que los hace semejantes a nuestro Señor Pobre y obediente y los pone en camino al Paraíso: ellos hacen su buen camino aquí en la tierra con el Señor en el cora-

zón y de la mano de los queridos cohermanos del espíritu (los sacerdotes): sus misiones, aunque modestas y agotadoras, no son menos distintas e importantes, porque son sumamente ventajosas para la Congregación, realizadas por amor de Dios que Él ampliamente nos recompensa, bendecidas para nuestros pobres.

Los hermanos mayores, por lo demás, no se enorgullecen o se aprovechen de su condición superior, que no indica un mayor mérito, sino que les impone – por los mayores dones recibidos de Dios y las mayores responsabilidades – un mayor deber de ejemplaridad, un más intenso y humilde desempeño de su misión. Piensen que deben subir al altar, que alcanzaron no por propio mérito, sino por la bondad gratuita y la misericordia del Señor, con piedad, fervor y humildad, ofreciéndose en unión con Cristo Jesús a la perenne inmolación por las almas.

Desde el altar reciban aquellas gracias y aquellas alegrías espirituales y santas para robustecer el alma, aceptando vivir una vida de humilde y fatigoso trabajo. No profanen jamás el altar que es símbolo de obediencia y de sufrimiento, transformándolo en afirmación y justificación de una vida inoperante y de soberbia independencia según las falsas máximas del mundo.

Mas quien está deseoso de complacer a Dios y desea obtener innumerables y preciosas gracias y consuelos, estudiará, con ese celo y esa exactitud que a veces puede ser despreciada, cómo practicar también las así llamadas reglas de menor importancia y otras eventuales disposiciones de los superiores. ¡Feliz entonces quien sabe cómo prevenir órdenes y disposiciones, estudiando cómo secundar las orientaciones y realizar con prontitud las indicaciones y las sugerencias de quien es superior, reaccionando al amor propio y frenando un eventual espíritu de contradicción!

### **Pobreza “capuchina”**

Para toda congregación la riqueza fue y siempre es causa de flojera y de decadencia; sobre todo para nuestro Instituto, que surgió y vive para los pobres y vive del óbolo de los pobres y tuvo del Fundador un precepto singular de pobreza llamada por el, un día, “capuchina”, que es bien distinta del orden y la limpieza que don Luis amaba y de esta adecuación de vestidos y ambientes que él también requería para nuestros pobres, según las exigencias de la higiene y de los tiempos. La pobreza tiene por eso una importancia excepcional; y es necesario vigilarla, evitando tanto la acumulación de ahorros y beneficencias, en desmedro de un justo tratamiento



de los asistidos y de los gastos y desarrollos necesarios, como el despilfarro y sólo el consumo fácil en desorden o descuido de administración o excesivos gastos personales.

Cada cohermano ame la virtud de la pobreza, por deber de conciencia obligada con voto y por aprovechamiento personal. No sólo observe el voto obedeciendo las prescripciones y prohibiciones canónicas, practicando las rendiciones de cuentas establecidas, ateniéndose a las obligaciones necesarias, sino que, examinándose, observe el espíritu de la pobreza: – conservado en buenas condiciones lo que pertenece a la Casa y se nos concede en uso; – no permitiéndose derroches en viajes o transportes no necesarios o de consumos superfluos, tan nocivos también para la unión fraterna y la vida común y a menudo notados y reprobados por personas eclesiásticas e incluso seculares; – no disponiendo de oblaciones personales o de los frutos de un patrimonio propio; – evitando en las cosas de uso estrictamente personal (recuerdos, libros, vestidos y blanquería individual, el mobiliario modesto, etc.) exigencias particulares. Se beneficiarán el espíritu de caridad, de edificación, de sacrificio, de piedad y llegarán beneficencias más amplias y más consoladoras bendiciones de Dios.

### **Genuina y custodiada castidad**

Gema de la vida religiosa, esplendor del alma es la castidad... ¡Con qué expresiones – oportunas y elevadas – escribía y hablaba de ella don Luis, nuestro padre! El poseía un alma virginal y llena de esa misericordia del Corazón Divino que se inclina también sobre las miserias humanas para obtener de ellas reparaciones heroicas de bien.

Por nuestro más espléndido decoro de sacerdotes y de religiosos, por las atracciones celestiales y la fecundidad de una vida y de un ministerio inmaculado, por la custodia de la virtud y de la pureza de las almas a nosotros confiadas, pedimos cada día al Sagrado Corazón de Jesús, vivo en la Eucaristía, y a la candorosa y tierna Madre de la pureza y del bello amor, a los Santos de la inocencia y de la penitencia el gran inestimable don, agregando a la oración constante la vigilancia indispensable en la mente, en el corazón en los sentidos y la mortificación elemental de la templanza en el alimento y en el descanso. Cada cohermano observe con particular diligencia y rigor las prescripciones, las prohibiciones, las cautelas contenidas en nuestras Constituciones y los superiores procuren la observancia con todo el grave compromiso de su conciencia.

## Medios esenciales: rezar y padecer

Se considere como medio indispensable de nuestro crecimiento la mortificación cristiana y religiosa. Ella favorece la genuina imitación de nuestro Señor, que con el sufrimiento hizo fecundas sus obras, a este fin, y se torna expresión de nuestro antagonismo a los placeres sensuales y a los gozos vanos de este mundo. Don Luis, al hablar de sus lugares y de sus tiempos de juventud, elogiaba con nostalgia el espíritu de mortificación y de sacrificio de nuestras poblaciones sanas. Este es un principio de vida moral y espiritual, para nosotros indiscutible, también prescindiendo de los ejemplos y de las enseñanzas que él resumió escribiendo su eficaz sobriedad: «*¡Miserio el hombre que no está guiado por el espíritu de mortificación! ¡Pobre el religioso que no sabe progresar en la santificación propia por medio del espíritu de penitencia!*» y que nos ha exaltado en aquel programa suyo repetido y decantado: «*¡rezar y padecer!*».

Hay en la vida de los Santos, sobre todo de algunos por vocación e inspiración especial más austeros, ejemplos de penitencias terribles, que a nosotros nos es concedido sólo admirar, y que sin embargo, no teniendo la posibilidad de practicarlas, no nos está consentido discutir o burlarnos de ellas.

Hay otras penitencias corporales, no excepcionales pero tampoco comunes, que es prudente no adoptar sin el juicio y el consenso, según los casos, del confesor o del superior.

Hay, por otra parte, variadísimas formas no estrictamente obligatorias de mortificación de los sentidos, que cada uno de nosotros sabe y puede hacer, cuidando conservar su belleza y su valor con la espontaneidad y la reserva secreta; pero cuidemos de sentir su utilidad y su necesidad, de cultivar el deseo y la práctica, procurando aquellas ocasiones que a menudo ya son requeridas respecto de la buena educación, las exigencias de una actitud correcta hacia las personas, del beneficio de la economía y de las buenas reglas de la higiene.

Cuando se tiene el espíritu de mortificación, entonces se practicarán con edificación las penitencias establecidas por la Iglesia para todos los fieles; se será fiel al estricto ayuno nuestro de los viernes, sobre el cual don Luis insistió desde los primeros años; se prestará atención, en las muchas maneras que se concilian también con una salud débil, a la mortificación del apetito, que fue llamada el abecé de la perfección, se tratará de concretar, en cada una de nuestras misiones, aquella necesaria intensidad de trabajo espiritual y material que nos es indicada en las Constituciones como penitencia característica dada por el Santo Fundador.

La misma vida de obediencia y las exigencias de la vida común, los achaques y las enfermedades y las dietas médicas, la intervención puntual en la oración y en la meditación común de la mañana, el esfuerzo por cumplir los propios encargos de trabajo, de enseñanza, de ministerio, de asistencia, el contentarse sin lamentos particulares o pedidos singulares con los alimentos comunes, son todas ocasiones saludables y oportunas para practicar la mortificación.

Pero luego cada uno podrá ejercitarse en tantas mortificaciones, según su necesidad y su inspiración.

La práctica de las virtudes y sobre todo de la caridad nos dará luego frecuentísimas ocasiones de mortificar, además del cuerpo y los sentidos, el espíritu: la tolerancia recíproca de los defectos personales; la unión de los espíritus y las efusiones delicadas de la caridad fraterna no obstante las diferencias de origen y de índole; la corrección paciente de un carácter difícil. Sobre todo el control trabajoso de la lengua, que muy a menudo se hace culpable: palabras duras y que causan amargura, palabras dichas con ira o desprecio, palabras de maledicencia y de división de espíritus, palabras imprudentes de las que no se calculan a veces suficientemente las consecuencias y el efecto en quien las escucha, palabras irrespetuosas que en boca de personas religiosas y de educadores suenan contradictorias, palabras inútiles pronunciadas sin una razón o un cuidado en la casa de Dios o durante la oración.

### **Siempre en el espíritu del Fundador**

Cada Institución, para que sea asistida y prospere, debe estudiar, seguir, conservar y transmitir el espíritu que le dio el santo Fundador. Don Luis nos ha dejado su espíritu en preciosas enseñanzas, recopiladas en las Constituciones y en el interesantísimo Reglamento, y esparcidas en sus obritas. Nos ha dado orientaciones características para cada manifestación de virtud: particularmente respecto de las formas de la caridad y beneficencia a ejercer en nuestras Casas, criterios de economía, confianza en la Providencia de Dios; cómo realizar la publicidad y la propaganda; y también respecto de la piedad, de la disciplina y de la educación juvenil...

### **Embeberse de su espíritu: urgencia vital**

Sobre el sepulcro venerado y expresivo del padre inolvidable, en este aniversario jubilar siento el deber para mí y para todos los cohermanos, co-

menzando por los más ancianos de edad y los que tienen mayor responsabilidad, de proclamar la obligación y la importancia decisiva del estudio, de la búsqueda de la difusión del espíritu de don Luis. Este debe revelarse y manifestarse en cada Casa suya, debe inspirar cada actividad nuestra y cada palabra nuestra, debe imprimirse en la mente y en el corazón de todos los cohermanos, en armonía de sentimientos y en colaboración voluntariosa y necesaria de vida y de obras con el Superior General, quien es consciente no sólo de su deber de oficio de dedicarse a los intereses económicos y morales, a la organización de la Casa y a la disciplina de la congregación, sino especialmente de la tarea de asegurar y aumentar su vitalidad animado cada Casa y a cada cohermano a vivir el espíritu genuino de la Institución.

Esta es tarea especial y específica de las Casas de formación a realizarse, especialmente en el Noviciado, con las conferencias, las diversas enseñanzas teórico-prácticas (de catecismo, de pedagogía preventiva, de enfermería, practicable esta última con un futuro asilo anexo o con una soñada casa de reposo para los cohermanos inhábiles, con la conducta religiosamente ejemplar de todos los superiores, con una iluminada dirección de espíritu, con la disciplina interna...

El intenso amor por el Instituto y un deseo vivo de perfección por parte de todos, nos debe impulsar a conocer cada vez mejor el alma del Fundador y de su Obra, a aprender a vivir su espíritu íntegro y verdadero. Es necesario que en cada Casa se asuma este importante compromiso, si se ama verdaderamente la Congregación y se quiere ser benditos por el Padre con una multiplicación anhelada de fundaciones y con el aumento de buenas vocaciones.

(Al respecto, insisto para que los aspirantes y los postulantes sean más cuidados y asistidos en las casas que les son asignadas, y se cuide con mayor diligencia y amor una voluntariosa y puntual transmisión de los aportes económicos que se establecieron para el mantenimiento de nuestras Casas de formación. Lo mismo se cuide en las Casas donde residen los jóvenes cohermanos de votos temporales.)

Cada cohermano trate de cuidar en sí y en sus subordinados la integridad del pensar y del sentir católico: promoviendo sobre todo en los jóvenes una adecuada formación con lecturas, conferencias, instrucciones; cuidándose de una familiaridad incauta con los libros doctrinalmente no seguros o moralmente peligrosos, de la lectura habitual de diarios no católicos... que pueden debilitar nuestro "sentire cum Ecclesia". Cada cohermano cultive en sí y en torno a sí el amor a la Iglesia y al Papa, al que debemos devoción filial, afectuoso y tierno respeto y veneración. Leamos y hagamos conocer los documentos de la Santa Sede.

## Práctica, pensamiento, espíritu de don Luis

### *Pedagogía preventiva*

El sistema preventivo de educación tiene su inspiración y su base en el Evangelio y su confirmación en la psicología humana y su prueba benéfica en la experiencia. Don Luis gozó de un espíritu inclinado a la bondad y a la caridad; fue dotado de la capacidad de comprender las exigencias del corazón humano; supo superar los métodos de educación de su tiempo hecha de rigor y de represión; en la escuela de don Bosco comprendió toda la eficacia del sistema preventivo que quiso hacer suyo y darnos como compromiso específico de nuestra actividad apostólica y educativa.

Aun sugiriéndonos y recomendándonos las especiales publicaciones de don Bosco y de sus hijos, nos dejó también él, si bien no abundantísimas ni desarrolladas pero todavía suficientes, algunas máximas y reglas sabias.

Don Luis quería que:

- en cada Casa reinara un régimen familiar y piadoso, en el ejemplo de la sagrada Familia, un clima de caridad, de armonía y de confianza entre superiores y dependientes, una ininterrumpida vigilancia disciplinaria en todo lugar y a toda hora para evitar la culpa y no para espiarla y castigarla;
- el Superior de Casa, como ángel custodio, se comprometiera, junto con sus colaboradores, a prevenir con cauta reserva y prudente presencia cualquier desorden, y sintiera una viva premura por la formación de los jovencitos en las ideas sanas, en la custodia del corazón de simpatías y antipatías, en el hacer gustar las bellas celebraciones sagradas y los santos Sacramentos recibidos con espontánea frecuencia;
- se evitara absolutamente la privación del alimento necesario, los golpes físicos, la suspensión del movimiento, los castigos largos y penosos que pueden procurar daño a la salud y al desarrollo, la humillación, el reprender con animosidad dejándose llevar por la pasión, las palabras amargas y de desprecio, el uso de epítetos;
- la disciplina (que por lo demás se puede obtener también con tantos recursos) en ciertos casos debía ser exigente e incluso severa, sin embargo siempre persuasiva (¡la autoridad se debe usar con una extraordinaria economía!) y medicinal, lo que acontece cuando el superior sabe y tiene la experiencia de que se ama y se actúa no por aversión o por arbitrio, sino para mejorar y hacer el bien, siempre estimulando;

- se prefiriera siempre el uso de la corrección individual más que de la pública;
- más que recurrir al castigo se usara el premio y el estímulo; se promovieran aquellas iniciativas y satisfacciones legítimas (canto, música, paseos, proyecciones, conferencias y conversaciones familiares, y en las recreaciones la gimnasia sana y el juego de movimiento)...

¡Inconcebible es que alguno se muestre ignorante de un sistema que, incluso sólo porque era deseado por el santo Fundador, teórica y prácticamente debe ser enseñado especialmente en las Casas de formación, pero debe luego ser inculcado y practicado por los superiores en cada casa! Es inadmisibles que se diga “una cosa es la teoría y otra la práctica!”, como si la buena teoría no debiera ser transformada en práctica saludable, justamente con ese estudio necesario y con ese laborioso ejercicio de atención asidua a los educandos y de vigilancia sobre sí, que corresponde a la responsabilidad de la misión educativa.

### ***Oración guanelliana***

De la oración, intensa, ferviente, hecha y vivida por necesidad del espíritu, y por necesidad de ayuda y providencias celestiales, don Luis naturalmente dio el ejemplo más bello (¡basta pensar en las oraciones de sus viajes!) y la enseñanza más insistente, presente en su programa “orar y sufrir”. No sería oportuno insistir en ello aquí. Como todo buen cristiano y todo sacerdote fervoroso y cada diligente y fructuoso apóstol, don Luis oraba mucho, de alguna manera, siempre y en todas partes; oraba bien. Su piedad, sincera y amable, vida y alegría de su espíritu, se difundía luego en cada una de sus palabras y en su actitud externa.

Don Luis era la simplicidad y la naturalidad misma en cada una de sus manifestaciones virtuosas. Dibujaba un autorretrato cuando escribía: *«El carácter, es decir el distintivo moral de los Siervos de la Caridad, debe tener una orientación muy caritativa y muy popular en el trato, en los discursos, en la conducta general en casa y fuera de ella». - «En todo y hasta el límite de la culpa, un corazón que quiere complacer y ayudar a su prójimo, es necesario que se muestre cortés, desenvuelto, condescendiente, rico de esa libertad de espíritu que es un verdadero don del cielo». - «Es necesario castigar los ojos sin parecer afectados; es necesario castigar el oído sin ser ni aparecer insociables; es necesario sobre todo castigar el gusto, porque en esto está la virtud de la perfección cristiana». Y*

a este propósito describía así a sus hermanas (prácticamente haciéndonos conocer su mismo espíritu): *«Son alegres, pero no inmoderadas; de palabra fácil, pero no charlatanas; compuestas, pero no afectadas; modestas en el trato, pero no inhibidas; en sus ropas limpias, pero no meticulosas. Están habituadas a pasar con igual tranquilidad de espíritu de la acción a la oración y a pasar con indiferencia de una obra a la otra y en los diversos ejercicios de oración a ocuparse diversamente según los impulsos de la gracia y el mérito de la obediencia».*

La piedad de don Luis - toda ella conforme a su carácter - estaba lejos de toda afectación y ostentación, parecía y era edificante y conmovedora revelación de su fervor vivo de espíritu recogido, de su amor ardiente hacia Dios, de su fe, de su activa conversación confiada con su Señor.

Nuestra misma piedad por esto, sin que la actitud exterior tenga y pueda modelarse en una actitud obligatoria, debe, con carácter de simplicidad y de modestia, ser el fruto y mostrar nuestra fe viva en la presencia del Señor y en su bondad amorosa, con el consiguiente recogimiento de todo nuestro ser. En las celebraciones públicas obsérvese con cuidado atento ese conjunto tan bello y sugestivo de ceremonias y de ritos determinados por la Santa Iglesia en la liturgia; al rezar luego en privado, o en forma comunitaria o individual, se trata aunque sea de una sola “Ave María” antes y luego de las comidas o las demás tareas, se mantenga siempre una actitud correcta y ejemplar.

Nuestra piedad debe buscar y reencontrar toda su inspiración y su eficacia en la santa Eucaristía, sol de la tierra, vida y presencia divina entre nosotros, a quien don Luis, con el ejemplo y la enseñanza, nos orientó y en la que quiso que nos formáramos.

El pueblo cristiano (y ante y sobre todo Dios mismo) nos debería estimar: – porque nosotros favorecemos la Comunión frecuente en nuestras casas, – por la celebración cuidadosa de la Santa Misa y sobre todo por el ferviente recogimiento de la preparación remota y próxima y en la recogida y fructuosa acción de gracias, –por las adoraciones privadas y públicas practicadas por piedad de espíritu o queridas por las necesidades, – por las visitas cotidianas al Santísimo Sacramento y por los breves saludos frecuentes al Santo Tabernáculo, – por la bendición de la noche que nos prepara y nos despide en paz para el reposo de la noche y el... de la eternidad.

Cada una de nuestras casas, entonces, sea una verdadera Casa (expresión de don Luis) de Nazaret, una casa de Dios, una casa bendita de ardor en el trabajo santo, de imitación del bien, de ejercicio de la virtud, de oración, de indulgencia recíproca y de fraternidad, Casa de fe, de gracia y de caridad.

## *El superior*

A la cabeza, como padre, un superior humilde y devoto, vigilante y asiduo y siempre presente en su oficio: custodio del espíritu, observante de las reglas que hará observar amable pero diligentemente, alentador y animador de cualquier buena energía e iniciativa. Por escrito y oralmente mantenga con frecuencia informado al Superior General sobre las dificultades, las necesidades, las vicisitudes y la vida de la casa, cuya actividad e influencia no puede limitarse a las graves y raras intervenciones de autoridad, sino que debe extenderse a todo mejoramiento disciplinario y espiritual.

Reúna a menudo (al menos todos los meses) a sus consejeros y los consulte y les informe sobre los diversos intereses de la Casa, sus necesidades, los inconvenientes, los abusos. Pase a menudo el tiempo con todos los cohermanos para animarlos, corregirlos, informarse de ellos, manteniendo rigurosamente lejana cada maledicencia, cada comentario malévolos a buen resguardo de las disposiciones superiores, cualquier búsqueda chismosa y divulgación de secretos verdaderos o imaginarios; favorezca y cultive el amor a la Casa, el interés benévolo por el desarrollo del Instituto, el conocimiento de noticias útiles (fiestas, entretenimientos, enfermedad de cohermanos, etc.) de las diversas Casas.

Vigile, asegurándose una concienzuda cooperación común, la moralidad y la honestidad del vivir cristiano, combatiendo con energía la blasfemia, el hablar deshonesto, las lecturas no buenas, el escándalo, que es ruina de las almas y maldición de una Casa.

Para la piedad, la educación y la instrucción religiosa, cuide el catecismo general y el de cada una de las clases de personas (niños, ancianos, religiosos) con los aportes de la didáctica moderna, reintroduzca o mantenga las reflexiones vespertinas a los muchachos pequeños y grandes, tomando los temas de los asuntos destacados de la práctica cotidiana, de los relatos misioneros y de los santos, de publicaciones de cultura católica de actualidad; disponga el acceso fácil a los Sacramentos de la Confesión y de la Santa Comunión; mantenga eficientes las diversas asociaciones o uniones religiosas establecidas como la Acción Católica, el Apostolado de la Oración, la Santa Cruzada, etc.

### **Iniciativas para promover el estudio**

Es útil el uso de las bibliotecas escolares con libros educativos, hagiográficos, misioneros. Se introduzca entre los ancianos que aman la lec-



tura la buena prensa, eliminando libros y periódicos malos. A los artesanos se provean libros varios, moralmente seguros para su edad y condición, agregando libros educativos de aventuras misioneras y de cultura formativa católica.

Haya en cada Casa una biblioteca de cultura eclesiástica, para uso de consulta, de estudio o de lectura, más o menos abundante y poco a poco ampliable con obras recibidas en regalo o adquiridas.

Cada Casa tenga, además, a disposición de los cohermanos, algunas revistas de cultura católica, algún periódico también católico, algunas revistas de estudios eclesiásticos y de actas pontificias, útiles estas últimas, con la Revista Diocesana y otros libros de consulta, para un ministerio iluminado y fecundo.

Los buenos hermanos laicos se alimenten espiritualmente con el estudio y la explicación del catecismo y con conferencias, lecturas espirituales sobre vidas de Santos y obras fáciles de ascética. Lean también a menudo los opúsculos de don Guanella, en primer lugar “el Fundamento”.

Sobre los clérigos profesos vigílese la integridad de la conducta, estimúlese la diligencia del estudio y de la asistencia, edúquense con caridad las aptitudes, promuévanse los ejercicios comunes, se garantice la realización del programa escolar para la preparación al sacerdocio y a los distintos oficios, incluso los humildes y materiales, de su vida de mañana.

Se vea cómo y dónde se puede establecer la organización de los ex-alumnos y un Comité de cooperadores activos.

Se tengan o se vuelvan a poner en vigencia – para el mantenimiento económico de la casa, y para los desarrollos futuros – todas las variadas formas de propaganda nuestra: la modesta prensa periódica de casa, las discretas y afectuosas circulares de ocasión para manifestar el necesario agradecimiento a nuestros benefactores.

Qué sabio era don Luis al procurar, con los bellos recursos de su mente y de su corazón, mantener y multiplicar filas de sostenedores y amigos, que con el reconocimiento y la afectuosidad más exquisita ligaba a sí y entusiasmaba al bien, enriqueciendo así su espíritu a... ¡ejemplo de todos los Santos!

El superior local, regla viva a ejemplo de virtud y providencia de todo bien en su Casa, de la cual sólo por verdadera necesidad se alejará, relea a menudo, por vivo reclamo de sus deberes, las Constituciones y presida luego infaltablemente, con el aporte de todos, los ejercicios piadosos de comunidad.

## Particulares momentos del espíritu

Quiero particularmente señalar:

- la meditación en común, puntual y regular. ¡No es posible olvidar la impresionante insistencia y frecuencia de las recomendaciones de don Luis sobre este punto!;
- la lectura espiritual a realizar cada día, con compromiso y piedad;
- la breve visita luego del almuerzo, tan querida por don Luis, sin restringir la necesidad y el anhelo de visitar a menudo “*nuestro Paraíso en la tierra*”;
- el retiro mensual vivido con el debido recogimiento, con oportunas meditaciones y lecturas espirituales, el examen particular y en lo posible la santa Confesión y el encomendar el alma...

Concluyo, queridos cohermanos, las pobres palabras y los fervientes deseos que me sugirió el inminente vigésimo quinto aniversario del tránsito de un padre, que sin embargo está vivo y quiere vivir entre nosotros, repitiéndonos el cántico de su humildad santa y de su fe en la Providencia, como escribía en previsión de su muerte no lejana para que nos quedara como parte de su testamento:

«... Él (escribía de sí mismo) *cerrará los ojos dando adiós a la tierra, a la cual jamás dio el corazón, y saludando a los suyos que confía continuarán mucho mejor que él las Obras por el fundadas. Estas Obras son, como él mismo, del Señor. Quien tiene fe cree firmemente que Aquél que ha suscitado personas y Obras, sabrá continuarlas también sin él, átomo perdido en el espacio. Este pobre átomo cada noche se encomienda a Dios y encomienda también sus obras, tan caras a su corazón, luego se abandona a un sueño placidísimo*”.

Lo recuerdo cuando, próximo a dejarnos, repetía, en la gozosa espera de un premio e incluso en la dulce tristeza de una partida: «*¡Ahora voy, ahora voy!*»; pero agregaba: «*In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum*» - «*¡Paraíso, Paraíso!*» - «*Recemos y esperemos*» - «*¡La Providencia nunca, nunca abandonará!*».

¡Sobre el sepulcro donde reposan sus huesos, bajo la mirada sonriente del Padre, depongamos, oh cohermanos, nuestro santo propósito y, orando y sufriendo, continuemos nuestro buen camino, con voluntad, con confianza, para volver a reunirnos un día en el cielo!

¡Alabado sea Jesucristo!

# **EL REGLAMENTO DE 1910: un don aún actual**

## **Complemento a las Constituciones de 1907**

A cien años de la publicación del bellísimo Reglamento que don Guanella nos ha dejado como “monumento” de su madurada experiencia y sublime espiritualidad, me parece necesario convocar a todos a una toma de conciencia profunda del espíritu que Don Guanella supo infundir en este escrito, para confrontar nuestra vivencia de hoy con las fuentes del carisma.

Al presentar a los cohermanos el Reglamento es el mismo don Guanella quien nos sugiere el sentido de este documento, esto es, ser el complemento y la explicación de las Constituciones que había presentado a la Santa Sede en 1907 para la aprobación del Instituto y sobre las cuales él y nuestros primeros cohermanos habían hecho la profesión perpetua: *«La Regla pura y simple es como un código de ley, que necesita estudio, explicación, interpretación. Y esto es lo que nos proponemos hacer con el Reglamento, que os presento y os ruego aceptar de buen grado y estudiarlo y seguirlo con propósito firme»*.

En los documentos de la Iglesia publicados a partir del Concilio Vaticano II tuvimos la oportunidad de profundizar muchos aspectos, incluso innovadores, sobre la vida religiosa, que enriquecieron nuestras motivaciones para un renovado impulso de bien y de santidad y que fueron acogidas abundantemente en nuestras Constituciones renovadas.

Actualmente las Constituciones, redactadas en base a las directivas de la Iglesia, contienen, además de los elementos jurídicos constitutivos del Instituto, el patrimonio espiritual y el proyecto apostólico de la Congregación. Por lo cual, de manera diversa que en los tiempos de don Gua-

nella, las Constituciones son ya un compendio de la espiritualidad y del carisma del Fundador. Pero es necesario, no obstante, traer a la memoria y profundizar la palabra misma del Fundador, especialmente nosotros que tenemos la fortuna de poseer un verdadero patrimonio de escritos suyos para las dos Congregaciones (¡Todo el volumen IV de la Opera Omnia!).

El mismo don Guanella es consciente de esto: «*Cada familia religiosa tiene su espíritu particular, sugerido por la gracia del Señor y por la cualidad de los tiempos y de las circunstancias de lugar, y este carácter o impronta es lo que distingue un Instituto de otros similares*». Esto vale para la misión específica (lo que don Guanella llama “el carácter económico”, por el estilo de vida (lo que don Guanella indica como “carácter moral”) y por la espiritualidad (es decir “el carácter o distintivo del orden espiritual y religioso”).

### **Importancia para la formación de los Siervos de la Caridad**

A solo dos años de la muerte del Fundador **Mons. Aurelio Bacciarini** escribía así en la circular a los cohermanos del 15 de octubre de 1917:

«Su memoria no se debilitó entre nosotros: más aún, cuanto más el tiempo nos lleva lejos de la hora de su desaparición terrena, su dulce figura revive en nosotros más intensa, más querida, más amable.

Nosotros conversamos cada día con don Luis... en él nos apoyamos como hijos en el padre. Pero no basta este intercambio afectuoso y de intimidad. Es necesario sobre todo que llevemos tallado en el *corazón*, en la vida y en las obras, sus ejemplos, sus máximas y especialmente su Regla, en la cual el transfundió, como soplo inextinguible, todo su espíritu».

Algunos años después el mismo Mons. Bacciarini, al término de los Ejercicios espirituales de los cohermanos (verano 1919) se expresaba así. «Os diré que ayer por la noche, al concluir la lectura del admirable Reglamento de don Luis, me asombró su palabra. Él dice que “el mejor modo de fortalecer nuestra Institución es asimilando el espíritu religioso y la observancia de la Regla”. Este debe ser nuestro nobilísimo y grave compromiso, por el cual aplicar todo nuestro deseo y todas nuestras energías.

El pensamiento de don Luis es claro como la luz resplandeciente del sol. Él quiso poner los fundamentos de un gran Instituto religioso, de una verdadera Congregación religiosa en el sentido más real de la palabra.

Toda su vida lo dice: todas sus meditaciones lo repitieron, todos los Reglamentos que esbozó entre los afanes de sus fundaciones lo confirman. Su último Reglamento es tan ardiente de vida religiosa como para pensar que, a medida que se acercaba a la eternidad, don Luis anhelaba traducir a la práctica su pensamiento.

Yo escuché decir de sacerdotes de renombre, que leyeron este Reglamento: “en su simplicidad, en su practicidad y en el fuego que lo anima, es una obra maestra de vida religiosa”. Cuánto quisiéramos nosotros sentir palpitar el alma de don Luis y todo su entusiasmo por la vida religiosa. Llevaremos siempre en nuestras manos este Reglamento, tan bello es y en él tan vivamente don Luis infundió su gran espíritu.

Sentí decir de parte de alguno que don Luis no nos quería religiosos en el verdadero sentido de la palabra. Creo que esta es la injuria máxima que se pueda hacer a don Luis. ¡Injuria a su palabra, porque es demasiado constante, muy clara y elocuente al respecto! Injuria a su misma clarividencia, en tanto su mente era demasiado intuitiva para no ver que un Instituto religioso, si no tiene las bases de un Instituto religioso, es similar a la casa fabricada neciamente sobre la arena...

¡No se diga entonces lo que don Luis no dijo jamás!».

También **don Mazzucchi** hace una continua referencia al Reglamento de 1910, cuando habla de la formación que don Guanella quería para los suyos.

Don Mazzucchi se expresa así: «En particular en el último reglamento que nos regaló en 1910 y para nosotros tan querido y valioso, don Guanella quiso resumir todo su ideal del Siervo de la Caridad. Incluso no escondiendo la cima soñada y ansiada e insistiendo sin debilidades en la sustancia irrenunciable de una interioridad y de una observancia ejemplar hecha de esfuerzo y de sacrificio, él tenía en cuenta también la menor o mayor capacidad e iluminación de uno u otro de sus llamados.

Este reglamento, en su redacción simple y llana, unido a la consideración del nivel y del grado en el cual cada cohermano se encontraba en su camino espiritual, traza y estimula hacia un camino de alta espiritualidad. En eso se insiste no sólo sobre la necesaria prioridad de la vida interior frente a la actividad exterior, sino también sobre la atención y empeño a progresar cada día en la observancia de los votos, propuestos en forma práctica como un camino por grados sucesivos: la pobreza unida a una gran confianza en la Providencia, la excelencia singular de la castidad (a ser conservada inmaculada desde el Bautismo, como la suya, o a recon-

quistar firmemente tras las caídas del pasado), el valor máximo de la obediencia en su motivación positiva de amor filial hacia Dios y de espontánea generosidad del corazón, la importancia indispensable de las diversas prácticas de mortificación.

Refiriéndose más tarde a la atmósfera de piedad en la cual el alma religiosa debe respirar para vivir vigorosamente y para encontrar los recursos necesarios para sus progresos interiores y para el apostolado externo, ¡con qué bellísimas y clarísimas expresiones presentaba la oración confiada del corazón y la meditación santa – más afectiva que especulativa – y la devoción de la Eucaristía!».

Al proponer la reimpresión en 1941 don Mazzucchi luego escribía:

«Siguen siendo siempre válidas las palabras con las que don Guanello, nuestro dulce padre, presentaba y donaba, cinco años antes de dejarnos, las páginas simples y tan preciosas de su Reglamento espiritual y moral... Este custodia y nos transmite el espíritu genuino y la orientación imprescindible del Santo Fundador, al cual cada uno de nosotros debe infaliblemente permanecer fiel por una obligación sagrada y por un interés fundamental. En ello encontramos abundantes páginas, ricas de impresionante y conmovedora elocuencia y eficacia.

Nuestras benditas Constituciones son y serán siempre para todos el libro fundamental para nuestra vida, y este Reglamento, que es su comentario moral y espiritual, sea para nosotros un alimento vivo y sustancioso para nuestro obrar y para nuestra espiritualidad de hijos deseosos de hacerse dignos del Padre querido y santo.

¡El estudio y la aplicación fiel de esta Regla de vida traerá a todos un beneficio maravilloso de santidad personal y de obras fecundas, como estaba en la mente en el corazón del Padre, que nos bendice y nos asiste hasta nuestro ‘hasta pronto’ del cielo!».

*«Es necesario que el Siervo de la Caridad, vivamente deseoso de promover su perfección religiosa y con ella la prosperidad del Instituto, no desista nunca de estudiar con amor las Constituciones y el Reglamento con la intención santamente voluntariosa de aprender su espíritu y aplicar, en la medida que se hace posible, toda la letra» (Don Luis Guanella).*

## MARCO HISTÓRICO Y COMENTARIO

Don Pietro Pasquali S.d.C

Sobre el Reglamento de 1910 para los Siervos de la Caridad, don Attilio Beria expresaba este juicio:

«Sin duda tenemos en este Reglamento el texto mayor del Fundador-Padre-Maestro».

Texto realmente precioso, continuaba don Beria:

- por inspiración carismática,
- por profundidad de doctrina espiritual,
- por sabiduría de dirección.

Este juicio de don Beria retoma en la sustancia el dado por don Leonardo Mazzucchi en el prefacio a la reimpression del *Reglamento* realizada en Como en 1941.

Él sostiene que dicho *Reglamento* «custodia y nos transmite el espíritu genuino y la orientación imprescindible del santo Fundador» y releva en él «páginas ricas de impresionante y conmovedora elocuencia y eficacia».

Por lo demás el mismo don Guanella, en una circular del 20 de octubre de 1910, preanunciando en inminente *Reglamento*, se declaraba convencido de que sería «una guía segura para convertirse en todo y para siempre Siervo de la Caridad como desea el Señor y como dará a cada uno la ayuda y la gracia».

Pocos meses después, el 25 de febrero de 1911, hacía notar a los cohermanos que habían dedicado a su formación espiritual tiempo y energías menores con respecto a las Hijas de Santa María de la Providencia, pero confirmaba haber querido suplir esto con redacción de las *Constituciones* de 1907 y sobre todo con el *Reglamento* de 1910.

En este Reglamento, así escribía: «procuré exponer mi espíritu para formar más ampliamente el espíritu de los cohermanos en el espíritu de la Regla».

Y exhortaba: «Desead [...] estudiar las máximas que en el Reglamento os propongo y con esto, crecer en fervor de caridad a Dios, de afecto al Instituto que el Señor bendiga».

## 1. El horizonte dentro del cual nace el Reglamento

El reglamento de los Siervos de la Caridad fue impreso en Gatteo (Forlì) y presentado por don Guanella a los cohermanos en la Navidad de 1910.

Repetidamente don Leonardo Mazzucchi atestiguó que don Guanella escribió y dictó este Reglamento, de corrido, parte en Gatteo y parte en Como en el año 1910. Escribió y dictó: de hecho el manuscrito llegado a nosotros ocupa 253 páginas de protocolo de diversas dimensiones y consistencia: don Guanella escribió de puño y letra las páginas iniciales (1-21), las referidas a los consejeros (215-223) y las conclusivas sobre la obligación de la Regla (241-253). Las demás páginas fueron escritas a dictado por al menos cinco copistas; la persona de la cual don Guanella se valió sobre todo fue el entonces clérigo, luego sacerdote, Santino Busnelli.

Don Guanella entonces escribía o dictaba este Reglamento en 1910, cuando ya habían transcurrido casi veinticinco años de los comienzos de su misión de fundador y faltaban sólo cinco para el término de su preciosa existencia. Por un lado podía así recoger el fruto maduro de una experiencia espiritual y de una diligencia cada vez más asombrosa; por otra parte respondía a la urgencia de dejar a sus hijos espirituales puntos de referencia claros y precisos para un camino de santidad y de caridad.

\* Una *primera constatación* es que este texto no fue compuesto durante un período enteramente dedicado a la oración y a la reflexión: *éste surge del corazón y fluye con el mismo ritmo de la vida*. Este texto confirma que don Guanella había alcanzado un robusto equilibrio interior, por lo cual el alma estaba constantemente bajo el influjo de la acción de Dios, mientras no cesaba de ocuparse enérgicamente de consolidar las congregaciones por él fundadas y ampliar su radio de acción.

En el transcurso de 1910 don Guanella al menos tres veces viajó a Roma; a fines de enero, a comienzos de abril y a mediados de noviembre. No eran ciertamente viajes ni breves ni cómodos, incluso porque al ir y volver aprovechaba para visitar las otras casas del Véneto Romana, Las Marcas y el Lacio.

Las hermanas y los cohermanos hacían referencia a él con frecuencia para recibir orientaciones o confirmaciones sobre la organización de la comunidad, sobre las elecciones del apostolado y para obtener permisos, consejos e incluso dinero para poner en marcha y consolidar las casas.



Esto resulta confirmado por las múltiples cartas de don Guanella a sus colaboradores, cartas a veces muy breves, casi telegráficas, de las que surge su interés no sólo por los problemas más urgentes y graves sino también por la conducción de la vida de todos los días. Es oportuno dar una rápida mirada a la situación de las casas en el año 1910, sobre todo de aquellas que requerían para él particular atención y premuras.

En Vicosoprano, en el Cantón Grisonos, se estaba edificando la nueva Iglesia de San Gaudencio. Don Guanella justamente ese año escribía que ésta “costó enormes sacrificios a la Casa de la Divina Providencia”, no sólo en dinero, sino en preocupaciones y presencia.

En la casa de Nueva Olonio, puesta en marcha desde hacía una década, hervían los trabajos, teniendo presente no sólo las necesidades de la casa, sino también las de la iglesia y el pueblo. Se había ya aceptado la idea de dar espacio para que surgiera el nuevo pueblo. A la iglesia se le estaba anexando el campanario; para las necesidades del pueblo se instalaba el acueducto, se iniciaba el cementerio y se construían las aulas escolares.

En Milán convivían una junto a la otra la Pía Casa de los Pobres en San Ambrosio ad Nemus, sede del sector femenino, y el Instituto San Cayetano que recogía niños y ancianos.

Tras la muerte de don Luis Ghinelli, en marzo de 1909, don Guanella enviaba a Gatteo al cohermano don Martino Cugnasca, con la tarea de proveer a los niños y a los ancianos recibidos en la casa y de llevar a cumplimiento los proyectos del Fundador: desarrollar la imprenta, publicar un boletín trimestral, restaurar el edificio para uso como asilo, organizar mejor el pequeño hospital.

En el Veneto, precisamente en Trecenta, llegaban las hermanas para dirigir el jardín infantil, la escuela femenina profesional y el oratorio festivo. Mientras tanto, se trabajaba para abrir un refugio para personas ancianas.

Don Guanella llegó a Ferentino en 1908; también en esta casa se hospedaban niños y ancianos; además, se debía atender la iglesia adyacente de Santa Ágata.

Sin embargo, las mayores preocupaciones de don Guanella, ya desde 1908, estaban referidas a la iglesia en erección de San José en el Triunfal en Roma. A don Giovanni Bruschi don Guanella le escribía: “las fundaciones cuestan sudor de sangre”. Iniciada prácticamente en 1909, será inaugurada en marzo de 1912.

Las preocupaciones para la apertura de nuevas casas, como por ejemplo en Senigallia, y para la consolidación de otras, no eran sin embargo para don Guanella las más acuciantes.

\* Y aquí, la *segunda constatación*: desde más de una década él, aún confiado en la Providencia que lo guía y lo sostiene, sentía urgente la necesidad de dar a las dos congregaciones una ubicación definitiva en la Iglesia a través de la aprobación pontificia.

Lo exigían motivos de orden práctico: las Congregaciones Guanellianas ya trabajaban en distintas diócesis de Italia y Suiza, y era difícil armonizar los pareceres y las orientaciones de los diversos obispos, pero sobre todo lo requería la necesidad de recibir la garantía de la Iglesia misma sobre el carácter genuino del carisma y sobre la fidelidad a la propia vocación.

En 1907 don Guanella, por cuarta vez, había presentado a la Santa Sede solicitud de reconocimiento de sus Congregaciones y había presentado los textos de las Constituciones redactadas con el consejo y bajo la guía del redentorista padre Claudio Benedetti.

La Congregación de las Hijas de Santa María de la Providencia recibió de la Santa Sede el reconocimiento oficial el 27 de setiembre de 1908 y contemporáneamente las Constituciones fueron aprobadas *ad septennium*; la de los Siervos de la Caridad debieron esperar otros cuatro años.

Don Guanella y los primeros cohermanos, por sugerencia del P. Benedetti, el 24 de marzo de 1908 emitieron los votos perpetuos con referencia al texto constitucional de 1907; pero sólo el 15 de agosto de 1912, tras haber superado otras dificultades, será dado el *decretum laudis*, primer y significativo paso hacia una aprobación definitiva y se concederá la facultad de ordenar sacerdotes a un determinado número de cohermanos directamente en nombre del Instituto.

Don Mazzucchi escribió:

«En 1912, arrancado a la bondad del Señor por los gemidos, las súplicas, los sufrimientos de don Luis, que para consolidar y asegurar el porvenir a su Congregación tuvo que subir un largo y doloroso Calvario de esfuerzos y afán, se le concedió a nuestro Instituto el decreto de alabanza».

Entre 1907 y 1912 don Guanella estaba totalmente dedicado a dar ejecución a las directivas de la Santa Sede que, entre otras cosas, imponían una clara delimitación de las finalidades o fines institucionales, una distinción entre hermanas y cohermanos, más atenta formación de los nuevos miembros; pero más que nada estaba urgido por la necesidad de infundir en los cohermanos un auténtico espíritu religioso.

En los apuntes tomados durante los últimos años de la vida del Fundador y Padre, don Leonardo Mazzucchi testimonia:

«[Don Guanella] dijo un día (1911) que “podría vivir aún como mucho ocho o diez años”. Pero repetidamente en 1912 se decía cansado, viejo, cercano a la muerte: quisiera conducirnos a Roma material y moralmente y luego partir».

En los años 1907-1910 don Guanella, llegado a la plena madurez espiritual, se dedicó intensamente a la consolidación de sus Congregaciones. Su programa era:

- «*Conduciros a Roma materialmente*». En efecto:
  - \* en 1903 llegaba con los Siervos de la Caridad a Monte Mario;
  - \* en 1904 llevaba a las hermanas, primero en San Pedro en Montorio y luego en 1907 a San Pancracio;
  - \* en 1908 adquiría el terreno con vistas a la Iglesia de San José en el Triunfal erigida entre 1909 y 1912.
- «*Conduciros a Roma moralmente*». Pienso que don Guanella se refería a la aprobación pontificia de los dos institutos, que fue concedida en 1908 para las hermanas y en 1912 para los Siervos de la Caridad.

A este programa de don Guanella la Providencia, hacia fines de 1912, agregaba una nueva y más entusiasmante aventura: la llamada a los Estados Unidos de América. La obra guanelliana de Roma se preparaba para irradiarse al mundo entero.

\* Una *tercera constatación*: el *Reglamento* de 1910 ocupa un lugar central entre los *Escritos para las Congregaciones*. En aquellos años 1907-1915 don Guanella tiene en el corazón y en la mente a las dos congregaciones; para ellas publicaba varias Constituciones y Reglamentos.

El *Reglamento* de 1910 se ubica entonces en el centro de este itinerario espiritual del cual emerge cada vez más claro en don Guanella el hombre de Dios, la persona, esto es, que se entrega a sí mismo a la construcción del Reino de la Caridad y al mismo tiempo vive en intimidad con el Señor, la persona que no se deja detener por las pruebas y las dificultades, sino que en todo se confía con ánimo filial a la guía de la Providencia, la persona que recibe en la propia vida en su totalidad el proyecto de Dios y que lo quiere transmitir íntegramente a aquellos que Dios asocia y asociará a su misión. En don Guanella surge entonces siempre con mayor nitidez el hombre de Dios. Pienso que es esta la razón que explica este Reglamento y su originalidad con respecto a los análogos que lo habían precedido (1899 y 1905).

Interrogado por don Beria sobre el porqué de este Reglamento, don Mazzucchi dos veces respondió:

«Es difícil de explicar: en los últimos años don Luis había cambiado. Hablaba menos, pensaba mucho; también en la oración estaba más absorto; ya estaba desaparegado; sentía el Cielo».

La redacción y la entrega del *Reglamento de los Siervos de la Caridad* de 1910 ingresa en este clima y responde a estas exigencias tanto más sentidas cuanto mayores se tornaban las responsabilidades de los cohermanos frente a Dios y a la Iglesia.

La alternancia de escritos de carácter predominantemente normativo (las Constituciones) con otros de naturaleza espiritual (los Reglamentos) deja transparentar la convicción de don Guanella de que los textos jurídicos no pueden expresar adecuadamente el don de Dios y no son suficientes para dar a las Congregaciones una fisonomía clara e imprimir en los cohermanos un impulso decisivo para las obras de bien.

La legislación eclesiástica de inicio del Novecientos había signado un progreso respecto a los siglos precedentes, ya que con claridad había acogido entre los religiosos los Institutos de así llamada vida activa, multiplicados durante el siglo XIX. Sin embargo, por un exceso jurídico se imponía a las nuevas Congregaciones una uniformidad que amenazaba con disminuir la identidad carismática de cada Congregación.

Es ciertamente tarea de la Iglesia “discernir” los carismas, es decir, verificar su autenticidad, evaluar su carácter de respuesta a las necesidades del momento histórico, regular su explicación garantizando que sirvan a la unidad y a la caridad. La Iglesia, sin embargo, una vez hecho el debido discernimiento, tiene la obligación de respetar la inspiración dada por Dios a los fundadores y de tutelar la diversidad de los carismas, verdadera riqueza para todo el pueblo de Dios.

Don Guanella, a través de los numerosos Estatutos, Reglas, Constituciones, manifiesta la voluntad de someter al juicio de la Iglesia el don que Dios le había hecho, la voluntad de asegurar a la Iglesia su fidelidad y la de sus hijos espirituales; a través de los Reglamentos se propone transmitir a los suyos, como su característica esencial y herencia inalienable, su genuino espíritu y la misión asignada por Dios a su familia religiosa.

## **2. El significado del “Reglamento” en la relación con Reglas y Constituciones**

La sucesión de Reglas y luego Reglamentos podría hacer pensar que los segundos sean solamente una explicación o una ampliación de las primeras; mientras, en cambio, van más allá del dictado jurídico y exponen la experiencia carismática que está en el origen de las congregaciones Guanellianas.

Así deja intuir don Guanella mismo, cuando al presentar el *Reglamento* de 1910 escribe:

«... la Regla pura y simple es como un código de leyes, que necesita estudio, explicación, interpretación».

También en el prefacio al *Reglamento* de 1911 para las hermanas guanellianas repite: «no está fuera de lugar que a la Regla le siga un Reglamento, es decir, una explicación más amplia a los casos particulares de nuestra vida religiosa».

Pero el *Reglamento* de 1910 es muy distinto a una simple explicación del dictado constitucional, a través de los Reglamentos, en efecto, don Guanella procura vivificar la ley eclesial, iluminarla con el don recibido de Dios, este don precede a la ley de la Iglesia y subyace a ella, incluso cuando el elemento jurídico parece prevalecer. Es necesario saberlo descubrir.

Se tiene la impresión de que don Guanella no se sentía muy cómodo frente al modo con el cual las normas entonces vigentes planteaban la vida religiosa. Esto no sólo porque no se consideraba experto de derecho canónico, pero sobre todo porque era del parecer que el derecho no lograba nunca expresar en su globalidad el carisma y la espiritualidad que lo animaba.

La Regla – según él – «es maestra de la vida, que se debe escuchar y seguir, como un escolar al maestro y como un hijo al padre».

Hay entonces entre la Regla y el religioso algo que precede y va mucho más allá de las normas del derecho.

Don Guanella, en el *Reglamento* de 1910, por dos veces regresa con esta visión de la Regla, cuando escribe que ella «es veneranda, porque es madre surgida del Corazón de Jesucristo cuando predicaba en el monte de las Bienaventuranzas [...]. Fue santificada a los pies de la Cruz en la persona de la Dolorosa y de San Juan (¡la primera comunidad!) a través de los siglos fue constantemente objeto de cuidado, de amor, de veneración de los sumos pontífices, de los sacros concilios, de los Padres doctores de la Santa Iglesia, de los santos».

La Regla, insiste, «es el código de los mandamientos de Dio».

La Regla es vista como padre, como madre, entonces debe contener algo que va más allá de la legislación humana, sólo así se convierte en medio de santificación y guía para la misión.

A través de la Regla se nos transmite el don particular del Espíritu; por esto don Guanella no teme afirmar que es necesario “aprender el espíritu de la Regla” porque ella es otra fuente con la cual Dios transmite su querer con respecto a nosotros:

«Será entonces bueno que [el cohermano] penetre todavía mejor el espíritu meditando en profundidad sobre los hechos y sobre el modo y el tiempo de las vicisitudes de la Casa de la Providencia...».

El carisma guanelliano no nos viene solo de la Regla y de los Reglamentos, sino de todos los acontecimientos del Fundador, desde nuestra misma historia leída con fe e interpretada con el Evangelio. La Regla es entonces mediación del querer de Dios, aunque es necesario buscar más allá del aparato jurídico. Don Guanella menciona también otra mediación: a través de la Regla el Espíritu pide la obediencia de la Fe: la Regla se torna viva y vivificante cuando, bajo el influjo del Espíritu Santo, el religioso la vive.

Escribe don Guanella en 1912: «Es inútil observar que a vuestra buena voluntad, a vuestras santas intenciones corresponde la tarea de vivificar la letra de las Reglas [...] para que tengan esa eficacia que se espera de ella».

El *Reglamento* de 1910, en particular, debe ser entendido en esta perspectiva: como “maestro y amigo”, como intérprete no tanto de un código de leyes, sino del proyecto de Dios. Don Guanella es consciente de esto: «[...] el propio Reglamento es la extensión menuda de los deseos del común Padre celestial, Dios, que son al mismo tiempo los deseos del superior que en nombre de Dios gobierna el Instituto».

Por este motivo pide: «Sabed meditarlo bien [el Reglamento] para poder amar mejor la orientación que allí se da. Es para vuestra santificación, y del prójimo que la bondad del Señor por vuestro medio quiere salvar».

«Ahora presento [...] el desarrollo de la misma Regla, es decir un Reglamento íntimo, que como maestro y amigo os acompañe en cada paso de la vida, en cada acto de vuestro ministerio de caridad».

Objetivo del reglamento es el de ayudar a los religiosos a «alcanzar el fin de la mayor gloria de Dios y de la santificación de las almas»; el Reglamento en efecto «acompaña paso por paso en el camino de la virtud».

Según él en efecto el Reglamento encierra y transmite «el espíritu de fe, de esperanza y de caridad».

En esta perspectiva entonces se entiende bien cuando don Guanella presenta así el *Reglamento* de 1911 para las Hermanas:

«[...] antes de leer una sola página de este libro, oremos al Señor elevando simplemente a él la mente y el corazón».

Sin disminuir su importancia, es del todo evidente que la ley eclesial toma su valor del proyecto que Dios tiene para su Iglesia y alcanza su finalidad cuando eficazmente promueve el bien de las almas.

La ley de la Iglesia es siempre una mediación entre la fe y la vida; debe arraigarse en la fe y favorecer la vida.

Esto vale también para aquella parte del derecho que concierne a la vida religiosa. Aunque expresamente no encontramos en don Guanella una afirmación similar, fruto de reflexión teológica posterior, él observa

que la ley eclesiástica es muy escueta en sus enunciaciones, no da las razones de sus elecciones, no precisa las metas que se formula.

Propiamente por este motivo don Guanella siente el deber de acompañar al texto constitucional - por su naturaleza árido y aparentemente desconectado del proyecto de Dios-, con los Reglamentos, en particular el definitivo de 1910.

En el *Reglamento* de 1911 comentaba:

«Se viaja bien y seguro, cuando se tiene delante una luz que nos permite ver y al lado la palabra fiel de quien nos guía».

El Reglamento transmite la “luz que nos hace ver”, es decir, el proyecto de santidad y de caridad de la familia guanelliana. El Reglamento se convierte en palabra viva y fiel del Fundador, del Maestro y del Padre, que a nuestro lado continúa su misión en la Iglesia y en el mundo.

Este significado del *Reglamento* de 1910 es confirmado por otros escritos del Fundador que preceden a sus textos normativos y que fueron considerados por él reflejo auténtico de su espiritualidad y de su corazón. Me refiero a las *Máximas de espíritu y método de acción*, recopilación de conferencias dictadas a las hermanas en los años 1888-1889 y en modo particular a su comentario al catecismo *El Fundamento*, publicado por primera vez en 1885, en los años de Pianello, pero hecho reimprimir por él antes de su muerte y entregado «como deseo y voto de última voluntad» a los dos Institutos de los Siervos de la Caridad y de las Hijas de Santa María de la Providencia.

Don Piero Pellegrini hace justamente notar:

«[...] En 1910 y 1911, con los dos últimos Reglamentos para las Congregaciones, muy similares en la formulación y en el contenido, don Guanella regresa hacia las posiciones de los primeros tiempos: es un retorno a la guía y a la formación interior, aunque el exterior no es descuidado. Surge casi una síntesis de los dos aspectos, una personalidad completa de alma y de cuerpo. No es entonces un puro regreso al punto inicial, sino un volver a pasar por él, a un nivel más alto, más maduro y concreto, hecho también más equilibrado por la larga experiencia humana, acumulada en aquellos años».

### **3. Comparación con el Reglamento interno de 1899 y con el Reglamento de 1905**

El *Reglamento* de 1910, no sólo por su estilo diverso, se separa notablemente de los escritos del mismo Fundador en 1899 y en 1905. Hay en

él una armonía espiritual que pone en evidencia al padre y al guía de su familia: se releva el anhelo de transmitir un proyecto que dé pleno sentido a una vida de consagración a Dios y a los pobres; se percibe que don Guanella no es tanto un responsable que quiere organizar, sino un amigo que con calma y con fortaleza de ánimo acompaña a lo largo del camino, un padre que implica en la misión a él confiada por Dios a aquellos que lo siguen como maestro.

Don Beria escribe: «Es evidente la constatación de que entre todas las redacciones precedentes de Reglamentos y este [de 1910] hay un salto grandísimo: en su formulación, concepción, exposición de la materia y estilo; por la tensión hacia la santidad y el ansia de comunicar el fervor, por la estructura libre de esquemas, indiferente a los títulos, subtítulos y párrafos, libre en discurso fluido, este texto es más cercano, en todo caso, a algunas obras ascéticas y a los primerísimos escritos para la obra naciente».

Es extraño que en el *Reglamento* de 1910 no adquieran relieve explícito algunos temas que, en cambio, ocupan mucho espacio en los Reglamentos anteriores como, por ejemplo, el vínculo de caridad, la unidad de dirección y el sistema preventivo.

El vínculo de caridad es expuesto por don Guanella de inmediato en los comienzos: habla de él, en efecto, en las *Máximas de Espiritu* de 1888-1889, intitulando una de sus conferencias “Vínculo de unión”:

«El Señor atrae a sí las almas con la virtud de la pobreza, con la virtud de la pureza, pero especialmente las mantiene unidas con el vínculo de la cristiana caridad».

Y concluye: «Las comunidades de hoy día... se mantienen unidas sobre todo por el vínculo de caridad y con este simple y noble vínculo del amor se santifican y edifican al prójimo».

En las *Constituciones* de 1899 antepone a los votos un capítulo titulado “Del vínculo de caridad”.

El *Reglamento* de 1899 habla largamente de la unión entre los distintos superiores y de la unidad de dirección; esta unión tiene como su punto de partida y de llegada el vínculo de la caridad.

También el *Reglamento* de 1905 se extiende sobre el argumento de la unidad de dirección y exclama: «En la unidad de dirección hay un reino de paz y de caridad».

En el *Reglamento* de 1910 no habla ya expresamente ni de vínculo de caridad ni de unidad de dirección. Esto, sin embargo, no significa que falten los conceptos asociados. En el párrafo V de la primera parte, al referirse a los miembros de la Congregación, de hecho, presenta el cuerpo del



Instituto de los Siervos de la Caridad: el Superior General y su consejo «es como la cabeza y los ojos y los oídos del cuerpo... Los Consejos inferiores... son como manos y pies para actuar».

Este cuerpo que es la Congregación está, sin embargo, interiormente animado por la gracia del Espíritu Santo que, «como el fuego de la máquina de una nave, pone fuerza para surcar el mar de la vida».

«En consecuencia, todos deben orar para que la gracia de los siete dones del Espíritu Santo se difunda en la mente y en el espíritu de los dirigentes. Los dirigentes deben agregar virtud y fuerza propia para merecerse que el fuego de la caridad de Jesucristo los inflame, y que de allí puedan con este fuego apagar (¡sic!) las aguas de los defectos y de las fragilidades propias y difundir luz y calor en el corazón de la cristiana».

Por lo demás, ya anteriormente don Guanella había recordado la comunión que debe reinar entre sacerdotes y hermanos, unidos por la misma fe, por los mismos votos religiosos, por la única mesa de la Palabra de Dios y de los sacramentos de la Iglesia. Reflexionando sobre el Capítulo General, exhorta a los cohermanos y escribe: «Sobre todo... rezan de corazón, para que del corazón propio y del corazón de los superiores se haga uno solo, según la sabiduría infinita y la bondad infinita del Corazón del divino Salvador».

Casi al término del *Reglamento* de 1910, don Guanella expone su pensamiento sobre la Regla y al mismo tiempo describe a la comunidad guaneliana recurriendo a una comparación que está presente a la letra tanto en *Máximas de espíritu* como en el *Reglamento interno* de 1899. Es esta: «La Regla es un modo de vivir en comunidad religiosa, por medio de la cual los espíritus se unen como granos de harina húmedos, para formar una masa; dentro se agrega un puñado de levadura, una pizca de divina caridad, que prepara la pasta para cocinar el pan, lo distribuye luego sobre la mesa de los grandes y de los pequeños, a todos los hombres de la tierra. ¡Qué amada es la vida religiosa para todos aquellos que comprenden su valor; qué admirable el vínculo de la caridad que así une los espíritus!».

El vínculo de caridad no mantiene ligados entre sí sólo a los religiosos, sino también a las personas que habitan en la Casa. Escribe, en efecto, en el capítulo en el que se refiere a los destinatarios: «Los superiores no deben hacer pesar, en lo posible, la autoridad del mando. Los dependientes deben obedecer por principio de fe y no por fuerza, como esclavos. [...] Para que entre los superiores y los inferiores no surjan altercados y reine soberana la concordia, es preciso que ante todo reine soberana la caridad».

Hay entonces una continuidad en el pensamiento de don Guanella, como un hilo de oro que atraviesa sus escritos.

Sobre este punto los diversos Reglamentos se integran y se citan recíprocamente.

Sigue siendo en cambio sorprendente la falta de menciones expresas en el *Reglamento* de 1910 al sistema preventivo; mencionado en cambio por el último escrito del Fundador para los Siervos de la Caridad, las *Normas* de julio de 1915:

«Quien está a cargo de la disciplina [...] eduque [a los individuos] con el sistema preventivo del venerable don Bosco, que aprenderá de los diversos manuales de sacerdotes salesianos».

También en el *Reglamento interno* de 1899, toda la sección IV trata «Del sistema preventivo en uso en la casa». El *Reglamento* de 1905 retoma por entero esta sección.

¿Por qué ahora no hay rastros del tema en el *Reglamento* de 1910?

¿Quizá porque don Guanella consideraba que ya se había explicado lo suficiente en los textos anteriores? ¿O quizá porque con el *Reglamento* de 1910 tenía más explícitamente en la mira la formación religiosa de los Siervos de la Caridad?

De todos modos esta laguna nos confirma en la necesidad de no soslayar los textos guanellianos que preceden al *Reglamento* de 1910, aunque éste los supere notablemente y sea comparable sólo al *Reglamento* de 1911 escrito para las Hijas de Santa María de la Providencia.

El mismo en las *Normas* de 1915 escribe:

«Ténganse en cuenta los Reglamentos precedentes, para que en la huella de todos ellos, pronto esté listo un completo Reglamento Disciplinario definitivo».

#### **4. El estilo literario**

El *Reglamento* de 1910 está escrito con prosa límpida y calma, es como un río que corre por la llanura rico en aguas; sólo de tanto en tanto se nota algún salto, debido a la dependencia del estilo propio del latín.

##### *a) Las páginas más vibrantes*

Algunas páginas son altamente elocuentes: don Guanella se deja tomar por el tema que le interesa particularmente y se expresa con pasión y con lirismo.

Acontece así, por ejemplo, cuando expone el así llamado fin primario y sobre todo el secundario:

«Los buenos Siervos de la Caridad, que por el largo curso de años y tantas veces cada día socorrieron con fe a los pobres, estos buenos Siervos de la Caridad, que aún en vida no decían nunca basta en las obras de caridad y de sacrificio, estos buenos Siervos subirán con Jesucristo a lo alto y poseerán aquel reino que el Señor en su infinita bondad les preparó desde el comienzo de la creación. ¡Cuánta ganancia! ¡Cuánto triunfo!».

Señalo otras paginas sugerentes, con la referencia a la página del Volumen IV “Escritos para las Congregaciones”.

- cuando habla de la comunión entre los miembros del Instituto (p. 1246);
- cuando describe la tarea de los sacerdotes (p. 1247s);
- cuando presenta la meta del noviciado y el compromiso de cada religioso (p. 1270ss);
- cuando confronta el bautismo y la profesión de los votos religiosos (p. 1274s);
- cuando hace el elogio de la castidad (p. 1280);
- cuando reflexiona sobre la Eucaristía (p. 1290s);
- cuando trata de la meditación (p. 1294s);
- cuando parafrasea a Mt 18, 15-17 sobre la corrección fraterna (p. 1314);
- cuando compara la Congregación con la Iglesia y a la Iglesia con el Paraíso (p. 1328);
- cuando habla de la Regla y la Iglesia (p. 1350s).

Se siente que don Guanella no quiere solamente instruir, sino implicar a fondo a quien lee y lo quiere hacer partícipe de una aventura espiritual que a él le fuera sugerida por el Espíritu de Dios.

«Quien... lee los Reglamentos y sigue su continuo perfeccionamiento en el tiempo está obligado a medirse constantemente con una voz profunda que provoca y desafía a confrontarse no con la letra, sino con el espíritu de la norma, con la armonía caritativa que la dictó, probada sobre sí y sobre los demás, hasta ser un consejo tanto más vinculante cuanto más llega de las profundidades de la conciencia».

#### b) *Las comparaciones frecuentes*

Numerosos parangones dan vivacidad a la reflexión; así acostumbraba don Guanella también en su predicación y así pedía que hicieran sus sacerdotes. La Iglesia es la gran casa del Señor; la caridad es un fuego y así debe ser también la vida del religioso:

«La vida del religioso se puede parangonar con el fuego que calienta, que mueve a las locomotoras, que disuelve los minerales y licua los metales. El fuego de la caridad de Jesucristo da vida al cristiano religioso, lo hace moverse con prisa en las obras de bien, le da fuerza para inspirar el propio corazón y el corazón de los demás...».

Dios es como el hornero que se sienta tranquilo y maneja el fuelle para purificar y transformar los corazones; Jesucristo es el Ángel Inmaculado y sus seguidores fieles son las ovejitas; los santos son como las estrellas del firmamento.

La Congregación es como un cuerpo con numerosos miembros: sacerdotes y hermanos en ella combaten las batallas del Señor y como los ángeles y los santos cantan perennes himnos de gloria al Señor, su comunión de vida «es capaz de construir una torre infranqueable para toda invasión enemiga».

«... El Instituto de los Siervos de la Caridad debe ser como un imán que atraiga hacia sí el corazón de las vocaciones».

Los postulantes deben mostrarse «como un libro abierto, en las páginas del cual cada uno pueda leer con claridad y comprender su contenido».

Los novicios son parangonados a una estatua de mármol esbozada, que tiene necesidad del trabajo del cincel del artífice para convertirse en estatua digna de ser expuesta en la casa del Señor.

El corazón del cristiano casto debe ser «ferviente de caridad, como el sol que ilumina y reconforta todo lo creado, incluso las criaturas sucias, pero sin que él, en su esplendor, reciba ni siquiera una mancha de la suciedad». El cristiano casto debe ser como la hierba sensitiva, conservarse cándido como la nieve. Las personas que «jamás conocieron y nada saben de las miserias humanas» pueden ser parangonados «a ciertas gemas de precio inestimable, que es bueno sin embargo conservar en su estuche y no exponer a la vista de muchos».

El Siervo de la Caridad con la oración «sepa elevarse a Dios como el ave que se eleva en el aire ante cualquier vista de peligro... aprenda a gemir como la cría de la paloma... ¡más aún, se eleve a lo alto como el águila!».

«Los Siervos de la Caridad se han de comparar a las crías de la golondrina, que gritan con chillidos agudos, gritan sobre todo cuando se dan cuenta que la mamá viene a poner la mosquita en sus boquitas... La oración vocal es como el acero que se golpea sobre el pedernal para producir chispas de fuego, aptas luego para encender una gran llama, para usos domésticos y sociales».

Al meditar y vivir la Eucaristía, «el sol que ilumina, que calienta, que hace fructificar la tierra», el Siervo de la Caridad «sea como abeja industriosa que se envuelve en la corola de la flor para libar su sabrosísimo néctar y convertirlo en la miel exquisita de la piedad y la devoción».

Debe amar su casa «como las abejas su colmena».

Los Siervos de la Caridad deben actuar con simplicidad; «deben ser como cristales dentro de los cuales se refleja la imagen de su verdad y de su caridad. Con esto, crecerán inocentes y amados como los niños».

«Es con el soplo de los labios que se enciende y reaviva el fuego material; y es con el soplo espiritual de la oración que se reaviva el fuego del cielo y de la caridad».

«El ejemplo virtuoso es por sí mismo un soplo incesante de la virtud del Espíritu Santo; el ejemplo es como el sol que es luz y calor y hace crecer las flores y madura los frutos en el huerto espiritual de la virtud y de la santidad».

«Que los sujetos se formen según el espíritu y las orientaciones de la obra es algo esencial, como es esencial una buena levadura para cocinar y hacer de la masa un pan bueno y sustancioso».

Se pregunta don Guanella: ¿cuándo un cohermano está listo para tareas de responsabilidad? Responde: cuando «como el pajarillo del nido, desarrolló las alas y ya es capaz de volar».

«El portero debe ser siempre como un centinela en su lugar de noche y de día».

El lenguaje de don Guanella frecuentemente está encendido por estas comparaciones y parangones que hacen concreto el mensaje, ayudan a comprenderlo bien y a recordarlo oportunamente.

Este lenguaje, a diferencia del lenguaje preciso y rígido de las ciencias, deja un amplio espacio para aplicar la enseñanza en la propia vida, incluso más allá de un límite demasiado restringido.

### c) *Las citas bíblicas*

En el escrito de don Guanella son numerosas las citas bíblicas, prohibidas por las *Normae secundum quas...* de 1901 en los textos constitucionales aprobados por la Iglesia, pero indispensables para trazar el recorrido de un camino verdaderamente cristiano.

Estas citas, en general, surgen espontáneamente, tanto que en el texto no están ni siquiera anotadas.

Son en total alrededor de sesenta, no muchas del Antiguo Testamento (Salmos, Eclesiastés, Proverbios, Sabiduría, Job, Isaías, Jeremías, Tobías, Éxodo), mucho más numerosas las del Nuevo Testamento. No faltan citas de las cartas paulinas (Corintios, Efesios, Tesalonicenses, Timoteo), pero en general remiten a los Evangelios: 21 a Mateo, 6 a Lucas, 6 a Juan. El fragmento más citado es el de las bienaventuranzas, al menos siete veces.

Son citas no usadas para embellecer el discurso, sino que brotan de lo íntimo y dan vigor pleno al tema que está tratando.

De todos modos, también el *Reglamento* de 1910 es hijo de su tiempo. Esto vale sobre todo para algunos puntos de teología.

Sólo dos ejemplos evidentes: el modo de entender y de presentar el misterio eucarístico y la vida de comunidad.

Sobre la Eucaristía depende estrictamente de la visión del Concilio de Trento que:

- en primer lugar exponía la doctrina de la presencia real de Cristo en el sacramento mediante la transustanciación; don Guanella en el *Reglamento* de 1910 no retoma este primer punto;
- luego trataba de la comunión: la Eucaristía es el alimento del alma; don Guanella le dedica el tercer y cuarto párrafo del capítulo undécimo;
- finalmente, presentaba la Misa como modo de procurarse esta presencia y este alimento; don Guanella habla de la Misa en el capítulo duodécimo, entre «los ejercicios piadosos de la comunidad».

Actualmente este modo de entender la Eucaristía ya no es aceptado; la teología coloca en el centro del misterio la celebración de la Santa Misa y a ella hacen referencia tanto la comunión, como el modo más válido de participar en el sacrificio de Cristo; como la adoración del Santísimo Sacramento, ya que la presencia real de Cristo en el sacramento continúa tras la celebración y a ella constantemente nos remite.

Así, el *Reglamento* de 1910, siguiendo las *Constituciones* de 1907, no hace una exposición orgánica de la vida de comunidad. Don Guanella hace mención a ella repetidamente, especialmente al referirse a los sacerdotes y los hermanos y la relación que los une.

Sin embargo la vida comunitaria es entendida más bien rígidamente, como el estar juntos, rezar juntos, trabajar juntos. Esto es lo que escribe:

«¿En qué consiste? Consiste en realizar juntos las obras de bien referidas al cuerpo, la mente y el corazón. Entonces el comer juntos, el dormir bajo

el mismo techo, el comunicarse mutuamente los tesoros de la ciencia y de la sabiduría, sobre todo estar unidos en la fe y en la caridad en la meditación, en la lectura espiritual, en la recepción de los Santos Sacramentos y en las demás prácticas de la Regla; en esto consiste la vida de comunidad religiosa».

De este modo don Guanella – como por entonces consideraban todos – da un fuerte peso al elemento externo que constituye la vida de comunidad; mientras que en nuestros días, sin disminuir la importancia de dichas normas, se pone el acento en la comunión de vida, aunque a veces no sea posible vivir bajo el mismo techo y compartir la misma mesa.

Naturalmente del *Reglamento* de 1910 es posible recabar todos los elementos para dar a la vida de comunidad su primer valor de comunión de vida.

## 5. Algunas características del Reglamento de 1910

Don Guanella hace ver a través de las palabras, sus experiencias, su estilo de vida, su mensaje, su proyecto, en una palabra: su corazón.

Este Reglamento refleja el espíritu del Fundador y Padre; propone las notas más significativas de su espiritualidad y de su misión; es un programa de vida también para nosotros.

### a) *Refleja las experiencias de don Guanella*

Esta es una cita que parece aludir a su experiencia de muchacho que por primera vez se aleja de la familia y de su pueblo y encuentra un ambiente frío y remilgado, típico de los colegios de entonces.

«Los primeros cuidados – escribe – y los más diligentes se deben brindar a los niños que, dejada la casa paterna, dan sus primeros pasos en el ambiente del asilo; aquí deben entonces encontrar quien les haga de padre amoroso y madre piadosa». Aunque en el *Reglamento* de 1910 no habla del sistema preventivo, en estas pocas palabras está toda el alma de éste y se manifiesta el corazón de don Guanella.

Esto es confirmado por otro fragmento del mismo Reglamento:

«Y en cuanto a los novicios, el maestro debe considerar que son como las aves traídas del bosque a la vida doméstica». Y prosigue en detalle:

- «No hay que amenazarlos sin un motivo razonable»;
- No hay que intimidarlos porque «se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre»;

- Deben ser tratados con dulzura y gradualidad, «con el alimento de la leche, como los niños, y luego agregar poco a poco alimentos sólidos»;
- Deben recibir una formación adecuada a las necesidades del tiempo, que preste atención «al clima moral débil que respiramos y que es tan proclive para la libertad y para la independencia».

¿No es este sistema preventivo en acto?

Una confirmación posterior se tiene de dos textos referidos al comportamiento de los superiores frente a los asistidos:

«A decir de los superiores, es mucho mejor abundar en piedad y misericordia que pecar de rigor y de justicia».

¿No es quizá una contraposición a la rigidez de algunas personas de su familia, rigidez entonces común en las instituciones?

En julio de 1915 don Luis recordaba: «De clérigo no disfruté jamás. Tenía un padre severísimo... La madre era muy dulce... Mi hermano Lorenzo era rígido y estricto...».

La disciplina de la casa debe ser familiar, por lo cual él señala la necesidad de dejar espacios vitales a cada uno: «procúrese compensar de algún modo la libertad y a permitir, en el ámbito de la casa y en base a las Reglas de la misma, la mayor libertad que la razón pueda permitir».

Convertido en sacerdote, don Guanella descubre las miserias de la sociedad en la que vive y personalmente sufre los golpes del anticlericalismo que intenta por cualquier medio bloquear el mensaje cristiano.

Don Guanella escribe: «El gran deber de todo cristiano es no temblar ante el peligro, sino trabajar con todas las fuerzas y en todos los modos que la Divina Providencia sugiere». Fue este el programa de su vida como joven sacerdote en Savogno, en Traona, en Pianello; será el estímulo a buscar su camino sin quedarse atrás y sin dejarse condicionar por los prejuicios y por las hostilidades. Justamente debía comportarse así porque un día – quizá en la visión de Gualdera – había sentido en el corazón una voz y había creído en esa voz. Escribió:

«Cuál será ese cristiano que distingue en la mente con claridad la voz del Señor: “Ven, que yo sobre ti tengo designios especiales de benevolencia. ¿No sientes sensiblemente en el corazón mi voz? Ven a mi corazón, que de mi corazón y el tuyo se hará como uno solo y tú, rico de mi virtud e investido de mi autoridad, te adueñarás del corazón de tantos hermanos tuyos”; entonces, ¿quién no querrá dar importancia a los deseos y a las palabras del Corazón de Jesucristo?».



Responder a esta voz comportaba sin embargo un camino de sufrimientos. Por esto, tras haber probado personalmente las dificultades – dificultades que le llegaban también de parte de la Iglesia –, podía afirmar: «... es necesario reavivar la fe y creer que el bien no se puede realizar más que subiendo el camino fatigoso del Calvario, con el fuerte pensamiento de que el Señor nunca falló a quienes confían en él, que es siempre dulce el pan que viene de las manos del Señor providente, dulce especialmente incluso cuando cuesta sudores de esfuerzo».

El secreto para poder colaborar válidamente en el proyecto de Dios es la conciencia de la propia dependencia radical de él. Don Guanella usa la expresión repetida a menudo: «La necesidad de desconfiar de sí y confiar en Dios».

«Debemos en nosotros mismos levantar una construcción alta, alta, que toque la cima del paraíso: ¡con cuántos esfuerzos es necesario excavar los fundamentos seguros de una sana humildad! [...] Somos pobres enfermos, pobres mendicantes y debemos erigir construcciones y dirigir batallas: allí radica la gran necesidad de desconfiar de nosotros mismos y de confiar en Dios, de destruir nuestro soberbio yo para obtener que sólo el Señor reine en nuestro corazón».

A los cohermanos les sugiere las condiciones necesarias para que las casas se multipliquen y se consoliden. Son las que ha seguido con tenacidad en su camino de Fundador: «Es preciso sentir profundamente en el corazón el deseo de dicha obra y percibirla delante de nosotros... como si la viéramos ya realizada. Es necesario que este sentido íntimo sea confirmado por los superiores legítimos, directa o indirectamente... Dificultades, dudas, oposiciones no faltarán jamás, pero estas, más que debilitar, deben valorizar los buenos propósitos».

Entre los recuerdos más profundos de su vida no podía faltar el modelo de vida guanelliana de sor Clara Bosatta. No la nombra, pero cómo no pensar en ella cuando escribe: «Ciertamente la clase de los relativamente perfectos no será numerosa, pero bastan pocos para dar el buen perfume de virtud religiosa; bastan pocos y quizá uno sólo puede bastar para servir de columna firme de fundación para un instituto naciente... No es demasiado que se use la diligencia y la oración de una comunidad entera, para obtener que al menos algunos, quizá incluso uno solo, alcancen la cima de la perfección religiosa».

A sus hijos espirituales, como compendio de todas sus experiencias, deja esta afirmación desbordante de fe y de confianza:

«Somos como pollitos bajo las alas de la divina Providencia madre. Debemos en todo y siempre confiarnos a aquella divina Providencia que todo dispone en tiempo, en peso, en medida... Esperando siempre que suene la hora de la divina misericordia. No se pueden prevenir los deseos del Señor».

#### b) *Reflexiona sobre su estilo de vida*

Es significativo a este respecto lo que don Guanella dice al respecto del «carácter del Instituto de los Siervos de la Caridad».

Comienza recordando la naturaleza de la vocación guanelliana y el fin al que tiende: «el cuidado de los hijos pobres, de los ancianos pobres y la vida apostólica, que en consecuencia se extiende de manera especial en favor del pueblo pobre».

La *primera característica es* «poner mano fácil en todas aquellas tareas de caridad que requieren tanto la pobreza de la institución como las circunstancias de tiempo, lugar, tareas y similares». ¿Cómo no pensar en la laboriosidad que don Guanella siempre vivió desde su infancia hasta los últimos tiempos de su vida?

La *segunda característica es* «una orientación caritativa y muy popular de trato, en las reflexiones, en la conducta en general, en casa y fuera».

Es preciso entonces vivir codo a codo con los pobres, darse cuenta de las angustias en las que viven, responder a sus llamados, según la exhortación dada por León XIII «cuando recomendó al clero en general que saliera también de la Iglesia a la plaza, es decir que descendiera a las necesidades particulares del pueblo pobre en sentido económico, social, espiritual, religioso».

También a los suyos recomienda este estilo de vida hecho de simplicidad, de laboriosidad, de sobriedad:

«A los Siervos de la Caridad para vivir basta con lo que prescribe la Regla: un alimento simple para ser más saludable; para cubrirse dos mudas de ropa, y para alojarse un techo decente; con esto deben sentirse contentos, según las circunstancias de salud, de edad, de trabajo, de lugar. En esto consiste la felicidad del servir a Dios, en esto radica la prosperidad de la vida espiritual».

«Es necesario luego que cada uno, según su capacidad y según el don de Dios, preceda con el ejemplo de una vida muy sobria y mortificada».

Como *tercera característica* ubica «un espíritu de mucha tolerancia, un espíritu de mirada amplia, inclinado más a la misericordia que a la justicia».

Este espíritu de misericordia, al discernir las vocaciones, es recordado por don Guanella a los responsables de la formación cuando escribe: «... mientras apremia la improvisación de personal, será no solamente algo a perdonar, sino a aconsejar que la dirección del Instituto se incline más fácilmente a la misericordia que a la justicia».

Por lo demás, ya antes había afirmado:

«Un Instituto naciente, que tiene necesidad de la ayuda de muchos y que para contar con muchos es preciso que reciba a los de inteligencia discreta, podrá y querrá dirigirse con vastedad de pensamiento y con abundancia de corazón...».

Es conocida la elección realizada por don Guanella entre la orientación de San José Cafasso y la de don Bosco. Cafasso sostenía: «Poco y bueno»; don Bosco, en cambio, era del parecer: «Mucho aunque atropelladamente». Don Guanella reconoce que ambos tenían razón. En respaldo de la opinión de Cafasso estaba lo obrado por Jesús que comenzó con un pequeño rebaño; el parecer de don Bosco estaba valorado por el bien que los Salesianos realizaban. Don Guanella concluye: «Cada Instituto se orienta en conformidad de su vocación y de la divina gracia. Nosotros, pequeños pequeños, nos declaramos seguidores del venerable Juan Bosco y abrigamos el deseo de seguir sus huellas...».

Ciertamente a comienzos de siglo la sociedad era menos compleja y la Iglesia algo menos exigente.

Hoy, teniendo en cuenta todo esto, ¿es todavía justo y posible seguir el ejemplo de don Bosco y la elección de don Guanella? ¿Cómo es posible vivir este espíritu de misericordia en las circunstancias actuales y en el respeto de las normas de la Iglesia?

Este espíritu de misericordia debe guiar a los superiores. «Es mejor que el superior general peque de misericordia que de demasiada justicia». Dicho espíritu debe ser norma de vida en las relaciones entre los cohermanos: «También está la presunción de que cada religioso realice en buena conciencia su oficio y entonces también, ante la duda, nadie se debe suponer malo. Es mejor emplear misericordia de justicia».

Junto con el espíritu de misericordia, en el *Reglamento* de 1910 don Guanella da un vasto espacio a el *recto criterio*.

Así enuncia este principio que animó su vida y que lo guió sobre todo en su misión de Fundador y padre:

«Los superiores de la casa deben sobretodo ser razonables y discretos y pretender mayor ganancia que aquellos que recibieron mayor tesoro de

dones, tanto de naturaleza como de gracia, y menor ganancia que quienes han recibido menos».

De hecho, siempre fue su norma: «Para hacer un poco de bien a sí mismo y a los demás conviene valerse del hombre en cuanto *es* hombre, es decir, pequeño, frágil, mortal».

Dios mismo se comporta así para con nosotros. Por otra parte muy a menudo don Guanella hace suyo el lema de don Bosco: «Lo mejor es enemigo del bien».

Esto no significa renunciar a los grandes ideales de la santidad y vivir volando bajo, sin impulso ni entusiasmo. No concede nada a la tibieza o a la laxitud. Lo veremos proponiendo el proyecto de don Guanella.

Este recto criterio o *discreción* tiene como justificación la diversidad de los dones de cultura y de gracia que Dios concede a sus hijos: sería injusto e incluso sin sentido pretender de todos los mismos resultados.

Sobre este punto el pensamiento de don Guanella es muy claro y revela el equilibrio de su espíritu y la practicidad de sus comportamientos. Escribe: «Todos miembro de un Instituto, así como tiene el deber para sí, así también tiene el derecho de pretender que todo miembro, según la propia capacidad y la gracia que recibe de Dios, por el propio bien y por el buen ejemplo a los cohermanos, realice todo esfuerzo posible para obtener la santificación de su alma».

Como se observa, él pide entonces a cada uno un compromiso serio y constante, aun sabiendo que Dios propone metas diversas y que la colaboración con la gracia tiene grados diferentes y es afectada por la fragilidad de nuestra naturaleza humana. De hecho, vuelve a insistir:

«Se sabe que la perfección de los votos religiosos es como una escalera de ocho peldaños y que se sube escalón por escalón, según las fuerzas que uno tiene y según la gracia que recibe de Dios...».

Don Guanella usa el recto criterio porque sabe que, incluso dentro de la misma vocación, cada uno tiene su camino por recorrer. Sin embargo, insiste para que se proceda con gradualidad, pero también con propósito firme y con decisión coherente.

«Es absolutamente necesario que cada Siervo de la Caridad entre con recta intención en el Instituto, que tenga las aptitudes para observar sus Reglas y se aplique con buena voluntad, dejando luego campo a la gracia del Señor para conducir a las almas hasta su perfeccionamiento».

«Cada uno, luego, las desarrolla según el grado de conocimiento que aprende de ellas, según el grado de virtud que puede poseer y, sobre todo, según el grado de gracia que puede obtener de Dios».

Es necesario criterio, caridad y prudencia, para pedir de cada uno con justicia lo que verdaderamente puede dar.

Esto vale en todas las circunstancias. Don Guanella expresamente recuerda este recto criterio a propósito de la mortificación. Escribe:

«¿Cuánto debe uno trabajar? Debe mortificarse con todas las fuerzas del alma, con todas las potencias del cuerpo. Debe mortificarse cuanto el Señor le dé de gracia y cuanto el individuo se sienta de fuerzas. Debe esforzarse razonablemente según se sienta con fuerzas en el espíritu, tanto cuanto el superior prudente le sugiera. Ni más ni menos».

Sabiamente requiere el consejo y el consenso del superior para discernir la llamada de Dios a un nivel de virtud extraordinaria y para seguir un estilo de vida más austero: «Si algunos de los Siervos de la Caridad están especialmente llamados por Dios para realizar actos extraordinarios de virtud, tampoco entonces deben confiar en sí mismos, sino someterse a la obediencia de la regla y a la orientación de los Superiores».

Recto criterio, entonces, que valora los dones personales de cada uno y que escapa de cualquier chatura, quizá cómoda, pero ciertamente que no responde a la llamada efectiva de Dios. Esto, por ejemplo, es lo que escribe sobre la práctica de la pobreza:

«Haría mucho mal quien, sintiéndose llamado a la estrecha observancia de la pobreza, no se confiara en todo y plenamente en la divina Providencia. Pero haría igualmente mal aquél que, considerándose falsamente llamado a ejercitar tan alta virtud, pretendiera confiar la tarea a la Divina providencia y recibir de ella, para su comodidad, intervenciones siempre oportunas... La desconfianza, en el primer caso, sería un defecto peligroso; la presunción, en el segundo caso, sería un defecto no menos destructivo».

Este criterio vale también para la administración. Recomienda: «Es necesario evitar dos extremos: el excesivo rigor y la demasiada indulgencia. La dirección del instituto debe ser prudente reguladora de los medios que le manda la divina Providencia».

El recto criterio lo lleva a decir: «Al tratarse de una comunidad, es necesario razonablemente y según también la intención de la Santa Iglesia, procurar por regla general que la comunidad sea discretamente próspera, aunque algunos individuos desearían o podrían ejercitar la pobreza en un mayor grado de perfección».

Al solicitar ayudas para sus obras, don Guanella no se limita a rezar y confiar en Dios como hace el Cottolengo; ni siquiera se siente cómodo frente al sistema que usa don Bosco, que «reza y al mismo tiempo toca la

trompeta»; por su parte elige para sí y para los suyos «el camino intermedio entre uno y otro de los dos métodos indicados».

Don Guanella claramente afirma que para iniciar las casas es necesario preferir aquellas para las cuales es más evidente la intervención de la divina Providencia, sin embargo no excluye el apoyo humano por parte de benefactores; concluye entonces: «Mucho mejor es encontrarse en circunstancias de tener que depender de la ayuda divina más que de la providencia del hombre».

También al elegir en casa a los postulantes don Guanella sugiere tener un «comportamiento de afecto y de celo» pero también de recto criterio para dejar espacios de libertad para ellos y a la Congregación. Lo mismo recomienda frente a los novicios. De hecho escribe: «El corazón humano es una potencia grande del hombre, pero peligrosa. [Quien entra en la Congregación] si es bueno será de gran ayuda para la casa, si es poco apto será más de obstáculo que de utilidad; si es inepto sería de daño y de peligro. De aquí la necesidad de conocerse mutuamente».

Este estilo de respeto de las personas y de los dones concedidos a Dios para cada uno, por una parte impulsa a don Guanella a exigir de cada uno todo lo que puede dar; por otra parte, explica su comportamiento práctico y profundamente humano. Esta sabiduría humana es confirmada por muchos episodios en su vida. Escribe: «La fuerza y la prosperidad de una Congregación viene de saber colocar con precisión cada figura de santo en el lugar que le es propio».

El cohermano está llamado a ofrecer a la Congregación lo mejor que puede; pero el superior está invitado a tener en cuenta las capacidades que el cohermano posee.

Él está convencido de que la santidad exige heroísmo y abnegación; sin embargo, considera que es necesario ocupar a los hermanos en la tarea «en la cual pueden todavía ellos probar la satisfacción de hacer cotidianamente ese bien que se puede ver y tocar».

¿Esta constatación no vale quizá para todos?

Don Guanella, al hablar del Maestro de novicios, describe el retrato humano del Siervo de la Caridad: «Un carácter sombrío y poco alegre, un carácter cerrado y poco expansivo, un carácter sensible, pero irritable, un carácter bueno, pero sentimental, un carácter de fe, pero demasiado empeinado, un hombre piadoso, pero rígido y de corta mirada, un hombre de celo, pero intempestivo y poco productivo: todo esto entorpece la buena marcha de una familia religiosa y disgusta al grupo de novicios, que son como las abejas en su colmena».

Por lo demás solicita a cada cohermano que «su actitud sea grave, pero al mismo tiempo suelta y espontánea... No se distinga del común de los buenos cristianos y sacerdotes y no pretenda ser algo más que ellos. Al reflexionar trate de ser breve y sustancial y se presente con lenguaje suelto...».

No teme afirmar: «Es bueno que un cuerpo directivo se cambie de tanto en tanto, en beneficio del mismo cuerpo directivo y de los subordinados».

Cuando en consejo se toman decisiones es necesario siempre establecer la persona que las debe ejecutar, fijar el tiempo y las modalidades de la ejecución, requerir la confirmación de los interesados, realizar una evaluación.

El espíritu concreto en el que se inspira le hace sugerir: «Los niños no deben ocuparse por largo tiempo y con servicio continuado [en la iglesia] muchas horas en el mismo día, porque se cansarían excesivamente y decaerían en la piedad y en la devoción».

### c) *Reflexiona sobre su proyecto de vida religiosa*

Algunas menciones acerca de cómo don Guanella en el *Reglamento* de 1910 presenta la vida religiosa en general y en particular la vida religiosa guanelliana.

Todo el texto gira en torno a este tema. Sólo algunos fragmentos para evidenciar el proyecto guanelliano y confirmar la insistencia con la cual don Guanella impulsaba hacia las cimas de la santidad. La meta es igual para todos; cada uno, luego, realiza este camino y se acerca a él en proporción a la gracia que Dios le ofrece y sobre todo de su respuesta.

Don Guanella no ignora que la profesión religiosa es un acto con valor jurídico que compromete tanto a la congregación como al cohermano. Escribe: «Entre el instituto y cada uno de sus miembros ha tenido lugar un verdadero contrato bilateral, por el cual los individuos consagran sus fuerzas a la conservación y al crecimiento del Instituto y este se obliga a proveer a las necesidades corporales y espirituales de los miembros, siempre, pero especialmente en el momento de la necesidad».

Sin embargo don Guanella va más allá del aspecto externo y jurídico. La profesión religiosa es un matrimonio místico con la Iglesia y con Jesucristo. Y así se expresa: «Esto se dice de los cristianos que se sienten llamados, pero que aún no se han unido a la Iglesia santa con la emisión de los votos religiosos. Pero luego de que el matrimonio con Jesucristo y la

Iglesia ha tenido lugar, entonces en cuerpo y alma el religioso debe consentir al desposorio sagrado, que se convierte en un nudo indisoluble». Y concluye: «Entonces sea de ejemplo y ayuda la vida inmaculada, pura y santa de José con María».

La profesión religiosa entonces es don de Dios y vincula estrechamente al religioso con Jesucristo y con la Iglesia: «Ser llamado a seguir los Consejos evangélicos es gracia de Dios singular, por medio de la cual un cristiano, de simple siervo, se convierte en amigo en la casa del Señor, confidente del Corazón de Jesús».

¡Esposo, amigo, confidente: se va mucho más allá de la rígida relación jurídica!

Con la profesión se pone en marcha o se refuerza un camino que lleva a ser imagen de Cristo. Los Siervos de la Caridad «deben día tras día proponerse crecer en el camino de celo y de caridad, para convertirse en imágenes vivas y parlantes del divino apóstol de caridad, Jesucristo Salvador».

Es un camino que no concede descanso o vacaciones: «[El religioso] debe sentir que se le quiebra el corazón del ansia, como quien tiene gran hambre y sed de justicia; debe caminar como gigante en el camino de la perfección, hasta que llegue a la cima del Calvario para morir mártir con el Rey de los mártires».

Así don Guanella entendió su vida; este fue su proyecto; así él caminó; esto propone a sus hijos espirituales. Es un camino de toda la vida y de cada día: «Ver las cosas como las ve Dios y saberse conformar a su voluntad, amar la verdad que es Dios mismo, fuente de luz y de caridad, e imitar su semejanza: en esto consiste el gran afán de los días, de los meses, de los años, de toda la vida de un hombre cristiano».

Don Guanella insiste en decir que en la vida religiosa todo tiene como fin supremo este proyecto de santidad: «Para ser discípulo perfecto de Jesucristo es necesario renunciar a todas las personas y las cosas de esta tierra; es necesario, si bien no mutando la naturaleza del hombre, vivir en el hábito angélico; es necesario no tener voluntad propia, sino en todo confiarse en Dios y a él obedecer, de modo que entre el corazón de Dios y el Corazón del hombre se haga un solo corazón. Esto es perfección altísima, esto constituye felicidad suma. En esto es necesario poner cada uno de nuestros esfuerzos. A esto miran la finalidad del Instituto, las Reglas y Constituciones del mismo; a esto tienden el celo de los directores, la experiencia, maestra de virtud».

Para perseverar en este camino hacia la cima de la vida cristiana es necesario ante todo una gran humildad: «Cuanto más el hombre religioso



se eleva para conocer la altísima santidad del Señor, tanto más se humilla al reconocerse un gusano humildísimo y una abyecta criatura».

Junto con la humildad es indispensable una vida de profunda comunión con Dios.

Quizá don Guanella pensaba en Sor Clara Bosatta o quizá expresaba una experiencia personal cuando, al hablar de los novicios, escribe: «Cuando el Señor llama a un alma a altura tan grande, ciertamente persuade al cristiano a retirarse en la soledad para poder hablar a su corazón, como boca a boca y corazón a corazón».

Este “boca a boca y corazón a corazón” con Dios es una característica del noviciado; se verificará con intensidad en determinados momentos, pero es indispensable cuando el camino se hace más arduo y sube hacia la cima. ¡La mística no es una meta reservada a algunos, sino una invitación para muchos!

En concreto, la vida religiosa consiste en seguir a Jesucristo, así como es comprendido y propuesto por la misma regla: «Ovejas buenas deben ser las almas de los Siervos de la Caridad al seguir los pasos del divino Cordero y, luego de eso y con eso, el camino que señalan la propia Regla y los propios superiores inmediatos».

Seguir a Cristo, escribe don Guanella, en particular en el ejercicio de la Caridad: «(Los Siervos de la caridad...) no de palabra, sin con hechos, siguieron el ejemplo de aquel que trazó el camino de hacer el bien precediendo ante todo con el ejemplo de la caridad y luego haciendo seguir su palabra de doctrina santa».

El “hacer el bien”, el ejemplo de la caridad de Cristo, no son algo externo a la vida religiosa guanelliana, sino que la caracterizan desde dentro.

La gran ley de la vida religiosa para don Guanella es el discurso de la montaña, en particular las bienaventuranzas.

Cercano al espíritu y a la práctica de las bienaventuranzas, don Guanella coloca el ejercicio de las obras de caridad.

También en los textos constitucionales y, por consecuencia, en los diversos Reglamentos, él, siguiendo las indicaciones de la Iglesia, distingue entre fin primario o general y fin secundario o especial; en su pensamiento, sin embargo, están estrechamente conjugados, como lo están el amor a Dios y el amor al prójimo.

Ya en el *Estatuto de los Hijos del Sagrado Corazón* de 1898 escribía: «La finalidad de esta institución es de santificar a los miembros de la misma, sean sacerdotes o laicos, a través de la práctica de los consejos evangélicos y con el ejercicio de las obras de caridad en general».

El mismo concepto se repite casi a la letra en las *Constituciones de los Hijos del Sagrado Corazón* del año siguiente. Más aún, agrega poco más adelante: «El fervoroso amor a Dios produce un caluroso afecto de caridad hacia el prójimo, porque el amor de Dios no se separa del amor al prójimo».

Las *Reglas* de 1905 anteponen a la “finalidad del Instituto” un pequeño capítulo titulado “Carácter del Instituto”. Escribe allí: «El carácter del Instituto de los Siervos de la Caridad es:

- configurarse según los ejemplos de virtud y de celo del Divino Salvador;
- configurarse todo lo posible con el estudio de la vida del mismo Salvador divino y de sus ejemplos santos;
- y esto con el fin primerísimo de encender en sí la llama de santa caridad;
- y venir luego en ayuda de las almas del prójimo».

En el *Reglamento de los Siervos de la Caridad* de 1905 don Guanella escribe: «Un corazón cristiano que cree y que siente, no puede pasar delante de la indigencia del pobre sin socorrerla».

Y quería que sus sacerdotes imitaran de Cristo el espíritu de oración, el espíritu de caridad y el espíritu de sacrificio.

En el *Reglamento* de 1910, como comentario de las *Constituciones* de 1907, don Guanella distingue los dos fines pero también los conjuga.

Antes de concluir sus reflexiones sobre el fin primario o general, en efecto, agrega: «El cristiano no puede contentarse con pensar y proveer únicamente para sí mismo, sino que debe también pensar y proveer al bien de sus hermanos y, entre ellos, al más necesitado de ayuda corporal y espiritual».

Comienza luego el párrafo siguiente dedicado al fin secundario o especial, transcribiendo el doble mandamiento del amor (*Mt* 22, 37-40), y comenta: «Los Siervos de la Caridad se quieren enriquecer de virtud y de amor santo [es el fin general] para poder luego distribuirlo a los demás. ¿A quiénes? De manera muy especial, a los hijos pobres del pueblo, a los ancianos pobres del pueblo [es el fin especial]. ¿Con qué medio obtendrán ese noble intento? Lo obtendrán siguiendo perfectamente las Constituciones del Propio Instituto. Lo obtendrán eficazmente con el ejercicio de la vida apostólica, que es también finalidad y medio apropiado para la santificación propia y la del prójimo que nos rodea».

La misión del Instituto no es extrínseca a su naturaleza sino que es su componente esencial.

El guanelliano auténtico no puede proponerse llegar a la plena comunión con Dios si no es a través del encuentro con los hermanos, a través de la ayuda material y espiritual a ellos ofrecida.

Por último y en síntesis, esta es la invitación de don Guanella, invitación tanto más vinculante cuanto más la hagamos penetrar en el corazón y la practiquemos en la vida de cada día.

«Todo hombre es falaz y sólo Dios es infalible. Sígase entonces siempre la palabra del Señor y menos la de los hombres. Solamente Dios es santo y los hombres todos más o menos tienen sus miserias; nosotros entonces aprendamos a conversar sobre todo con Dios y menos con sus pobres creaturas, hombres que recorren el sendero de este valle de lágrimas. Pero estamos en el mundo y debemos también tratar con las personas y las cosas del mundo. En práctica, se nos hace necesario el dicho de San Agustín: “En las cosas necesarias haya siempre unidad de pensamiento; en las cosas dudosas no se niegue la libertad a cada uno de hacer y de decir; siempre y cuando con cada persona y en cada acto de la vida se emplee siempre la caridad, soportándose recíprocamente”».

# CONMEMORACIÓN DE DON OLIMPIO GIAMPEDRAGLIA

en el XXX aniversario de su muerte

## PRESENTACIÓN DE LA FIGURA DE DON OLIMPIO

(El texto fue redactado a partir de la “Conmemoración de don Olimpio Giampedraglia” hecha por don Pietro Pasquali al XIII Capítulo General (Grottaferrata, 2-22 de julio de 1981) y a la biografía “Don Olimpio Giampedraglia - Un amor noble y fiel” - Nuove Frontiere 1982).

### **Hoy nos habla con la vida**

Entre los apuntes recopilados por don Olimpio en hojas sueltas, cuadernos, blocks de notas de toda dimensión, escritos las más de las veces con estilo telegráfico y de difícil lectura, encontré este pensamiento de San Ambrosio (falta la cita, pero fue escrito con bella caligrafía sobre una hojita cuadriculada).

Dice: «No lloréis mi ausencia, sentidme cercano y habladme aún... Yo os amaré desde el Cielo como os he amado en la tierra». ¿Me equivoco si presto estas palabras y estos sentimientos a don Olimpio al comienzo de este, nuestro Capítulo?

Antes de presentar el Informe al Capítulo como fue establecido, considero necesario poner en marcha con él, como a menudo él sugería, un diálogo, y evocar a aquél que hubiera debido en este momento dirigirnos su palabra. Hoy nos habla con su vida, que ya forma parte de nuestra Congregación, sobre todo de esta década.

Si nos detenemos un poco a ver algunas características de su fisono-

mía espiritual es sólo para hacerle un acto de necesario homenaje. Es motivo para alabar al Señor que nos concedió un hermano verdaderamente insigne en santidad. Es invitación a rezar a Dios para que nos ayude a seguir los ejemplos luminosos que él nos ha dejado. Es medio para sentirlo presente entre nosotros como una guía espiritual válida para aprender a vivir el espíritu y la misión de nuestro Fundador y padre.

«Es útil rezar por los muertos en general, para que nos ayuden – escribía Don Guanella a los Cohermanos en la Navidad de 1908 –; más útil ciertamente rezar por el alma de personas que al partir para el Cielo dejaron una copiosa herencia de virtud y de queridísimos ejemplos a imitar».

### **Siervo de la caridad, humilde, fiel y misericordioso**

Si la expresión no fuera demasiado genérica, diría que don Olimpio fue un auténtico “Siervo de la Caridad”, fiel y misericordioso.

Él dejó que la santidad del Fundador penetrara en él y se expresara en sus actitudes y en sus acciones.

Justamente en la segunda página de cubierta de un pequeño cuaderno que recoge las confidencias más personales, don Olimpio, probablemente aún novicio, transcribía la exhortación con la cual don Guanella termina las Normas de 1915.

«El mejor modo para consolidar nuestra Institución y promover su expansión, reclamada día tras día por tantas voces compasivas de necesidad, es consolidarnos, no tanto en los intereses materiales como en el espíritu religioso y en la observancia de las reglas; intención nobilísima y grande a la que hemos de aplicarnos con potencia de deseo y de sacrificio. Así el señor nos bendecirá; y nuestra vocación, fructífera en el campo de la salvación de las almas y de la caridad cristiana, será santa, porque realmente nos hará santos y dignos de gran gloria».

Este es el programa que don Olimpio se esforzó por llevar a cabo cada día verdaderamente “con potencia de deseo y de sacrificio”. En su vida religiosa y sacerdotal, él siempre se remitió a don Guanella y se propuso contribuir a la consolidación de nuestra Congregación, donándole sus mejores energías.

No es mi intención trazar un marco biográfico ni tampoco evocar etapas y episodios significativos de su vida. Espero que, pronto, otros puedan realizar este acto importante.

Me limito a delinear – sin ninguna pretensión de globalidad – un perfil de su vida espiritual, la herencia más preciosa que él nos dejó a nosotros, sus Cohermanos y Amigos.

Me valgo casi exclusivamente de algunas páginas autobiográficas que se pudieron hallar y de algunos testimonios de quienes estuvieron cerca de él en el período de la enfermedad.

### *1) Los comienzos de una vida laboriosa*

Alto de estatura, de voz algo débil, instintivamente reservado en los comportamientos y en la mirada, con el rostro sonriente o recogido en la escucha o en la oración, don Olimpio tuvo por naturaleza una fibra más bien robusta. Antes de 1977, una sola vez, aún clérigo, tuvo que ser internado en el hospital, para una apendicectomía. Y en los últimos terribles meses de 1980, la excepcional fortaleza de su corazón le permitió superar tres intervenciones quirúrgicas sucesivas, crisis agudas y dosis de medicamentos que podían devastar a una persona menos resistente.

Franco, simple, laborioso, don Olimpio reflejaba las características de la gente de montaña. Vivaz por naturaleza, atento observador, de espíritu sensibilísimo, absorbió y vivió profundamente los valores religiosos y humanos típicos de la Valchiavenna nativa, a la que siempre permaneció ligado por dulces recuerdos y sincero afecto.

No pudo disfrutar por mucho tiempo del afecto de sus padres. Ambos murieron en 1916, cuando él tenía un año de edad o poco más. Vivió con la abuela y luego con una tía. Casi nada sabemos de un hermano suyo muerto durante la segunda guerra mundial en Grecia; la reserva de don Olimpio sobre estos pormenores, que sin embargo deben de haber signado su vida desde temprano, no nos permite conocer más.

Mucho menos estamos en condiciones de saber lo que la gracia de Dios realizaba en aquel muchacho dotado de buena memoria, de inteligencia poco común, de simplicidad tan genuina. Los pocos testimonios de aquellos años los debemos a su maestra del primario: María Trussolini. Ella lo presentó a don Mazzucchi en Chiavenna, para que lo recibiera en el seminario de la Congregación de Fara Novarese. El muchacho tenía buena tela para poder hacer mucho bien y para ser un buen sacerdote, le dijo.

## 2) *El itinerario espiritual*

El itinerario espiritual que don Olimpio recorrió, primero en Fara Novarese, luego en Como y finalmente en Roma, donde se preparó al sacerdocio, sigue siendo un secreto celosamente custodiado.

Encontramos alguna mención rara y rápida de este itinerario en los propósitos por él escritos, el día en el cual, al recibir el Subdiaconado, también en el plano ministerial expresaba la pública, definitiva y total consagración de sí mismo al Señor, ya acontecida con la Profesión Perpetua.

«Con sentimientos de la más viva gratitud, de la más filial confianza y de la más cordial generosidad me acerqué hoy al altar de mi Dios infinitamente bueno y misericordioso en sus providentes y adorables caminos de Providencia, para presentar en el Subdiaconado, en ofrenda perpetua e irrevocable, todos los pensamientos de mi mente, todos los latidos de mi corazón, todas las acciones de mi vivir. Esta, mi total renuncia, que hago al amabilísimo Corazón de Jesús, quiera Él recibirla, custodiarla hasta el último día de mi vida...» (2 de abril de 1938).

En estas pocas líneas del joven don Olimpio, de 23 años, se encuentran ya las notas dominantes de su vida espiritual. Me parece útil detenerme para un breve comentario.

### a) *Confianza filial y humilde en Dios*

Ante todo encontramos el sentimiento de una profunda confianza filial en Dios. Es la actitud del niño que reconoce su radical incapacidad para vivir y dar fruto, si no está interiormente sostenido por la savia vital de la gracia. Es la seguridad de poder contar siempre y a pesar de todo con la bondad del Señor que para nosotros es Padre “infinitamente bueno y misericordioso”. ¿No es este el secreto que sostiene al alma verdaderamente humilde? ¿No es esta simplicidad y afectuosidad la que don Guanella pone entre las notas espirituales que debe expresar quien quiera ser miembro de su Familia? – «... entonces llega un espíritu de humildad simple, por la cual el individuo en todo y siempre ve al Señor que dispone de las personas y de las cosas, por lo que nunca cae en lamentos inútiles, en observaciones superfluas».

Entre los propósitos de don Olimpio (Barza, 11 de setiembre de 1938) encontramos esto: «Procuraré vivir en la presencia de Jesús en santa simplicidad y candor». Y ya en ocasión del subdiaconado afirmaba: «A Jesús, don augurado para mí y para todos los que amo, le he pedido Humildad, Pureza, Amor».

Como confirmación de esta mentalidad verdaderamente humilde que don Olimpio siempre trató de conservar, he aquí una carta a su párroco de San Cassiano, en ocasión del 25º aniversario de Sacerdocio. Es del 13 de agosto de 1963.

«Revmo. Sr. Preboste... ¡Gran gracia del Señor la de haber podido subir al Altar durante 25 años: pero cuántas responsabilidades se acumularon! Por esto pienso que todo sacerdote escapa casi instintivamente de cualquier manifestación externa y desea, en estas circunstancias, recogerse en el silencio. Sin embargo, dado que Usted me ha dicho que se trataría “de un encuentro totalmente espiritual”, de buen grado acepto y agradezco, incluso porque el 13 de octubre me es un día particularmente caro, celebrando la última aparición de Nuestra Señora en Fátima. Deberá no obstante procurar que el encuentro sea “totalmente espiritual”, con la exclusión de todo lo que podría ser coreografía externa: los cantos de la Santa Misa ansiaría fueran ejecutados por el pueblo; dos palabras al Evangelio puedo decirlas yo; no haya invitaciones, excepto, si se me concede expresar un deseo, para mi queridísimo don Antonio Zubiani y el primo don Antonio Scaramellini. Puedo asegurarle que tengo siempre presente en la oración a los vivos y los muertos de la pequeña tierra que me vio como niño inquieto y de la que me separé hace más o menos 28 años, llevando en el corazón el dulce recuerdo de tantas cosas y personas queridas. Le estaría muy agradecido si Ud. quisiera recomendar vivamente a la población que rece mucho por mi alma, porque ninguno tiene más necesidad de ayuda que el sacerdote...».

#### *b) Por los caminos adorables de la Providencia*

Una segunda convicción surge del escrito: Dios guía a cada persona y a todos los hombres, entonces también él se siente acompañado durante su vida por los “adorables caminos de la Providencia”.

Don Olimpio comprendió que realmente el Señor dispone todo con miras al cumplimiento de su amoroso designio de salvación, que nosotros debemos aceptar con toda la serenidad posible y con el cual debemos colaborar incluso cuando parecería que las cosas no van por la vertiente justa.

En esta perspectiva podemos evaluar con suficiente claridad las etapas de la vida religiosa y sacerdotal de don Olimpio, que quiso en cada circunstancia mantenerse fiel a este designio divino, porque la fidelidad es la principal virtud de quien es “siervo” y por consiguiente se reconoce a total disposición de Dios: «¡Es Él quien hace!». También don Guanella ¿no ha quizá vivido su experiencia de fe como un abandono confiado en



la Providencia de Dios, que mejor que nosotros conoce nuestra meta última y los caminos que conducen a ella de modo más eficaz? ¡Cuántas veces don Olimpio, en el transcurso de su enfermedad, profesó aceptar la voluntad del Señor, bueno y sapiente en todas sus disposiciones!

### *c) La fidelidad*

La fidelidad fue también la insignia externa de don Olimpio. Era un hombre preciso. Preciso en los recuerdos, en las citas, al hablar y al escribir, hasta la búsqueda de los errores de imprenta. Tan grandes eran el desorden y la confusión que reinaban en su escritorio y en su estudio como grande era el orden que tenía en la mente y la claridad con la cual se expresaba.

Fue un hombre metódico. Quizá también por esto no quiso nunca escribir nada significativo más allá de sus dos tesis de graduación en teología y en derecho canónico.

Se dijo que don Olimpio era “el hombre de la ley” en el sentido exacto de la palabra. No sólo porque había estudiado derecho, sino porque tenía el culto de la regla y prestaba atención a la observancia incluso de las pequeñas cosas. A veces erróneamente se habrá considerado que era excesivamente apegado a la letra. A veces quizá lo fue, teniendo en cuenta la formación recibida y la mentalidad entonces común. Puedo afirmar que en la ley él veía ante todo la promoción y la defensa de los auténticos valores y que, de todos modos, ha tenido siempre gran respeto por las personas, aun por aquellas que transgredían la ley. Mientras que, por un cierto período de tiempo, para ser fiel intérprete de las normas de la Iglesia y por la experiencia de casos dolorosos, don Olimpio manifestó rigidez en el sector de la formación, pronto supo conciliar las justas exigencias de la Iglesia con el espíritu de comprensión y de misericordia del Fundador.

Don Olimpio fue fiel al Fundador, a la Congregación, a la Iglesia; no por nada amaba los estudios históricos y era un atento lector de todo cuanto se publicaba en el sector de la ascética y de la teología espiritual y asiduo asistente a las reuniones de los Superiores Generales.

Fue ciertamente un buen conocedor de los escritos y de la vida de don Guanella, padre nuestro; lo confirman los numerosos artículos publicados en el *Charitas* del 1980 al 1980, y la ayuda dada por varios años a nuestras Hermanas, como Asistente Eclesiástico, sobre todo en preparación a su Capítulo General especial. Sin embargo debo decir con pesar que nunca pensó en poner orgánicamente por escrito todo lo que sabía tanto del Fundador

como de la Congregación. ¡Cuántos cohermanos pudo conocer! ¡Qué confianzas pudo haber recibido de don Mazzucchi a quien acompañó por muchos años y del cual gozaba con justicia de enorme aprecio!

Pero sobre todo en la vida, don Olimpio fue un imitador fiel de la espiritualidad del Fundador, en la oración, en el sacrificio y en la bondad. La prueba más bella que dio de su fidelidad y de su amor a la Congregación fue la de haber aceptado con plena disponibilidad y confianza en los Cohermanos la guía de la Obra en los momentos difíciles del primer post-Concilio, de haber creído en la misión que ella está llamada a realizar en la Iglesia, a pesar de nuestras limitaciones y nuestras incoherencias; de no haberse desanimado ni siquiera frente a pruebas dolorosas, sino de haberse siempre dejado guiar por la Providencia del Señor.

Don Olimpio fue fiel a los grandes valores de la vida cristiana, religiosa y sacerdotal. Al presentar al Corazón de Jesús la ofrenda total de sí, escribía: «Quiera Él recibirla y custodiarla hasta el último día de mi vida. Sea realmente, de ahora en más, mi vida sólo Jesús: *mihi vivere Christus est*. Jesús en la Eucaristía, Jesús en el Calvario» (*De los propósitos para el subdiaconado*).

Y agrega: «Mientras yacía a los pies del altar, le dije a Jesús que me llevara de inmediato consigo, antes que permitir que le fuera infiel». Fiel entonces para siempre a Cristo, su vida; fiel al amor del Corazón de Jesús que se manifiesta en el Calvario y en la Eucaristía. Fiel con la ayuda materna de María. La Eucaristía, el Calvario, el Corazón de Jesús, María Santísima fueron para don Olimpio, como lo fueron para el Fundador, los puntos de constante referencia en todo su camino de fe.

## Los años de la madurez

Siervo humilde y fiel, pero sobre todo “Siervo de la Caridad”. Así ha querido ser don Olimpio.

Encontramos este anhelo y este empeño tanto en los apuntes escritos del día del Diaconado (11-6-1938), en los que subraya la alegría del estar al servicio de Dios y de recibir su confianza en una relación de caridad perfecta, y más aún en las páginas que escribe para su ordenación sacerdotal ante la tumba del Fundador el 24-9-1938.

Transcribo íntegramente esta última página, que no comento para no despojarla de su encanto. Nos preguntamos: ¿no hay quizá afinidades con la famosa carta de don Guanella en ocasión de su primera Misa?

## 1) *Los propósitos de la Primera Misa*

«¡Soy sacerdote para siempre en el Corazón Eucarístico de Jesús! Descendió sobre mí el Espíritu Paráclito, que me llenó el alma de sus carismas divinos. Me convertí en el amigo, el confidente, el dispensador del amor de Jesús. Soy el amor del Corazón de Jesús. Jesús no podía hacer nada más por mí. ¿Y los divinos poderes que me confirió? “*Offerre, absolvere, benedicere, praedicare*”: misiones que me hacen temblar y para las cuales me siento absolutamente indigno. Pero no debo desanimarme: Jesús quiere de mí la buena voluntad, del resto se ocupará Él. ¿No es Él omnipotente? ¿No ha vencido acaso al mundo? Con Jesús todo lo puedo.

¡El Sacerdocio! No término, sino punto de partida y de partida decisiva para todos los caminos en los cuales Jesús me quiera.

¡El Sacerdocio! ¡Día más bello de mi vida, día ante cuyo recuerdo cada cruz debe parecerme ligera, día de las misericordias de Dios, día en el cual la palabra cesa y el corazón no sabe más que balbucear pocas palabras inconsecuentes! Día en el cual se lloran lágrimas de alegría y de dolor que sólo el Señor puede comprender.

Día en el cual he comprendido qué escasa ha sido mi preparación y qué débil mi amor por Él.

¡Sacerdocio y Sacrificio, Sacerdocio y Eucaristía! Sublimes ideales que deben ocupar toda mi vida.

A Jesús hoy he dicho pocas palabras, y mal expresadas también aquellas; le pedí perdón del poco amor que hasta ahora he tenido hacia Él; le pedí la gracia de amarlo con un amor puro que vaya aumentando hasta el último respiro, le pedí tomar consciencia y ser coherente con lo que hago y realizar lo que predico: en una palabra, he pedido a Jesús vivir mi Misa, mil veces morir antes que entristecer su Corazón.

¡Quiera Jesús, la Virgen Nuestra Madre, mis Santos Protectores, los Ángeles y los santos todos hacer que hoy sea el día decisivo de un camino que como el sol, surge y procede hasta la plenitud del mediodía!

Oh señor, que yo sea todo tuyo: no quiero otra cosa más que el advenimiento pleno de tu reino en mí y, si fuera posible, en todos los corazones».

Esta es una página para leer con frecuencia y por la cual dejarse conquistar hasta el punto de hacerla propia. Como dije, no la comento. Subrayo sólo algunas expresiones que son típicas de la espiritualidad guaneliana de don Olimpio.

## 2) *Las notas características de su espiritualidad*

Sobre todo la humildad: «me siento absolutamente indigno»; «¡qué débil ha sido mi amor por Él!»; «¡pedí perdón del poco amor que hasta ahora he tenido por Él!».

Luego el ofrecimiento de una total disponibilidad y plena fidelidad: «Con Jesús todo lo puedo», «¡El Sacerdocio! No término, sino punto de partida, y de partida decisiva para todos los caminos en los cuales Jesús me quiera».

Finalmente, los grandes amores de su vida: el Corazón eucarístico de Jesús, el Espíritu Paráclito, la Misa, el Sacerdocio y la Eucaristía, la Virgen nuestra Madre. Pero es notable la insistencia – propia también de don Guanella – en el aspecto afectivo de la vida cristiana que llega hasta la experiencia mística: el día de la ordenación es visto como «día de las misericordias de Dios»; la identidad del sacerdote se expresa con una fórmula audaz: «Soy el amor del Corazón de Jesús; el propósito de este día tan bello es uno sólo: he pedido la gracia de amarlo con un amor puro que vaya aumentando hasta el último respiro de la vida»; la oración que nace en el corazón es don total: «no quiero otra cosa más que el advenimiento pleno de tu reino en mí y... en todos los corazones».

Don Olimpio no se limitó a escribir bellas palabras; se esforzó cotidianamente por realizar este programa hasta el último día de su vida.

### *a) Hombre de oración*

Por toda su vida don Olimpio fue “hombre de oración”. Una oración sólida, porque estaba fundada en una experiencia de fe, y centrada en el corazón mismo del misterio cristiano: la Eucaristía; porque estaba dirigida a expresarse en una vida de abandono a la bondad de Dios y de aceptación de todos sus designios.

Una oración simple, prolongada sin hacerse redundante. Una oración regular y continua, de la que ha querido ser con firmeza y con discreción (¡otra bella dote de don Olimpio!) ejemplo y maestro. Una oración que lo ha sostenido especialmente en los años de difícil gobierno de la Congregación y más aún en los momentos tremendos del sufrimiento que lo llevaron a la muerte.

### *b) Hombre de sacrificio*

“Hombre fiel en el sacrificio”. Al término de un curso de ejercicios espirituales, probablemente en preparación al Subdiaconado, escribía: «Ni rosas ni lirios, sino espinas y cruces. Al mismo tiempo, a ti te pido, y tú no me las puedes negar, fortaleza y paciencia». También aquí don Olimpio fue coherente en la práctica.

No me consta que don Olimpio buscara voluntariamente la cruz: amaba la alegría y la vida; pero debo decir que siempre estuvo listo para aceptarla y para llevarla con coraje y fidelidad al Maestro Crucificado.

Muy pronto él debió llevar la cruz de la falta del afecto de sus padres, desaparecidos muy tempranamente, y la cruz de una soledad que en la adolescencia y en la juventud hace amarga la vida. En el cuaderno encontramos citado el Salmo 26, 10: «Mi padre y mi madre me abandonaron; pero el Señor me recogió»; esta es una experiencia vivida.

Y fue una cruz también para él dejar a la edad de diez años a las personas por él queridas, el párroco, su pueblo, el ambiente de su valle que había esculpido en la mente desde los más pequeños detalles y que sobre todo llevaba en el corazón, e irse lejos (entonces se requería una jornada de tren para alcanzar Fara Novarese desde Chiavenna) y adaptar su inquietud e ingenua espontaneidad a la disciplina del Seminario, sin duda más severa que hoy.

### *c) Hombre de misericordia*

Dos días antes de su serena muerte, mientras don Olimpio se encontraba inmóvil en el lecho y sufría, preguntó al Hno. Stucchi qué estaba leyendo. Leía algunos fragmentos de la Encíclica “Dives in misericordia” de Juan Pablo II, publicada por aquellos días.

Don Olimpio dijo al Hermano: «Léeme un poco». Fue su última escucha: una reflexión sobre la misericordia de Dios que siempre lo había acompañado en vida y de la cual quiso ser testigo... en las huellas de don Guanella.

Me gusta pensar en don Olimpio, al término de esta evocación, como “hombre de misericordia”.

La misericordia fue su programa de vida y de gobierno. Al tomar la palabra tras su reelección, el 1º de agosto de 1976, decía conmovido «que quería acercarse al Corazón de Cristo que nos revela al Padre para la propagación del reino de la caridad, en el espíritu de las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los misericordiosos”».

Es la misericordia del Padre y la de Cristo que se comunica y se convierte para don Olimpio en un propósito y un programa. Esa es la nota dominante de la espiritualidad guanelliana: «El instituto debe mostrar con los frutos de celo que la caridad de Jesucristo es tesoro celestial y verdadera medicina para la enfermedad humana y providencia para las miserias crecientes» (Regl. 1905).

Si Dios es Padre de todos y a todos provee, si el Corazón de Cristo es revelación del amor misericordioso del Padre, también nuestra vida y nuestro obrar deben hacer resplandecer delante de los hombres la misericordia de este Padre y del Corazón de Cristo.

Nuestra Congregación tiene su futuro seguro, si somos fieles a este programa y a este propósito, como lo fue don Olimpio.

Proseguía entonces el Superior reelecto: «Sea una bienaventuranza también llevar la cruz en la alegría».

Aceptar ser superior, ser modelo y guía para quienes quieren hacer conocer la misericordia del Padre y de Cristo, exige sacrificio y cargar con la cruz; un sacrificio sólo si es aceptado con alegría se convierte en testimonio de amor y de misericordia. Y concluía don Olimpio, recordando conmovido a la “Mater Misericordiae”, título dulce con el cual es venerada la Virgen de Gallivaggio, que es la Virgen del Valle de don Olimpio, el primer santuario que conoció y en el cual rezó, cuando al comienzo de verano subía a Montespluga y cuando descendía en el otoño. La madre de la Misericordia fue su “Señora”: en Ella se inspiró en su gobierno de una década; con Ella contaba para ser verdaderamente misericordioso.

Don Olimpio en su experiencia espiritual y en su oración siempre puso en primer lugar aquellos misterios que más convocan y hacen vivir el amor misericordioso del padre: el Corazón de Cristo, la Eucaristía y la Virgen María. Estuvo lleno de comprensión y misericordia con sus superiores. Siempre los apoyó, obedeció y defendió, incluso cuando divergía de sus opiniones o no compartía sus modos o sus métodos. A veces don Olimpio fue acusado de ser “diplomático”, no tanto porque con esta actitud él equilibraba su índole más bien tímida y conciliadora, sino en cambio para no comprometer el valor de la autoridad y no hacer surgir contrastes quizá más graves que los inconvenientes que se deseaba corregir.

Debo sin embargo recordar que don Olimpio, en su período de superiorado, cuando resultó útil, supo defender a los cohermanos incluso frente a la Autoridad eclesiástica.

Don Olimpio procuró ser comprensivo y misericordioso con todos los Cohermanos.

No era un ingenuo, un inexperto, un bonachón, para quien todo va siempre bien. Sabía evaluar hechos y personas con sabiduría y con prudencia. Pero más que nada quería persuadir, convencer, sostener, perdonar, ayudar.

Pienso que nadie puede afirmar que ha sentido a don Olimpio criticar a alguien o dirigirle palabras descorteses, sabía excusar a todos buscando los atenuantes y salvando las intenciones. Era lento – nosotros diríamos: muy lento – para tomar medidas contra alguien. Trataba de dejar tiempo para que las dificultades se aclararan y se allanaran. Sólo al final, casi contra su voluntad, tomaba las decisiones con la preocupación de no humillar y de dejar siempre abierta la posibilidad de una revisión.

Este modo de actuar, ¿no es “santidad”? Decía en uno de sus discursos Juan Pablo II: «La santidad consiste antes que nada en vivir con convicción la realidad del amor de Dios, no obstante las dificultades de la historia y de la propia vida» (1º diciembre 1978).

¿Nuestra vida cristiana no está toda comprendida en recibir y dar misericordia? ¿No es esta la misión que el Espíritu Santo confió a don Guanella y a la Congregación?

#### *d) Su servicio a la Congregación*

Ya adulto, don Olimpio aceptó cruces aún más pesadas.

La cruz de sentirse, quizá frecuentemente, no comprendido, porque era considerado – muchas veces erróneamente – rígido en los principios, frío en las relaciones humanas, más preocupado por las normas que por las personas. Y esta cruz la llevó adelante sin jamás defenderse, sin lamentarse, sin acusar jamás a nadie.

La cruz de guiar a la Congregación en un período ciertamente poco tranquilo, también en nuestra casa se infiltraba el espíritu de la contestación, tomaban cierta consistencia los abandonos del sacerdocio y de la vida religiosa, crecía la tentación del aburguesamiento; disminuían rápidamente las vocaciones y claudicaba la perseverancia, se ponían en discusión criterios y métodos de formación y de educación cristiana, nuevas exigencias urgían, pero nos sentíamos ampliamente inferiores por número, por capacidad, por edad, por salud, para las nuevas iniciativas; se tornaba cada vez más exigente el requerimiento de una clara identidad de nuestra vida guanelliana y de una revisión de la validez de nuestras obras.

Y don Olimpio debió asegurar a algunos que dudaban, frenar a los que exigían un repentino cambio de ruta, animar a los pesimistas para que no perdieran la confianza, mantener alta la moral sobre todo de los jóvenes, frente a las dificultades, para que no cayeran en la indiferencia y en la apatía.

La cruz del Capítulo de 1964 en el cual, tras doce años de actividad como Consejero y Secretario General, no fue reelegido. Humanamente lo sufrió, quedan pruebas de ello; pero don Olimpio supo superar con gran espíritu de fe y de humildad también esta desilusión, de las más duras de la vida de comunidad, cuando uno se siente casi rechazado por los suyos. No presentó recriminaciones, no se lamentó con nadie, prosiguió en una colaboración sin duda psicológicamente difícil, pero no por esto menos preciosa.

#### *e) El último quinquenio*

La cruz de su último quinquenio de vida. Reelegido Superior casi por unanimidad en 1977, a un año de su nombramiento, don Olimpio comenzó a tener problemas de salud. Primero ataques de cálculos renales, luego glaucoma, con las intervenciones quirúrgicas a las que debió someterse.

No renunció sin embargo a cumplir con sus compromisos: participación en la Consulta, visitas a las comunidades. Su último gran esfuerzo fue la visita, por casi dos meses, a las comunidades de Argentina, Paraguay y Chile, al término de la cual se manifestaron inquietantes síntomas de un tumor renal, que lo obligaron a someterse a otras complicadas intervenciones quirúrgicas. ¡Fueron seis meses de gran sufrimiento!

#### *f) Paciencia y fortaleza*

En estos meses se reveló la madurez humana y cristiana de don Olimpio, ejemplo para todos de paciencia y de fortaleza. No se sentía un hombre diverso de los demás: confesaba el temor de no lograr soportar el dolor. Sabiendo que era el momento en el cual era necesario practicar cuanto había enseñado, consciente de la propia debilidad, pedía oraciones y rezaba. Jamás se lamentó del sufrimiento; se veía que sufría, pero se percibía también el esfuerzo continuo de no perturbar, de mantener escondido el dolor, de aceptarlo en el deseo de cumplir la voluntad del Señor.

Varias veces expresó su voluntad de renunciar al mandato de superior, porque estaba convencido que no podía llevar adelante las responsa-



bilidades; sin embargo, nos dejó a nosotros en el Consejo que evaluáramos en conciencia la situación, por el bien de la Congregación, insistiendo sin embargo que se informara a la Santa Sede.

A todos pedía insistentemente oraciones, porque sólo en Dios encontraba la paz del corazón, incluso la fuerza de sonreír y de animar, y con la gracia de Dios se sentía tranquilo en los últimos pasos del camino de Providencia que lo conducía al encuentro con Él.

Pedía frecuentemente al confesor; cada día recibía la Eucaristía, preparándose con larga oración, cuando las fuerzas eran suficientes.

Allí donde los dolores eran más violentos y le impedían el reposo e incluso los más pequeños movimientos del cuerpo, don Olimpio invitaba a quien lo asistía a rezar.

Al Hno. Stucchi que lo asistía, le repetía: «Reza a la Virgen, al Beato Fundador y a los Santos para que nos ayuden... Hoy es la fiesta de todos los Santos, rézales con devoción como hacen las buenas mujeres de la Brianza, como hacía tu mamá, y como hacía el Párroco de Fabbrica Durini que era un santo».

Él acompañaba la oración con el corazón y a menudo también con los labios y expresaba su abandono en las manos de Dios sobre todo con el uso de jaculatorias.

Cuando el dolor era soportable pedía que se le leyese en alta voz el Oficio del día o que se recitara el Rosario.

## **Sus últimas lecciones**

Don Olimpio, incluso en los últimos meses de su existencia, nos dio muchas lecciones de vida. Aquella habitación 609, en el undécimo piso del Policlínico Gemelli de Roma, se transformó para nosotros en una altísima escuela de santidad.

Quien estuvo cerca de él en esos meses puede dar testimonio: «Hemos comprendido profundamente que sólo una vida de fidelidad, vivida cada día en el filo de una sana escrupulosidad, puede hacer mantener en momentos tan dramáticos una actitud de confiado abandono en Dios y de constante serenidad.

Sólo quien, en esta fidelidad, se inspiró en el Señor Jesús, que hizo de su vida una búsqueda continua de la voluntad del Padre, puede, como Él, desear no un alivio, no la curación, sino únicamente que se rece para que “se haga toda la voluntad de Dios”.

Hemos profundamente comprendido qué quiere decir concretamente hacer de la vida un continuo proyecto de liberación. Sentimos a don Olimpio libre en su enfermedad. Libre de lamentos: no una mención siquiera a la vida que podía aún vivir. Libre de apegos: ni un deseo, ni un pensamiento puesto en algo humano que lamentara dejar o que no podría ya usar. Libre de preocupaciones: le importaba la Congregación, pero sentía que era más productivo para ella con el sufrimiento que con otra cosa. Viene la tentación de pensar que este desapego haya sido el resultado de ese gradual debilitamiento de la conciencia que en un enfermo aparece inevitablemente por la acción de los fármacos. pero cuando tuvimos entre las manos su testamento, escrito con mano cansada e incierta en la segunda mitad de setiembre, mientras su estado de salud se tornaba cada vez más precario, para nosotros no hubo más dudas. Ese desapego de las cosas e incluso de la vida, que asombraba a los médicos y al personal paramédico, le venía de la convicción de sentirse en las manos de Dios y que con la muerte se encontraría para siempre entre aquellos brazos misericordiosos».

Se explica así su continuo regreso a la oración: era el primer pensamiento de la mañana, quizá tras una noche de insomnio; su pedido de recogimiento, la preocupación por su salvación personal, que en él pudo tener momentos de ansiedad, de inmediato superados por el recurso al sacramento de la Reconciliación.

Se explica así la delicadeza que tenía con los enfermeros, a los que posiblemente no quería molestar, porque tenían que ocuparse también de los demás ancianos. “Los demás”: en la vida de don Olimpio se habían convertido siempre en signo de gran atención. Sobre ellos no quería nunca hacer pesar su presencia. Sentía la necesidad de adaptarse a la inteligencia de cada uno, de comprender la disponibilidad de los demás, de intuir hasta qué punto podía pedir y dar. Era su modo de respetar a quien debía compartir con él la jornada y las responsabilidades. En el fondo era el secreto para liberar, hacer crecer a las personas.

Finalmente, no podemos no mencionar una nota característica de toda la vida de don Olimpio: *su amor por los pobres*.

Incluso en el lecho de dolor su pensamiento iba a menudo a la misión a la que generosamente había dedicado toda su vida: los pobres. Al pensar en ellos, la mañana del 4 de octubre, en uno de esos momentos en los que presentía el final inminente, dirigiéndose a quien estaba cerca de él, quiso confiarle su última voluntad: «El Señor tiene demasiada hambre aun hoy,

dijo, sed generosos con los pobres, con los hambrientos del Tercer Mundo». Y agregó: «Tenemos demasiado dinero... Dad... Dad...». Reafloraba en su espíritu, aquella mañana, la preocupación que había sido siempre fuerte en sus años de gobierno. No quería que el dinero se acumulara. Veía en ello el peligro de que los Guanellianos instrumentalizaran para su propia comodidad, y no para el ejercicio de la caridad, cuanto la Providencia les enviaba.

«Dad... Dad...»: ¡socavan el espíritu estas palabras! Evocan al mismo tiempo el Evangelio y las enseñanzas del Fundador. Sobre todo revelan a un hombre que los encarnó hasta el punto que, ya a un paso de la muerte, encuentra la fuerza para olvidarse de sí mismo.

## **A la espera del encuentro con Dios**

Particularmente en las últimas semanas, don Olimpio debía depender en todo de los demás, ciertamente esto le debía constar mucho, porque era renuente a... molestar; pero ha manifestado en dichas situaciones una simplicidad similar a la de un niño, y retribuyó siempre con viva gratitud la ayuda que se le daba.

Cuando por el progreso del mal y por efecto de los calmantes perdía contacto con la realidad, expresaba lo que mayormente le preocupaba: como si estuviera continuando su ministerio sacerdotal de predicación o estuviera cumpliendo su oficio de superior recordando sus cohermano y los problemas de la Congregación y, más que nada, rezaba.

Era consciente de que se estaba acercando a la muerte, aunque por lo general no tocaba este tema sino indirectamente. Cada tanto se dejaba vislumbrar esta certeza. Por ejemplo, cuando a mitad de noviembre, fijando los ojos en don Nino y don Tonino que partían para Brasil, les dijo: «Hacéis bien. Pero apresuraos, porque vosotros sabéis mejor que yo mi situación».

En la tarde del 5 de diciembre, considerando ya inútiles los intentos de los médicos para mejorar las condiciones del paciente, se decidió llevarlo a casa.

Don Olimpio fue alojado en una pequeña habitación en el tercer piso de nuestro Refugio San José de Via Aurelia Antica. Cuando pudimos estar cerca de él, nos estrechó conmovido la mano y tuvo la fuerza de sonreír. Luego perdió la conciencia. Presentes numerosos cohermanos, se recitaron las oraciones de los moribundos, mientras paulatinamente disminuían

las pulsaciones de su corazón y la respiración. Poco luego de las 20, don Olimpio se encontraba cara a cara con aquel Dios al que había consagrado toda su vida.

## **Queda nuestro sufrimiento**

Los restos mortales del Superior, revestidos de las insignias sacerdotales, fue expuesta en la sala de visitas de nuestra Casa en Vía Aurelia Antica, convertida en cámara ardiente y fue velada día y noche por cohermanos, seminaristas, amigos, benefactores, representantes de diversos Institutos religiosos y prelados.

Los funerales se celebraron la mañana del 9 de diciembre en la Iglesia del Seminario Teológico. La concelebración fue presidida por S.E. el Card. Eduardo Pironio, asistido por el Revmo. Rector mayor de los Salesianos, don Egidio Viganó, y por nuestro Vicario General don Pietro Pasquali. Estaba presente también Mons. Remigio Ragonesi, Obispo auxiliar de Roma en representación del Card. Ugo Poletti. Don Pasquali realizó el elogio fúnebre y agradeció a los presentes y a cuantos se unían al grave duelo de la Congregación. También el Card. Pironio dijo palabras de elogio por el amigo desaparecido y de dolor y consuelo para los Siervos de la Caridad.

Por la tarde el cuerpo era transportado a Como donde, al día siguiente, en nuestro Santuario del Sagrado Corazón, se repitió la ceremonia fúnebre, presidida por S.E. mons. Teresio Ferraroni, Obispo de la Diócesis; se encontraba presente el obispo emérito de Lugano, Mons. Giuseppe Martinoli y una multitud orante de cohermanos, de sacerdotes diocesanos, de hermanas y de laicos que habían conocido y apreciado a don Olimpio.

Sus restos mortales fueron sepultados en la tumba de los cohermanos Guanellianos en el Cementerio Monumental de Como.

Para él, así, había terminado todo sufrimiento. Para nosotros en cambio continuaba, al vernos privados de él, mitigado solamente por la cristiana esperanza y por la incancelable presencia entre nosotros de su mensaje y de su testimonio.

## **Su testamento**

Don Olimpio nos dejó su testamento espiritual, madurado y escrito justamente durante las últimas semanas de su existencia. Encontramos las

actitudes más típicas de su espiritualidad, que se delinea ya clara en la época del Subdiaconado y que se desarrolla a lo largo de toda su vida.

«Frente a la Cruz de mi profesión religiosa me vienen espontáneamente estos sentimientos.

Trinidad Santísima, que yo adoro, te doy las gracias y te glorifico por tu vida íntima de luz y de amor y por todas tus obras, especialmente por el ministerio de la Encarnación y de la Redención.

Recordando que el encuentro definitivo con el “Dios de mi corazón” no puede tardar, ardientemente deseo unir el sacrificio de mi vida terrena al Sacrificio redentor de Jesús. Santísima Trinidad, que por siempre te alaben, te amen y te rindan acción de gracias.

¿Qué querrá el Señor de mí? ¿Cuándo vendrá? Ciertamente, en el momento más providencial. En el nombre de Jesús pido al Padre configurarme plenamente al ejemplo del Maestro. Confío en la asistencia materna de María y en la Comunión de los Santos, especialmente de mis Cohermanos.

La visita del Señor en la enfermedad es un privilegio, ¡pero cómo me costó unir mi pequeño sacrificio al suyo! ¡Jesús mío, misericordia!

Siento vivo el dolor de no haber correspondido como debía al eterno designio de amor de la Santísima Trinidad sobre mí.

Agradezco a Dios haber nacido y vivido pobre. Lamentablemente no siempre he vivido la bienaventuranza de la pobreza.

Pido humilde y confiadamente perdón por no haber correspondido muchas veces y de tantas maneras; por haber sido causa de dolor y de sufrimiento a Jesús; por no haber dado mi aporte a la edificación de los hermanos.

Confío en la infinita bondad de Dios, en los méritos de Quien se ha dignado llamarse mi Amigo. ¡Cuántos misteriosos dones han sido los tesoros de su corazón; su oración, su Palabra, su trabajo, la Eucaristía “*donum donorum*”, su Pasión redentora, la efusión del Espíritu, la tierna Madre Inmaculada, la Iglesia con sus tesoros, la llamada a una vida de intimidad con Él y de comunión fraterna, la vida feliz del Cielo!

El Espíritu Santo Amor me conceda – y les conceda a todos – emitir como sello de mi vida terrena un perfecto acto de total adhesión a todas las verdades que el Maestro nos enseña y la Iglesia nos propone creer, un perfecto acto de esperanza en la bondad de Dios y en los méritos infinitos de mi Redentor, de perfecto amor a la Santísima Trinidad y de caridad hacia los hermanos de la tierra y del Cielo.

Deseo que se cultive la devoción al Corazón de Cristo, según las enseñanzas del Beato Fundador y del magisterio de la Iglesia.

La bendición del Señor haga descender siempre nuevas efusiones del Espíritu Santo sobre la Congregación que ha sido mi Madre; sobre el Santo Padre, sobre el Episcopado, sobre los sacerdotes, sobre los religiosos. Un particular pensamiento afectuoso dirijo a mis parientes y a mis insignes benefactores de Omega.

¡Señor, hazme contemplar tu rostro! “*Veni, Domine Jesu*”».

Encontramos: el sentido de la humildad cristiana que lo impulsa a pedir perdón a Dios y que, al mismo tiempo, lo induce a abandonarse confiado a la infinita bondad del Señor.

La ofrenda total de sí mismo en unión al Sacrificio redentor de Jesús.

La virtud teologal de la caridad que le hace descubrir en Dios al Amigo; le permite valorar los dones inmensos de su amor y se extiende a todos los hermanos de la tierra y del Cielo.

El impulso místico que aflora en el diálogo inicial con la Santísima Trinidad, en la simplicidad confidente con la que habla al “Dios de mi corazón”, a las invocaciones conclusivas que con expresiones bíblicas hacen vislumbrar en el misterio de la muerte el gozo del encuentro con Dios: «¡Señor, ¡hazme contemplar tu rostro! *Veni, Domine Jesu!*».

# EL CORAZÓN DE CRISTO Y LAS CONGREGACIONES GUANELLIANAS

Conferencia de don Olimpio  
en el Centro de los PP. Dehonianos de Roma

## La centralidad del Corazón de Cristo

La espiritualidad que anima a don Guanella (1842-1915, beatificado el 25 de octubre de 1964) y que quiere transmitir a sus dos Congregaciones (los Siervos de la Caridad, llamados en un primer tiempo Hijos del Sagrado Corazón, y las Hijas de Santa María de la Providencia) está centrada en la persona de Cristo Redentor y más particularmente en su Corazón divino y humano. Él pertenece a ese grupo de fundadores que se inspiraron en la misma Fuente. Siempre muy esquivo a hablar de sí mismo, a pocos meses de su muerte, en la fiesta del Sagrado Corazón confió que había cultivado y difundido la devoción al Corazón de Cristo y que había sido “inspirado” a poner sus obras bajo los auspicios del Corazón de Jesús.

La devoción al Corazón de Cristo en don Guanella no tiene particularidades notables: se remite a la enseñanza del Magisterio, a las enseñanzas de los santos, especialmente de Santa Margarita María Alacoque, San Francisco de Sales y San Juan Bosco, y a la doctrina común de los teólogos de su tiempo.

En el *Reglamento interno de los Hijos del Sagrado Corazón*, don Guanella recuerda que «Patrono, Custodio, Jefe y Señor de la Casa, desde su inicio, es el Divino Corazón de Jesucristo». Más aún, con sentidos de viva y confiada gratitud afirma que sus obras nacieron, se desarrollaron y son continuamente alimentadas por el Corazón de Cristo:

*«Se den gracias vivísimas al Sagrado Corazón de Jesús por las pruebas de asistencia y de bendición, de las que ha hecho y hace objeto a nuestro querido Instituto. Nuestras obras brotaron del Corazón augustísimo de Dios, que las fecundó y las sostiene».*

La devoción al Corazón de Cristo encuentra expresión y alimento en el culto en su honor. Ante todo en el Sacrificio de la Misa y en la Comunión: para don Guanella «*la Eucaristía es el buen Sagrado Corazón de Jesús*»; en el Tabernáculo «*está real y sustancialmente el Corazón Eucarístico y con el Corazón la Sangre, el Rostro, la Persona adorable del común Redentor y Señor nuestro Jesucristo...*»; por esto «*nuestra iglesia es*

*nuestro Paraíso en la tierra, y el Corazón de Jesús que en la Iglesia se adora es la delicia de nuestros pobres corazones».*

Dando el ejemplo, el Beato ordena o recomienda otras prácticas, como el Apostolado de la oración, los primeros viernes de mes, la adoración diurna y nocturna, la Guardia de Honor, el ayuno de los viernes, las jaculatorias frecuentes, la participación e los Congresos Eucarísticos, etc.

La devoción que don Guanella quiere no se agota en las prácticas, aunque sean múltiples y fervorosas, sino que debe ser una devoción “vital” en el sentido pleno de la palabra, en tanto debe extenderse a todo el amor – simbolizado en el Corazón y debe inspirar e informar toda la vida religiosa.

El alma religiosa debe acoger solícita la invitación a entrar en intimidad de reflexión y de contemplación con el Corazón de Cristo Esposo: *«El Señor quiere hablar con vosotras, almas privilegiadas, un lenguaje más íntimo; y por eso os ha invitado a fijar los ojos en el Corazón del Esposo de las almas castas; por esto os ha dado el hambre de aquel Pan que no cansa jamás, sino que sacia y vigoriza y diviniza; y por esto viene repitiéndonos: Venid a mí».*

El estudio y al contemplación amorosa abarca todos los Misterios de la vida de Cristo, revividos a la luz y en el amor de su Corazón.

Así presentaba la temática de su obrita “*En el mes del fervor*”, una máxima de la Sagrada Escritura para cada día del mes del Sagrado Corazón, editada en 1884, el año más fecundo de su actividad de escritor: *«Consideraremos por orden el Corazón de Jesús en los misterios de la encarnación, del nacimiento, de la vida, de la pasión y muerte del Salvador, además de su gloriosa resurrección y de la ascensión al cielo».*

En la contemplación de los Misterios de Cristo el alma se abre a los sentimientos más diversos; en una atmósfera de estupenda familiaridad: *«considera qué buen corazón de Padre es el de Jesús Salvador», «sabe que lo complace», «lo alegra», «experimenta no solo alegría, sino gozo vivo», «le abre la casa del corazón»* y siente que Él se sienta a la mesa con él y lo enriquece de dones para que, como la Virgen, se torne su morada; *«observa»* y cada vez más profundiza las dimensiones del exceso de su amor por ella; *«se conmueve»; «lame con piedad amorosa las gotitas santísimas de sangre que descienden de la cruz»;* invoca su bendición para una mayor santidad; *«lo saluda afectuosamente»;* *«conversa y convive con él»* gustando *«su dulcísima caridad».*

Pero no basta “contemplar” y “disfrutar”; en la escuela de los misterios del Corazón de Cristo, el alma religiosa debe “aprender” todas las



virtudes. Él se debe imprimir como “forma” que modela las almas. Escribe don Guanella en una carta circular a sus religiosas en junio de 1905:

*«... el Sagrado Corazón de Jesús es la fuente de las misericordias divinas que se vierten tan abundantemente sobre vosotros... Es solamente el augusto Corazón divino quien se ofrece como modelo de las virtudes más selectas para vuestra vida, como forma de amor hacia Dios y hacia el prójimo para vuestras almas apostólicas, como fuerza y consuelo para vuestra debilidad».* El alma religiosa debe sentir cada día más urgente el deseo de la perfección, pero recuerda el Fundador: *«Las cualidades del Divino Corazón de Jesús bien practicadas forman el medio más apto para la perfección de sí y del prójimo».*

La santidad, diría incluso don Guanella: *«es nutrirse de la vida del Corazón de Jesucristo».* De muchas maneras nos nutrimos de esta vida, pero el modo más perfecto es en la Eucaristía. De aquí la recomendación más ardiente del Beato, verdadero enamorado de la Eucaristía: *«Procuremos hacer nuestra la vida del Sagrado Corazón Eucarístico».*

La “vida comunicada” reclama necesariamente su fuente; el hijo postula al Padre. Se comprende entonces por qué don Guanella, aún invocando con muchos títulos el Corazón de Cristo (por ejemplo “Bondad por esencia, Misericordia por esencia”, “Corazón piadosísimo”, “Corazón apasionado”), el atributo que más a menudo le reserva es el de “paterno”, especialmente en las obritas *“En el Mes del fervor”* y *“Vamos al Padre”*; más aún a menudo Jesús es llamado expresamente Padre: *«El Corazón de Jesús es Corazón de Padre»*, *«Este discurso es todo de Jesús tu Padre»*, *«El Corazón de Jesús es el Corazón de un óptimo Padre»*, *«Señor y Padre mío, yo te adoro y te glorifico».*

La devoción al Corazón de Cristo consiste entonces en un intercambio “vital”. Jesús nos dona su Corazón de Padre, nosotros le “consagramos” nuestro pequeño corazón de hijos; este admirable “intercambio” es el secreto de la santidad y de la fecundidad para don Guanella, para sus religiosos y para sus obras. Es cuanto él aseveraba en el *Reglamento* de 1899 con palabras que tienen el tono de un programa que brota de la pura “fuente de la vida y de la santidad”: *«El Señor es Padre tan generoso que dona su Corazón a las pobres creaturas que le entregan su corazón, (por lo demás, tan pobre). En esto está la fuerza del principio y del progreso de las obras de la Casa de la Divina Providencia. Los Superiores no se cansen de repetirlo y los subordinados de sentirlo repetir».*

El Corazón de Jesús, revelador del Padre, es una cosa sola con él: nutriéndonos de amor, nos reconduce así al Padre, fuente primera de todo

bien: «Tú – recuerda el Beato – *cada vez que ruegues a Dios debes dirigir la mirada a Jesús y suplicarle que te acompañe al Padre. Tú, cuando te apoyes en la diestra de Jesús, subirás veloz, y llegado a la diestra del Altísimo, serás recibido con alegría por el Eterno. Entonces con la confianza del Hijo dilecto podrás hablar a Dios y obtener cuando sea bueno para tu alma, obtendrás todas aquellas divinas ayudas que son necesarias para reconducir al Eterno también a los hermanos errantes*».

En la devoción al Corazón de Jesús encuentran explicación y alimento las notas características de sus Congregaciones, como surge de los escritos y de los ejemplos del Beato y como se mantuvieron y desarrollaron en la historia y en las sanas tradiciones de las dos Congregaciones. Se pueden recordar, sin pretensión de totalidad:

- una fervorosa e iluminada devoción a la Virgen, honrada bajo los títulos más significativos de Madre de la Divina Providencia, Corazón Inmaculado, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Virgen del trabajo, Reina de la Paz, Virgen Dolorosa;
- un culto particular a San José *«primer amigo del Sagrado Corazón»*, modelo de vida interior, patrón de la buena muerte, inspirador de vocaciones a la vida consagrada;
- un espíritu de alta sumisión a las órdenes, a los consejos, a los deseos del Pontífice y a los Superiores legítimos;
- el programa “rezar y padecer”;
- la confianza evangélica en la Providencia;
- la predilección por los más pobres, estimados como imágenes vivientes de Cristo y servidos como hermanos y patronos, por los cuales se debe aspirar a volverse víctimas voluntarias;
- *«un espíritu de humildad simple, que hace al individuo capaz en todo y siempre de ver al señor que dispone de las personas y de las cosas»*;
- *«el adaptarse hasta el límite de la conveniencia a las exigencias de la convivencia social»*, mostrando siempre *«un corazón cortés, desenvuelto, condescendiente, rico de aquella libertad de espíritu que es un verdadero don del Cielo»*;
- una perfecta rectitud de intención; una alegría contagiosa y sin ocaso *“in Domino”*, con un poco de nostalgia por el Cielo;
- un gobierno de familia tanto dentro de la Congregación como con los huéspedes, inspirado en el sistema preventivo de don Bosco;
- una mancomunidad de espíritu y de ayuda mutua entre las dos Congregaciones.

## **El culto del Sagrado Corazón anima la consagración religiosa guaneliana**

La respuesta principal está en el modo con el cual las Nuevas constituciones están impregnadas de la devoción al Corazón de Cristo. Se pueden evidenciar los siguientes criterios tenidos en cuenta:

a) Se trató de tener siempre presentes las palabras programáticas del Beato: «*Los miembros del Instituto sean un solo corazón y una mente sola con los pensamientos y con los afectos del Divino Corazón*».

b) Más que a las palabras se trató de ver la sustancia, evitando formas de expresiones ambiguas o que reflejaran gustos de la época hoy ya no apropiadas, y poniendo de relieve cómo todo es obra de la iniciativa del Amor misericordioso del Señor que en nosotros suscita una respuesta de respuesta amorosa a sus designios y de entrega a los más pobres entre los hermanos.

c) De modo particular se trató de presentar la “Persona” de Cristo en sus relaciones con el Padre y el Espíritu Santo.

d) En la visión del Amor de Cristo que provoca nuestra respuesta y nos asocia a su misión de evangelizar a los pobres son vistos los votos religiosos, la vida en común, las diversas actividades caritativas y apostólicas.

e) La vida de piedad es vista en una unión cada vez más íntima con Cristo que nos da su Espíritu y que está presente en nosotros con su Gracia y nos hace crecer en él con su presencia en la Palabra (suya y del Magisterio), en la Liturgia, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, “nuestro Paraíso en la tierra”.

## **El culto del Sagrado Corazón anima la misión apostólica guaneliana**

a) *Discapacitados*: se tiende a hacerles comprender – con una pedagogía actualizada y en lo posible “a medida” de su condición – que no son “soportados” o dignos de conmiseración, sino plenamente aceptados y amados, más aún, son los “patrones” de la casa, y todo eso porque son los predilectos del Corazón de Cristo. Dada su poca aptitud para el razona-

miento y su sensibilidad a lo que se ve y se toca, se invitan a prestar atención a los símbolos del amor de Cristo y a las reproducciones de Cristo que predica, realiza milagros, muere, etc.; así también se los invita a expresar en modo sensible su amor (cantos, beso, aplausos, dibujos, etc.). Se los estimula a prestarse mutuamente pequeños servicios, amarse para dar placer al amigo Jesús. Se educan en la piedad simple y espontánea, en la certeza de que el Espíritu recibido en el Bautismo trabaja también en ellos con efectos a veces sorprendentes. Se tiende a hacer comprender que el Señor está siempre con nosotros, pero que lo está de modo especial en la Eucaristía; se da por esto la mayor importancia a la preparación para la Primera Comunión, para los Encuentros eucarísticos, a la celebración de la Misa con una participación apropiada.

*b) Ancianos abandonados:* con el acercamiento personal y paciente se trata de hacerles comprender que ocupan un lugar especial en el Corazón del Crucificado, porque también ellos sufren y porque cooperan a la salvación de otras almas. Se los invita a la oración eucarística en diversas formas, habituándolos “a hablar” con el Señor presente. Se insiste mucho en el precepto del amor recíproco, para agradar al Señor y gozar el don de su paz.

*c) Niños y jóvenes normales:* la educación religiosa esta centrada en la amistad con “Cristo vivo”, presentando el Misterio de la Salvación como plan de amor que requiere una respuesta de amor. La Eucaristía es el centro de todo.

*d) La cura de almas en parroquias y misiones:* la pastoral guaneliana se inspira en los ejemplos del Fundador, apoyándose en el amor del Padre que se manifiesta en Cristo y es infundido en nosotros por el Espíritu Santo. Se trata de poner a los fieles en sintonía vital con los sentimientos del Corazón de Cristo, con un particular subrayado de su amor a los pobres, a los sufrientes, a los agonizantes (incluso con la “Santa Cruzada por la salvación de los moribundos”), a cuantos no conocen a Cristo y su Iglesia. Se busca gradual y prudentemente elevar el tono de las diversas prácticas en honor del Corazón de Cristo (primeros viernes del mes, horas de adoración, etc.) y de presentar en modo más consonante a la sensibilidad moderna las representaciones del Sagrado Corazón. Cada actividad (catequesis, celebración de los Sacramentos, asociaciones) tiende a concretar también para los fieles el voto del Beato: «*Tratamos de hacer vida nuestra la vida del Sagrado Corazón Eucarístico*».

# Índice

---

Introducción .....	pág. 5
Observar, escuchar, invocar (don Leonardo Mazzucchi) .....	» 7
– En particular y prácticamente, ¿qué cosa nos dice don Luis y qué queremos decirle nosotros? .....	» 8
<i>Breve perfil biográfico de don Leonardo Mazzucchi (1883-1964)</i> .....	» 14
– La paternidad espiritual de don Guanella .....	» 15
En el espíritu del Padre (don Leonardo Mazzucchi) .....	» 18
– Prefacio a la publicación del texto por parte del Centro de Estudios Guanellianos .....	» 18
– Veinticinco años después - Recuerdos y llamamientos de un día inolvidable .....	» 20
– Amadas memorias de su espíritu .....	» 21
– Noticias y premuras .....	» 21
– La Divina Providencia .....	» 23
– El cántico vivo de la Divina Providencia .....	» 24
– Apuntes de teología y de ascesis .....	» 25
– Un imprescindible deber y una necesaria promesa .....	» 26
– Confiados en esta hora... ..	» 27
– El gran motivo: Dios es Padre .....	» 28
– En la Congregación y por la Congregación .....	» 29
– La Congregación nos pertenece .....	» 29
– Las virtudes religiosas: motivaciones y práctica .....	» 30

– Servir en humildad y alegría .....	pág. 31
– Pobreza “capuchina” .....	» 32
– Genuina y custodiada castidad .....	» 33
– Medios esenciales: rezar y padecer .....	» 34
– Siempre en el espíritu del Fundador .....	» 35
– Embeberse de su espíritu: urgencia vital .....	» 35
– Práctica, pensamiento, espíritu de don Luis .....	» 37
• Pedagogía preventiva .....	» 37
• Oración guanelliana .....	» 38
• El superior .....	» 40
– Iniciativas para promover el estudio .....	» 40
– Particulares momentos del espíritu .....	» 42
El Reglamento de 1910: un don aún actual .....	» 43
– Complemento a las Constituciones de 1907 .....	» 43
– Importancia para la formación de los Siervos de la Caridad .....	» 44
<i>Marco histórico y comentario</i> (don Pietro Pasquali S.d.C.) .....	» 47
1. El horizonte dentro del cual nace el Reglamento .....	» 48
2. El significado del “Reglamento” en la relación con Reglas y Constituciones .....	» 52
3. Comparación con el Reglamento interno de 1899 y con el Reglamento de 1905 .....	» 55
4. El estilo literario .....	» 58
a) Las páginas más vibrantes .....	» 58
b) Las comparaciones frecuentes .....	» 59
c) Las citas bíblicas .....	» 61
5. Algunas características del I Reglamento de 1910 .....	» 63
a) Refleja las experiencias de don Guanella .....	» 63
b) Refleja su estilo de vida .....	» 66
c) Refleja su proyecto de vida religiosa .....	» 71
Conmemoración de don Olimpio Giampedraglia (en el XXX aniversario de su muerte) .....	» 76
<i>Presentación de la figura de don Olimpio</i> .....	» 76
– Hoy nos habla con la vida .....	» 76

– Siervo de la caridad, humilde, fiel y misericordioso ..	pág. 77
1) Los comienzos de una vida laboriosa .....	» 78
2) El itinerario espiritual .....	» 79
a) Confianza filial y humilde en Dios .....	» 79
b) Por los caminos adorables de la Providencia ..	» 80
c) La fidelidad .....	» 81
– Los años de la madurez .....	» 82
1) Los propósitos de la Primera Misa .....	» 83
2) Las notas características de su espiritualidad .....	» 84
a) Hombre de oración .....	» 84
b) Hombre de sacrificio .....	» 85
c) Hombre de misericordia .....	» 85
d) Su servicio a la Congregación .....	» 87
e) El último quinquenio .....	» 88
f) Paciencia y fortaleza .....	» 88
– Sus últimas lecciones .....	» 89
– A la espera del encuentro con Dios .....	» 91
– Queda nuestro sufrimiento .....	» 92
– Su testamento .....	» 92
 <i>El Corazón de Cristo y las Congregaciones guanellianas</i> (Conferencia de don Olimpio en el Centro de los PP. Dehonianos de Roma) .....	
– La centralidad del Corazón de Cristo .....	» 95
– El culto del Sagrado Corazón anima la consagración religiosa guanelliana .....	» 99
– El culto del Sagrado Corazón anima la misión apostóli- ca guanelliana .....	» 99

*Fotocomposizione di*

**3F PHOTOPRESS**

Viale di Valle Aurelia, 105  
00167 Roma - Tel. 06.3972.4606  
E-mail: [tipo@3fphotopress.it](mailto:tipo@3fphotopress.it)